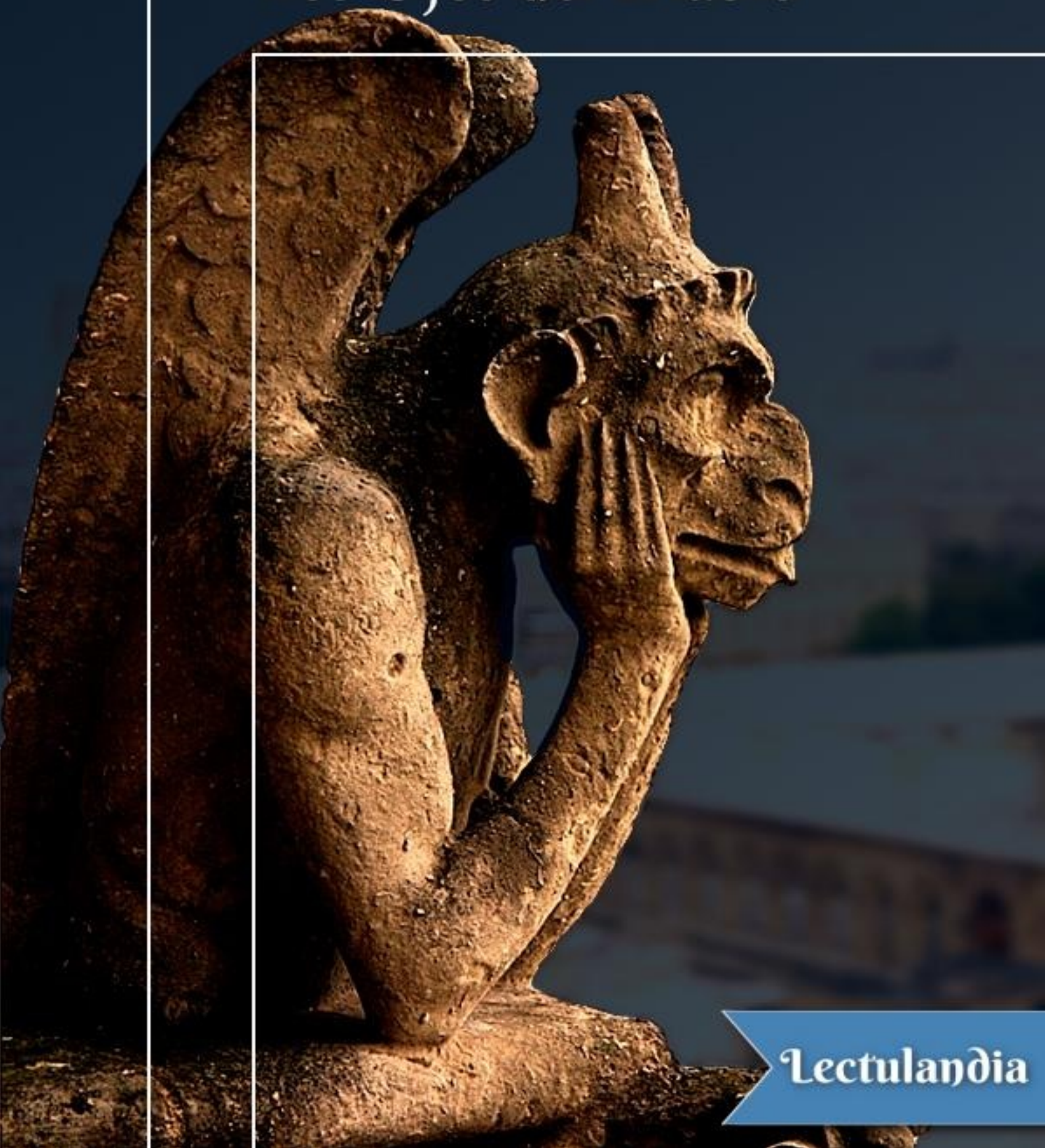


Hugo Correa

Los Ojos del Diablo



Lectulandia

*Los Ojos del Diablo* es una novela en que está mezclado el naturalismo con un marcado regusto por lo bucólico y lo policial, siguiendo el trazo de un enigma que se abre paulatinamente a medida que avanza la narración. Flota por encima de todo la presencia del Demonio, cuyo supuesto pacto con un antepasado del protagonista origina los fenómenos que por su doble carácter mítico y costumbrista constituyen la verdadera médula del asunto. No hay un aprovechamiento de circunstancias históricas verídicas, pero sí una remisión a la típica mentalidad del campesino chileno en una época determinada, el segundo cuarto del siglo XX, lo que de algún modo es recoger un testimonio de la actitud de ciertos hombres ante el fantasma infernal.

**Lectulandia**

Hugo Correa

# **Los Ojos del Diablo**

ePub r1.0

mnemosine 22.04.18

Hugo Correa, 1972

Editor digital: mnemosine

Primer editor: U.L.D.

Segundo editor: abur chocolat

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# 5.º Aniversario Edición conmemorativa



  
epublibre.org



*Más libros, más libres*  
**PROYECTO SCRIPTORIUM**

*A Hernán, Maximiliano y Mónica, mis hermanos.*

## Prólogo

Pareciera que todo está dicho, en torno al tema criollo y sin embargo cada cierto tiempo surgen variantes que abren ventanas a perspectivas nuevas o poco laboradas. El profesor y escritor Hugo Correa, por ejemplo, en esta novela hace girar la trama en torno a lo esotérico: la creencia popular sobre los pactos con el diablo, cuya fijeza inmovible termina por arrastrar y convencer al joven protagonista, docto e inteligente.

Correa se ha inspirado en el pensamiento contenido en el *Fausto* de Goethe: «Os quedáis fríos al oír mis palabras, os lo perdono, buenos niños. Tenedlo presente: el diablo es viejo; envejeced, pues, para comprenderlo». En su relato, el personaje va nutriéndose desde la infancia en la posibilidad de un entendimiento del demonio con su familia, resultando a medida que envejece una rendición casi fatalista sobre su propio encadenamiento al pacto firmado con un lejano antepasado.

En un principio, el joven se niega a aceptar la veracidad de las historias que se tejen en las casas de los inquilinos acerca del compromiso de su propio padre con el demonio y rechaza por antojadiza la suposición de un anciano labriego acerca de la transmisión de la interrelación esotérica. Pero el tiempo habrá de mostrarle un inquietante indicio de anudamiento de circunstancias que avalan esa posibilidad.

«De todas maneras el Diablo tiene que seguir protegiendo al hijo del que pactó con él, cuando el trato es largo. Pero el Diablo sabe mucho. Pone trampas para enredar a los hijos de los que hicieron tratos con él. Se las arregla para que el hijo conozca alguna diablura que hizo el finado. Y si el hijo se hace el tonto, entonces el Diablo se aparece. Y lo agarra».

Del relato —que de acuerdo con las nuevas técnicas en boga no es continuo, sino que pleno de frecuentes cambios de tiempo— que el abuelo paterno ganó fortuna después de pactar con Lucifer y que cometió un crimen impune; que el padre, que también gozó de bonanza económica, eliminó a una persona con premeditación y alevosía, y que ambos crímenes pesaron sobre la conciencia de sus respectivos hijos.

Para Correa es evidente que la prosperidad no es sinónimo de felicidad, de donde resulta que en definitiva el acuerdo con Belcebú no es remunerativo, El abuelo perece en forma inesperada al cruzar un estero en crecida. El padre arrastrado por los celos mata a un rival que ya no tenía relaciones con su esposa, sólo para enterarse por el accidente en que pierde la vida su mujer, el nombre del infiel real. ¿Cuál será la tragedia del hijo? Ya queda anticipado un carácter introvertido que lo hace quejarse: «Sólo tengo veintitrés años y ya estoy adquiriendo hábitos de viejo...»; y su desazón al constatar que su amor de juventud practica la prostitución. ¿Será bastante?

«Los Ojos del Diablo» o simplemente «Los siete ojos» es la denominación con que en el libro se designa a un conjunto de caídas de aguas ubicado en el nacimiento del fundo cordillerano situado en la provincia de Aysén en que transcurre la acción. La descripción de ese paisaje es uno de los mejores aciertos de la novela.



Os quedáis fríos al oír mis palabras;  
os lo perdono, buenos niños.  
Tenedlo presente: el diablo es viejo;  
envejeced, pues, para comprenderlo.

GOETHE, *Fausto*



# I

Todos los viernes me voy a Los Siete Ojos. Apenas almuerzo, tomo el auto y parto. A veces salgo después de once. Pero siempre lo hago en forma más o menos automática, rutinaria. Igual que mi papá. Sólo tengo veintitrés años y ya estoy adquiriendo hábitos de viejo. Pero ¿qué otra cosa voy a hacer los fines de semana? No estoy enamorado. Visito muy pocos parientes. Mis amigos son escasos. Nunca he sido demasiado sociable. En eso me parezco algo a mi padre. Además, todo lo ocurrido en los últimos años me ha hecho aislarme un poco. Quizá mi carácter habría sido distinto de no haber pasado lo que pasó. Sé que algunos me encuentran raro, retraído. Es posible que sea así. ¡Son tantas las cosas que hacen el carácter de una persona! Pero es cierto. Soy algo solitario. Me gusta irme al campo y quedarme allá por el fin de semana. Y a veces dos o tres días más. Y sin embargo no me gustan los trabajos agrícolas. Todo lo dejo en manos del administrador. Pero Los Siete Ojos me atrae. Y es bueno que así sea. Se habla tanto ahora de reforma agraria. Mientras vaya al fundo y crean que lo trabajo, es difícil que me lo quiten. Y si me lo expropian, algo me dejarán. Con el parque y la casa me conformaría. Y algún potrero. Serían suficientes para mí. Los tiempos están cambiando.

La gente prefiere la ciudad. Los campos empiezan a quedarse solos. He hecho construir casas nuevas a casi todos los inquilinos. Pero siguen yéndose. El gobierno piensa que con la reforma agraria será posible sujetar la gente a la tierra. En fin: habrá que estar dispuesto a lo que venga. A mi padre, esta posibilidad le habría dado un ataque. Por un lado quizá es mejor que haya muerto.

El viaje demora tres horas. Hago el camino de memoria, sin fijarme siquiera en el paisaje, que me conozco al revés y al derecho. Me gusta hacer el viaje pensando en cualquiera cosa, dejando vagar la imaginación. A veces vengo a salir de mis divagaciones cuando llego al desvío, donde nace el camino que lleva a la hacienda. Cuando parto después de once de Santiago, llego allí en medio de una completa oscuridad. Excepto cuando hay luna. El camino vecinal es estrecho, bordeado por cercos de zarzamoras y alamedas. Eso lo hace aún más oscuro. De repente los faros iluminan un conejo, que corre algunos metros delante del auto. Si no se desvía, desaparece bajo las ruedas. Antes me dedicaba a recoger los conejos muertos para regalárselos a Pedro Luis, el cuidador de las casas del fundo.

Ahora no. Sigo por el angosto camino, como aislado de todo, suspendido en el tiempo, sin que ni siquiera los barquinazos del auto me vuelvan a la realidad. Pero cuando llego al estero que sirve de límite al fundo, las cosas cambian. Empiezo a respirar el ambiente de Los Siete Ojos. Allí el camino baja por un lugar despejado, hasta la orilla ripiosa de la corriente. Tengo que disminuir la velocidad. Las aguas relucen fosfóricas.

Al otro lado, entre las espesuras de las zarzas, los fuegos de las luciérnagas aparecen y desaparecen. Las ruedas del auto se hunden en el fondo arenoso del estero. El ruido del agua refresca mi mente. Luego el camino sube por un lomaje suave, siempre cercado por zarzamoras, boldos y maitenes, sigue como un kilómetro derecho y llego al parque de mi casa. Generalmente Pedro Luis me espera con las puertas abiertas de par en par, y con *Nerón*, mi pastor negro, que corre ladrando junto al auto. Los ojos del perro brillan como brasas cuando la luz de los faros les da de frente. El camino describe una curva entre cipreses, paulonias y pinos. De pronto aparece la fachada blanquecina de la casa, con sus pilares espaciados, su techumbre de cinc y las luces del corredor.

Detengo el auto frente a la entrada, y apenas bajo, *Nerón* se me lanza encima. Tengo que alejarlo a empujones y gritos, porque de lo contrario no me deja avanzar.

Las baldosas del corredor relucen, porque Etelvina, la mujer de Pedro Luis, se encarga de mantener la casa como una patena. En esos momentos me olvido de todo lo desagradable. Me siento otro. Así le ocurría también a mi padre. Aunque esas cosas nunca las contaba. Y no es que el lugar despierte sólo buenos recuerdos. Pero me siento atado a él, y a sus historias, donde el Diablo es uno de los principales personajes. La casa fue construida hace cien años, por mi bisabuelo. Se le han hecho muy pocos cambios desde entonces. La noche en que mi bisabuelo murió, una gran higuera que crecía junto al corredor de atrás, se quemó hasta las raíces. Quizás le cayó un rayo, porque esa noche hubo una tormenta. También una parte de la casa fue alcanzada por las llamas. Cuando la reconstruyeron, el lugar donde crecía la higuera quedó bajo el nuevo corredor. Allí están ahora la cocina y los dormitorios de servicio. Dicen que ahí ronda el Diablo. A veces oigo a los perros gemir por las noches. Dicen en el campo que los perros lloran cuando el Malo anda cerca.

Cuentan que mi bisabuelo hizo un pacto con él. Un pacto para que lo favoreciera a él y a sus descendientes, hasta su nieto. O sea, hasta mi papá. Pero a mi pobre padre poco lo favoreció ese trato. Yo estaría libre, según esa leyenda. Pero no tanto desde la noche en que murió Lucindo. Desde entonces siento la presencia del Diablo cada vez que llego al fundo. Ahora mismo, por ejemplo, mientras oigo las novedades que me larga Pedro Luis con su voz mortecina, sin inflexiones, vuelvo a sentir su rara proximidad. Se me ha convertido en algo familiar, en algo inseparable de la casa, de mi familia y de mí.

Atravieso el embaldosado, me meto por el pasadizo que comunica con el corredor de atrás y la galería, y entro al salón principal. La casa tiene forma de L, y todas las piezas dan a los corredores. Durante el invierno siempre me esperan con la chimenea encendida. Allí me deja Pedro Luis. Se va sin esperar que yo le comente sus informaciones. Pero me pide la llave del auto, para que su hijo Alamiro meta el coche en el garaje.

Los miércoles, aprovechando el feriado escolar de ese día, Cristián acompañaba a Verónica, su madre, a casa de María Luisa, la viuda de Alberto Rodríguez. Era un largo trayecto: tenían que atravesar casi todo Santiago, debiendo el automóvil detenerse en la mayoría de las esquinas. Esa tarde no fueron más afortunados. Se les cruzó un cortejo fúnebre, de algún personaje importante, a juzgar por la inacabable escolta de automóviles.

Mientras Efraín, el chofer, con su rostro aceitunado, mantenía los ojos fijos en el cortejo, su madre permanecía ausente, mirando algún punto remoto, ajena a él, al funeral, y los automóviles que no tardaron en acumularse alrededor. De la calle calurosa se elevó un coro de bocinas impacientes. Un cupé, ocupado por un hombre solo, se les situó repentinamente a la diestra, aprovechándose de un desplazamiento de la fila de coches. Cristián notó que su madre salía de sus abstracciones, y fijaba la mirada con insistencia en la nuca del conductor del cupé. Entonces el hombre volvió la cabeza. Un rostro desafiante, rubicundo, de abundante pelo rubio y breve bigote, miró a su madre con impertinente fijeza.

—¿Quién es, mamá?

Ella se sobresaltó con la pregunta, y le oprimió con fuerza una mano. Pero nada contestó. Los ojos del hombre no se separaron de su madre. Ella le devolvía las miradas, aunque incómoda por la vigilancia de Cristián. El cortejo terminó de pasar. Efraín puso el coche en movimiento. El hombre del cupé, antes de acelerar, le hizo una sonriente venia a su madre, sin preocuparse de las furiosas miradas de Cristián. Y alcanzó a descubrir que la mamá también había sonreído.

—¡Ese es el auto de la tía María Luisa! —exclamó Cristián.

—No digas leseras. Se parece, no más.

—Pero ¿quién era, mamá?

El otro auto se pierde en medio del tránsito.

—Una persona que me presentaron el otro día. No sé cómo se llama.

Lo dijo en un tono cortante. Esto fue suficiente para ponerlo de mal humor hasta que arribaron a casa de los Rodríguez.

Iván, al revés de su madre, la rubia María Luisa, era un chico moreno, de pelo tieso y ojos vivos. En cuanto Cristián llegó lo cogió de una mano, y en un aparte, le cuchicheó que «el pasaje se encontraba abierto». Su madre y María Luisa, instaladas en un sofá bajo un gobelino descolorido, conversaban en el salón en penumbras. Verónica les hizo un gesto elocuente para que se marcharan. No se hicieron de rogar. Atravesaron el descuidado parque hasta llegar al fondo, frente a un muro desconchado, con un vientre de ladrillos rojos. Entonces Iván, mirando desconfiado alrededor, lo condujo hasta un macizo de crategos cuyas ramas separó con seguridad, y le señaló el suelo. Allí la tierra, recién removida, formaba un antepecho en torno a la boca de una oscura oquedad.

Iván se introdujo a gatas en el agujero, no tardando en desaparecer. Su voz llegó, segundos después, desde una distancia que le pareció inconmensurable. Temblando comenzó a gatear a su vez. Pronto se arrastraba por la abertura, cuyas paredes, a medida que se internaba bajo el muro, exudaban frío y humedad. El túnel parecía interminable. Pero aumentó la luz, y surgió por último al aire libre, donde lo aguardaba Iván con su rostro expectante.

Sobre sus cabezas, cipreses y pinos entrecruzaban las ramas, y a sus pies la hojarasca acumulada por años conformaba un tapiz sucio, saturado de ramas rotas y bellotas reseca. A lo lejos se columbraban los muros de la gran casa gris. Sintió la boca reseca. Iván tampoco se notaba muy dueño de sí. Por fin se encontraban frente a la vieja residencia, que permaneciera deshabitada por más de diez años. Su propietaria murió allí en la más completa soledad, enloquecida por el alcohol. Sus parientes apenas se preocuparon de sepultarla, y durante muchos años nadie se acordó de la casa. Por último, Alberto Rodríguez, que obtuvo una inesperada ganancia en la bolsa, buscó a los familiares de la demente y compró la casa con la intención de agrandar su parque, en un comienzo, y luego para refaccionarla y ponerla en venta, cuando su situación financiera volvió a decaer. Los negocios de Alberto Rodríguez nunca pudieron afirmarse. La casa, como si la muerte de su dueña le hubiese acarreado una maldición, siguió abandonada, sirviendo de refugio a gatos y ratones y, según Iván, a uno que otro mendigo que consiguió salvar el alto muro a hurtadillas.

Iván jamás había visitado la casa de la loca, como la llamaban en el barrio. Y su padre apenas la recorrió en dos o tres ocasiones, y ello, cuando recién la adquiriera. Nunca se mencionaba el caserón en las reuniones familiares, porque constituía un claro ejemplo del poco ojo para los negocios de Alberto Rodríguez. María Luisa, reservada de por sí, esbozaba una sonrisa irónica cuando alguien se refería a la ruinosa propiedad.

Se abrieron camino en medio de un silencio apenas quebrantado por sus pisadas y la rotura de alguna ramita seca. No temían encontrarse con nadie vivo, pero sí que se les apareciera el fantasma de la demente, con su desgredada cabellera blanca, su traje inmundo lleno de jirones, y sus zapatos rotos, tambaleándose en medio de la más completa ebriedad, esgrimiendo una botella, como solían verla sus esporádicos visitantes. Junto a la cerrada hoja de la cocina, Cristián descubrió en el muro de la derecha, en medio de un macizo de aralias semisecas, una puerta angosta, de madera agrietada por los años y la falta de pintura. Iván le explicó que era la entrada de servicio. Daba a una calle estrecha, poco transitada y bordeada de acacias.

Empujada por Iván, la hoja de la cocina giró con un gemido sobre sus bisagras. El limpio embaldosado despertó la curiosidad de Cristián. Pero nada dijo. Los muebles ruinosos, con sus portezuelas desencajadas; la pintura amarillenta, agrietada, y la misma cocina, en cuyo horno abierto se apilaban latones y parrillas enmohecidas, parecían más en consonancia con el estado general de la residencia que el piso tan pulcro. Pasaron al comedor, cuyo moblaje y olor a encierro armonizaban con el resto

de la casa. La luz se filtraba por los resquicios de dos grandes ventanales cerrados herméticamente.

Desde el vestíbulo partía la majestuosa escalera hacia la planta alta de la casona, iluminada aquélla por una ventana abierta sobre el rellano, cuya luz se hacía insuficiente para despejar de sombras los rincones distantes: solamente era una banda blanquecina, vencida por la oscuridad antes de tocar el piso, cuyo parquet aún se notaba en buen estado.

Unos largos crujidos delataron a Iván iniciando el ascenso de la escalera. Y aunque Cristián temía que aquellas viejas maderas pudieran desintegrarse en medio de una nube de polvo y telarañas, se armó de valor y siguió a su amigo.

Llegaron al segundo piso sin contratiempos. Iván hizo rodar algo por el suelo. En la claridad difusa vieron una botella vacía, con el gollete roto. De allí bebió sin duda la loca, cuando su espectro viviente vagaba por la vasta mansión sin otra compañía que la de algún gato. Hedores frescos, esporádicos, revelaban que la casa aún servía de refugio a esos animales. Un ruido proveniente de la planta baja, algo como el cerrarse sigiloso de una puerta, lo sobresaltó. Pero Iván, envalentonado ahora que la casa comenzaba a descubrirle sus secretos, lo atribuyó a un gato. Cristián, repentinamente en guardia, agudizó el oído. Creyó escuchar un rumor de voces que dialogaban en algún punto indefinido de la casa. Iván le señaló la ventana clausurada de un dormitorio, por cuyo tragaluz penetraba el bronco zumbido de la ciudad. Gente que pasa por la calle, susurró Iván serenamente. El chicuelo abandonó el dormitorio, y pasó a uno vecino seguido por Cristián. Pero su inquieto amigo volvió a dejarlo solo, para seguir explorando la planta alta. Cristián, aprovechando su momentánea soledad, se asomó entre los barrotes. La ventana estaba situada sobre la entrada a la cocina, frente a la puerta de servicio. Y si la advertencia de Iván, denunciando triunfal la presencia de un gato que saltó de un ropero y huyó hacia el umbroso vestíbulo, hubiera llegado un segundo antes, quizá el secreto de la casa abandonada se hubiese mantenido indescifrado durante muchos años más.

Porque la puerta de servicio comenzó a abrirse con lentitud. Un hombre se asomó al parque. Transpuso luego el umbral y volvió a cerrar la pequeña hoja mirando en torno con una extraña sonrisa. Cristián, sobresaltado, descubrió que era el mismo individuo que saludara a su madre desde un cupé cuando venían para la casa de los Rodríguez. Escuchó la voz excitada de Iván —afortunadamente en un tono bajo, porque la soledad y el silencio de la casa aún le inspiraban un secreto temor— atribuyendo al gato los ruidos que Cristián creyera escuchar segundos antes. Le ordenó silencio con un enérgico ademán, y le señaló la ventana. Iván alcanzó a ver al hombre antes que entrara en la cocina. Se quedaron inmóviles, creyendo escuchar a cada rato los pasos del intruso trepando por la escalera. Pero nada ocurrió.

Permanecieron junto a la ventana un largo rato, sin decidirse siquiera a cambiar de posición, echando continuas miradas a la portezuela otra vez hermética. El sol comenzaba a declinar, y sus rayos se filtraron a través de las ramas de los cipreses

con un tono áureo, espectral.

Por último se arriesgaron a salir del dormitorio, y se asomaron a la escalera. Sólo pudieron ver hasta el rellano, porque el vestíbulo quedaba fuera del alcance de sus ojos. Pero no les cupieron dudas que el ruido de voces provenía de alguna de las habitaciones de la planta baja, y no de la calle. Aparte del hombre abruptamente aparecido, una o dos mujeres conversaban allá abajo.

A Cristián le pareció distinguir un tono familiar en una de aquellas voces. La nerviosidad de Iván aumentaba. Cristián trató de convencerlo de que debían permanecer donde estaban, ya que cualquier intento que hicieran por escapar de la casa, sería arriesgado. La verdad es que Cristián nada temía, en el sentido preciso de la palabra «temor». Más que miedo a correr un riesgo físico, como que los pudieran asesinar por ejemplo, le preocupaba un encuentro desagradable, o protagonizar algún hecho vergonzoso, del cual tuviese que arrepentirse después. Pero Iván estaba de veras atemorizado. ¿Hasta qué horas vamos a esperar? ¿Y si al hombre ese y sus amigas se les ocurre dormir aquí? ¿Nos vamos a quedar toda la noche en esta casa maldita? Cristián inventaba toda clase de argumentos para calmarlo. Le dijo que, en un caso extremo, podrían allegarse al dormitorio vecino a la calle, y gritar a toda voz apenas oyeran que alguien pasaba.

Seguramente los escucharían.

Transcurrieron dos horas. Notaron cómo la luz declinaba. Un ruido proveniente del primer piso hizo que Cristián se lanzara hacia la ventana, mientras conminaba a Iván a permanecer en su sitio. Su amigo obedeció.

Entonces el hombre rubio cruzó el parque hasta la puerta flanqueada de aralias marchitas, la entreabrió cauteloso, echó una ojeada al exterior, y salió rápido, cerrando la hoja tras sí. Casi de inmediato dos mujeres hicieron el mismo recorrido del hombre, riendo calladamente y conversando en voz baja. Aún antes de que su madre levantara la vista para inspeccionar el piso alto de la casa, la había reconocido. Alcanzó a retirar el rostro a tiempo, aunque parecía difícil que hubiesen podido descubrirlo allí, en el interior oscuro de la habitación. La otra mujer era María Luisa, la que ni siquiera alzó los ojos. Abrió la puerta, se asomó al exterior, e hizo un rápido gesto a su madre de que la siguiera. Las dos desaparecieron, y Cristián creyó escuchar el clic de la cerradura cuando le echaban llave desde afuera. Sintió un debilitamiento general.

—¿Se fueron?

La voz angustiada de Iván le hizo recapacitar. Su amigo ya estaba junto a él, pero nada pudo descubrir en el viejo y descuidado parque, donde el crepúsculo comenzaba a adelantar la noche bajo los grandes árboles.

—¿Quiénes eran?

Y dejándose guiar solamente por el instinto:

—El mismo hombre que vimos entrar y dos mujeres desconocidas.

—¡Lo qué va a decir la mamá cuando lo sepa! —dijo Iván, con una risa nerviosa.

—No le puedes decir nada a tu mamá, Iván. ¡Qué tonto eres! —En medio de su vehemencia, no hallaba un argumento apropiado para respaldar sus palabras.

El propio Iván lo descubrió:

—Es cierto. Tendría que decirle que nos metimos aquí, a escondidas. Y hablarle del túnel que hice bajo el muro. ¡Me sacaría el cuero!

Pero siguió pensando sobre la necesidad de decirle algo a la mamá, por lo menos, ya que le parecía el colmo que gente desconocida entrara a esa casa quizá con qué fines —tal vez se trataba de bandidos que tenían allí su guarida, exclamó de súbito entusiasmado—, y su madre nada supiera.

Cristián compartía la opinión de su amigo de poner término a esas misteriosas reuniones, aunque por motivos muy distintos, ya que éstos no alcanzaban a materializarse en algo racional, sino en una especie de oculta vergüenza, porque algo le advertía que su madre no estaba procediendo bien al juntarse con ese hombre y María Luisa en una casa abandonada.

Además su mamá había negado que el auto del desconocido fuera el de María Luisa, y Cristián ahora no dudaba que era el mismo vehículo, seguramente facilitado por la madre de Iván al hombre rubio. Le aconsejó a su amigo que le dijera a su mamá que había escuchado voces provenientes de la casa de la loca, cuando jugaba en el fondo del parque. Eso bastaría para que María Luisa hiciera una investigación.

Pero Iván, como Cristián, solamente tenía diez años. De súbito dedujo que tal vez aquella gente estaba autorizada por su madre para visitar la casa. Quizá eran posibles compradores, porque, ¿cómo pudieron entrar con tanta facilidad? Lo mejor que debía hacer —concluyó— era quedarse callado, y no contarle nada a nadie. Cristián trató inútilmente de sacarlo de su determinación, mientras bajaban la ancha escalera, ahora en medio de una casi total oscuridad. Los ojos llameantes de un gato los llenaron de pánico.

Iván dio un paso en falso y rodó tres escalones. Se torció un pie, y debió seguir cojeando su camino. Antes de salir al parque, y obedeciendo una corazonada, Cristián se dirigió al fondo de la cocina, todavía iluminada por los últimos fulgores del crepúsculo. Abrió una puerta que giró sobre sus bisagras sin quejarse, revelando un dormitorio —probablemente el de la servidumbre— con una cama recién hecha, amplia, de dos plazas. Su pulcritud y flamante estado resaltaban estentóreos dentro de los viejos muros. No imperaba allí el olor a encierro y tiempo detenido, característico de la vieja construcción, sino un perfume enervante y el aroma de los cigarrillos, cuya humareda aún conformaba una neblina. Iván, desde la puerta de la cocina, lo instaba a marcharse. Al verlo inspeccionar la otra habitación, la curiosidad lo dominó. Pero Cristián cerró la puerta haciendo un gesto de indiferencia.

—Ahí no hay nada. Sólo porquerías. Debió ser de la empleada. —Pero sentía un raro desasosiego.

Su explicación satisfizo a Iván.



## II

A excepción de los miércoles, sólo en raras ocasiones Cristián podía ver a su madre a la vuelta del colegio. Por lo general la mamá llegaba a la hora de la comida. Reunidos en el comedor con su padre, ella se refería a los sucesos de la jornada, y solía preguntarle a Cristián sobre la marcha de sus estudios.

—La Uca está con tanta suerte para la canasta, que nosotros le decimos que Felipe debe estarla engañando —dijo una noche su madre, con su voz de siempre—. Ha ganado todas las veces, desde hace por lo menos un mes. Lo que es a mí me ha ido pésimo.

—¿Sí? —comentó el papá, sin añadir nada más, manteniendo siempre baja la mirada.

—¡Pobre Uca! Me da pena. Me contó que Felipe anda con un carácter infernal. Me alegro que gane, porque cuando pierde, Felipe la sube y la baja.

Su padre enarcó las cejas.

—Parece que le ha ido muy mal últimamente con su oficina de corretajes.

—Gasta mucho —dijo su padre, encogiéndose de hombros.

—¿Y en qué? La Uca anda siempre con la misma ropa. Raramente saca un vestido nuevo, o una cartera. Los zapatos son los mismos que ha usado toda la temporada. Y tampoco viven muy bien que digamos —su madre bajó la voz, y miró hacia todos lados, como si alguien pudiese escucharla—. Ni vermut para hacer un pichuncho tenían la otra vez. Felipito anda todo desastrado, con la chaqueta del colegio descosida y roto el cuello de la camisa. Y la Paulita no anda mejor. ¿En qué puede gastar Felipe? Claro que se da grandes comilonas con sus amigos. Y le gusta el buen trago. Pero eso no es para arruinarse.

—Depende. Está demasiado metido con los turcos. Y es difícil seguirle el tren a esa gente. —Su padre le echó una rápida mirada a Cristián, sin sonreír. Fue la intervención más larga del papá durante toda la comida.

Así transcurrían generalmente las conversaciones entre sus padres, en un tono menor, sin grandes alternativas, aunque a veces Cristián creyó notar alguna secreta tensión. Pero pronto descubrió que eran los estados de ánimos paternos los que él captaba, porque su madre en sus relaciones con el papá parecía guardarse poco para sí, excepto que la presencia de Cristián la inhibiese. Para tales ocasiones, poseían con el papá un lenguaje en clave, que no siempre usaban, porque su padre era reacio a ese tipo de artimañas.

Pero también su madre solía distraerse. A veces su padre debía volverla a la tierra cuando, saliendo de improviso de sus mutismos, la interpelaba sobre algún tema doméstico. Tales distracciones de la mamá solamente tomaron conciencia en Cristián después de lo ocurrido en la casa de la loca. Bruscamente su madre se le presentó

como una persona distinta a la que se había acostumbrado a tratar. Sus ensimismamientos dejaron de constituir para Cristián una demostración de que no tenía nada que decir sobre algún tema determinado —así pensaba él antes—, sino que aquéllos escondían quizá un mundo secreto. Esos particulares estados de ánimo cobijaban otras cosas, tal vez instintivas, quizá animales, escondidas por los rigores de una educación austera, de sólida religiosidad —en su familia se contaban dos obispos, varios sacerdotes y una decena de monjas, dos de ellas sus hermanas— impartida por un hogar rígido, de padres devotos, que jamás descuidaron su preocupación por la salud moral de sus hijos.

Hasta los hechos de la casa abandonada, sus relaciones con la mamá no tuvieron grandes alternativas. Fue bastante cariñosa con él en la niñez, aunque jamás le prodigó arrumacos en exceso. Pero esa parte de su vida ocurrió en un ambiente medio irreal, donde todo parecía hecho para darle gusto, sin que se hubiese podido determinar hasta qué punto la mamá contribuyó con su particular desvelo en procurarle placeres. Permaneció junto a Cristián, sin separarse de su lecho, cuando a los cinco años le vino el tifus. Pero a medida que crecía, su madre empezó a regatearle las caricias. Cristián solía meterse en su cama antes de levantarse, cuando el papá se hallaba en el baño, quedándose allí pegado a su cuerpo tibio, a la tenue batista de su camisa de dormir, disfrutando de sus bruscos arranques de ternura, o de sus repentinas indiferencias por él.

Pero un domingo —cursaba entonces la cuarta de preparatorias— en que Cristián trató de meterse en su lecho, la mamá, que leía el diario —desde el baño llegaba el rumor de la ducha y los resoplidos del papá— se opuso con una cierta curiosa frialdad.

—Ya estás muy grande para que vengas a meterte en mi cama. Eso está bueno para los niñitos de cuatro años. Pero no para ti. —Y al ver su desconcierto echó a reír. Le acarició el rostro con sus largos dedos—. No te enojés. Lo hago por tu bien, solamente. ¡Imagínate qué pensarían de ti tus compañeros si supiesen que te metes en la cama de tu mamá para que te regalonee! No te dejarían vivir, ¿verdad?

Su voz se impregnó de una cierta ternura. Paralelamente se cubría el escote con una mano, precaución inusitada en ella. Muchas veces la encontró en ropa interior, en ocasiones con una enagua transparente, sin que ella hiciese ningún esfuerzo por escabullirse de sus ojos perturbados.

Su brusca decisión de ese domingo le provocó una secreta ira. Enrojeció intensamente. Pero no atinó a decir nada, ni siquiera a preguntarle el porqué de ese repentino cambio. Su madre levantó el diario y siguió la lectura, ya olvidada de él que, de pie junto a la cama, permanecía inmóvil. Luego Cristián dio media vuelta. Antes de dejar el dormitorio, le echó una última mirada a su madre. La tez mate brillaba en medio de las sábanas albas, y su perfil, perfectamente delineado contra el muro gris, remataba en el pelo castaño que caía descuidadamente sobre los hombros. Se volvió hacia él, y sonriéndole, le hizo un guiño de despedida. Salió de la alcoba

irritado, sintiendo en sus espaldas la mirada clara de su madre.

Desde ese día las caricias maternas se hicieron esporádicas. A veces, siguiendo un impulso inusitado, le ponía la cabeza en su regazo, y empezaba a mesarle los cabellos con extraordinaria suavidad. Un dulce sopor invadía lentamente el organismo de Cristián, y lo relajaba. Pero tales momentos eran breves. De pronto ella le aferraba el pelo con fuerza, y lo volvía a la realidad, riendo por la facilidad con que se quedaba dormido. Apenas conversaba con él. Se reducía a preguntarle sobre su actuación en el colegio, aunque tampoco tenía paciencia para escuchar todas sus explicaciones. Tomó entonces la costumbre de disimular delante de ella, evitando explayarse sobre cualquiera pregunta que la mamá le hiciese.

Otras veces su madre le llamaba la atención al notar alguna deficiencia en su aspecto, porque le parecía desordenada su ropa o lo hallaba despeinado. Pero después de la aventura en la casa abandonada la actitud de Cristián con la mamá experimentó un nuevo cambio. Porque Cristián decidió aprovechar la primera oportunidad para insinuarle que algo extraño habían descubierto con Iván en el parque de la casa de la loca.

La ocasión se le presentó dos días después de su visita a los Rodríguez, al regresar del colegio. Los viernes su madre, con una cadena de señoras, se turnaba de casa para jugar canasta. Las reuniones comenzaban con un té, y cuando ocurrían en casa, Cristián tomaba la precaución de entrar con todo sigilo. De otro modo debía concurrir al salón para saludar a todas las señoras allí reunidas, que le hacían preguntas y lo pellizcaban, comentando todo lo destacado de su persona. Encerrado en su dormitorio, para capear la algazara proveniente de la sala de juego, sólo bajaba al anunciarse la comida. Pero ese viernes la reunión debía efectuarse en otra parte y, cuando entraba al vestíbulo, iluminado por un sol difundido por las cortinas, en medio de una rara quietud, Cristián se topó con su madre que bajaba la escalera, con un vestido celeste y grandes aretes de brillantes, precedida por su suave perfume. Instintivamente bajó la vista y trató de meterse en el salón. Pero ella lo llamó intempestivamente.

Le cogió por la barbilla y lo miró a los ojos. Al encararlo el rostro perfecto de su madre se revistió de una curiosa impenetrabilidad. No lo besó.

—Te he notado muy callado desde ayer, ¿qué te pasa?

Sus labios levemente retocados apenas se movieron. Allí, en el último peldaño de la escalera, aumentada su espigada silueta por el escalón, la madre, cuya presencia nunca dejaba indiferente a los demás, y conocedora también de esta particularidad natural que explotaba de manera intuitiva, y del ascendiente que tenía sobre él, le hizo sentirse inmensamente pequeño. Tartamudeó cualquier respuesta, pero ella lo acució con la pregunta. ¡Tantas veces que sus silencios debieron ser mucho más elocuentes que ahora ante su madre! Ella insistió en su pregunta.

—Bueno... Resulta que el miércoles, cuando jugábamos en el parque con Iván...

—Baja la vista al hablar, pero cuando llega a la última palabra, levanta los ojos, y se

enfrenta con la súbita tensión reflejada en el rostro de su madre.

Desciende ella el escalón y se agacha ante él, sin soltarle la barbilla.

—¿Sí? —Su voz tiembla. Cristián se siente atemorizado.

—Nada... Iván y yo oímos unas voces que venían del parque de la casa abandonada...

—¿Voces? ¿De quién? ¿A qué horas?

Una fuerza incontenible agita su voz. Un temblor animal, que sacude todo su cuerpo, se le transmite a través de sus manos, mientras lo aferra por los hombros con una energía que produce dolor.

—No sé... Se oían de lejos. Parecía un hombre que hablaba con una mujer. Tal vez...

—¿No conociste su voz?

—No, mamá. ¿Cómo la iba a reconocer de tan lejos? Eran voces, solamente. A lo mejor venían de la calle. Nosotros creíamos que eran del parque. Pero quizá no...

—¿Seguro que no mientes? —Los ojos celestes, brillando intensamente en la atmósfera luminosa del vestíbulo, le taladraban el cerebro como si su madre quisiera traspasar la barrera mental que Cristián le oponía.

—¡No, mamá! ¡Se lo juro por Dios!

Parece calmarse. Lo suelta, y su rostro recupera la serenidad, aunque la incertidumbre sigue alterándole la mirada.

—Anda a hacer tus tareas.

Le hace una rápida caricia en el pelo, y se dirige a la salida. Cuando su madre abre la puerta de calle, Cristián, desde el vano del salón, se vuelve a mirarla, y ella, antes de abandonar la casa, lo escudriña por última vez, fruncido el ceño, renacidas quizá sus dudas con la separación.

La mamá nunca volvió a llevarlo donde los Rodríguez. Y él no ignoraba que seguía visitando a María Luisa los miércoles por la tarde, aunque jamás lo comentaba con ellos. Cuando su papá se refería a María Luisa usaba siempre un tonillo sardónico, porque la viuda de Alberto Rodríguez no gozaba de su aprecio. En esas ocasiones Verónica recurría a su rara habilidad para cambiar de tema cuando deseaba marginarse de alguna conversación.

Por otra parte, su papá jamás insistía. Su inteligencia y una cierta capacidad analítica, que le depararon éxitos en los negocios, nunca le sirvieron en su vida sentimental.

### III

Después de la intensa lluvia de la noche anterior, el sol ha comenzado desde temprano a asomarse entre blancas nubes desgarradas, que el viento desplaza en jirones y cuyas sombras trepan por las laderas boscosas de la montaña. La atmósfera, saturada con el aroma de las hierbas húmedas, posee una rara diafanidad. Cristián hace ensillar su caballo y toma el camino del cerro hacia el sur, sin trazarse ningún itinerario. Un viento suave le golpea el rostro, y trae desde el río el graznar de los patos salvajes. Cuando gana la primera puntilla del cerro, echa una mirada a sus espaldas. Se abarcan desde allí los blancos muros circunvalatorios del parque y el techo metálico de las casas del fundo; la vasta hoya del Toqui, cubierta de blancos pedregales y con sus márgenes espesas de juncos y sauces, y un trozo del camino que conduce a Villa Cruz, pueblo situado a cinco kilómetros de la hacienda. Luego el río describe una amplia curva y penetra en la montaña por el fondo de un valle cuyas laderas se van escarpando y cerrando. Pero aún el río deberá adentrarse varios kilómetros más en la parte cordillerana de Los Siete Ojos para que su cauce, ahora deslizándose sobre un fondo excavado en la roca viva, se precipite en un profundo desfiladero, y la primera de las siete cascadas sucesivas conformen en la sima de la rajadura, una tras otra, siete lagunillas turbulentas, casi perfectamente circulares, en medio de laderas pobladas de robles y coigües.

Son los Siete Ojos del Diablo, formación natural que ha dado origen al nombre de la hacienda. También se les conoce con el nombre de los Ojos del Toqui, o las Fuentes o Saltos del Diablo, encontrándose emplazados en un lugar de difícil acceso, y que fueran descubiertos cien años antes por el bisabuelo de Cristián.

Según Nicasio, viejo centenario muerto años atrás, y que conociera personalmente al antepasado de Cristián, Satanás había sido invocado por aquél en el día de San Juan, siendo la medianoche, y bajo la corpulenta higuera que por entonces crecía junto a un extremo de la casa. Pero el Diablo no acudió esa vez. Su bisabuelo, que diera salida a la servidumbre para quedarse solo —condición indispensable para invocar al Diablo—, ignoraba que muy cerca de la higuera dormía un recién nacido, hijo de una sobrina de la cocinera. La presencia de ese inocente hizo fracasar sus intentos por comunicarse con el Malo. Pero meses después, viniendo su bisabuelo desde el interior de la cordillera, a solas, se topó con un jinete vestido de negro, cuyos dientes de oro fulgían bajo la sombra de un roble.

En el anochecer era lo único destacado de su rostro oscuro. El jinete lo invitó a su casa, y le indicó el interior de la montaña. Luego dio media vuelta y desapareció bajo la oscuridad del bosque, antes que su bisabuelo hubiese tenido tiempo de aproximarse para identificarlo. Deseoso de saber quién era el otro, se lanzó a su zaga.

Cabalgó durante horas. De súbito, al rebasar una cumbre, casi rodó por una

escarpada pendiente que descendía bajo una espesura. Le dio el nombre de Cuesta del Lunes, porque su aventura ocurrió entre la noche de ese día y la madrugada del martes. Llegó así al fondo de un valle por donde el Toqui brincaba, bordeado de piedras blancas de gran tamaño, lanzando destellos fantasmales bajo la luz alba de la luna. Y empezó a escuchar un ronquido lejano, al que la brisa nocturna aproximaba y alejaba. Divisó a su guía trepando por un sendero de mulas, abierto en el abrupto declive del valle. Su bisabuelo espoleó el caballo. La luna, alta y casi llena, todo lo iluminaba, dando nitidez a los contornos. Pero sus oídos, embotados con el estruendo ascendente, parecían aislarlo del mundo.

Y entonces, en una altura, vio por última vez al jinete. Le hizo un saludo con la mano a su bisabuelo, y desapareció tras un reborde. Cuando su antepasado pudo llegar a la cumbre —debió apearse del caballo, porque le fue imposible descubrir la senda utilizada por el otro para llegar hasta allí— casi se desmayó: a sus pies, en lo hondo de una garganta de laderas cortadas a pico, el Toqui rebullía bajo la luz lunar en siete fosos horadados en la roca, hinchados de espuma fosforescente, mientras saltaba de una fuente a la otra rugiendo atronador en el amanecer. Ni rastros del jinete. Y como le viera eclipsarse tras el borde, debía presumir que se precipitó al vacío.

Pero sospechando la verdadera identidad del otro, bautizó el lugar con el nombre de «Los Siete Ojos del Diablo». De acuerdo con Nicasio, en esa ocasión el bisabuelo de Cristián había formalizado el trato que le diera fortuna y buena suerte en la vida.

Al rebasar la segunda puntilla aparecen en el bajo las rectas calles de Villa Cruz, con su plaza central rodeada de palmeras, y la aguja blanca del campanario de su vieja iglesia. El pueblo se extiende en la margen norte del río. Y en su ribera sur, en la misma ladera de la montaña, escondida entre altos setos de zarzas y álamos, se entrevén los muros encalados de la vieja casa de Rodemil, personaje villacrucino a quien, como al bisabuelo de Cristián, se le atribuía un pacto con el Diablo. Su parcela, junto a otras cuatro quintas, se encuentra enclavada dentro de Los Siete Ojos.

También se alcanza a divisar una parte del estero que separa las parcelas del fundo, y en cuyos remansos de alguna hondura, solía bañarse en su niñez. En esa época toda aquella zona era la meta obligada de sus correrías con Juan Manuel, el hijo de un inquilino. Muchas veces llegaban allí de a pie, utilizando los caminitos de la cordillera para acortar, aunque las escarpaduras los dejaban bien pronto con la lengua afuera.

Una vez los sorprendió la noche en un vallecito, cuyos coligales tejían espesuras que apenas dejaban pasar la luz. Juan Manuel le susurró al oído, todo trémulo, que un puma los seguía. Cruzaban el corazón de la espesura de cañas, por una huella que abrieran las carretas de los leñadores del fundo, en medio de una perfecta soledad. Solamente se escuchaba el canto de los grillos. A Cristián se le heló la piel. Pero como nada ocurriera durante varios segundos, ni nada se escuchara a pesar de que ni siquiera respiraban, atribuyó a la imaginación de Juan Manuel la presencia de la fiera.

Su amigo juró, siempre en cuchicheos, que el león se hallaba a menos de diez metros, en un calvero del cañaveral. Él lo había visto de refilón al volver la cabeza.

Cristián, armándose de valor, y para impresionar a Juan Manuel con su sangre fría, desanduvo tres pasos, y se asomó al recodo de la huella, convencido de que el puma saltaría sobre él en cuanto lo viera. Pero el claro, sumergido en una penumbra lechosa, estaba desierto. Por poco cayó a tierra con la tensión sufrida. Su compañero continuaba inmóvil en el mismo sitio. Entonces Cristián volvió, adoptando un aire de indiferencia, pasó por el lado de Juan Manuel sin decirle nada —la verdad es que le temblaba la lengua, y no habría podido hablar sin traicionar su nerviosismo— y se dirigió a la salida de la selva sin apresurarse en exceso. A sus espaldas estalló un rumor de ramas aplastadas, como si algo se abriera camino entre las cañas. Juan Manuel pasó por su lado como una exhalación. Pero Cristián le dio alcance en segundos. Surgieron a terreno despejado. Pero siguieron corriendo sin detenerse; hasta que Juan Manuel tropezó, rodó por una pendiente al borde del estero, y Cristián, enredándose en su cuerpo, también paró en la tierra arenosa. Cuando se incorporaban, recriminándose mutuamente, algo como el balar de una oveja, aunque más potente, llegó de la vecina cordillera.

—¡El león!

El grito de Juan Manuel fue la señal de partida para una nueva carrera que solamente vino a terminar cuando agotados, casi sin poder respirar, arribaron al caminillo que separa el fundo de la serie de propiedades encabezadas por la de Rodemil. Se habían venido cruzando la montaña para acortar camino.

Pero ahora nadie los habría obligado a retomar esa senda. Cuando llegaban al punto, un camión del fundo los tomó y adelantó su vuelta a casa.

El camino describe una curva cerrada y el panorama del bajo desaparece. De pronto un hilo de agua cruza la huella, originado en una pequeña fuente rodeada de helechos, boquis y zarzaparrillas. Es una vertiente cordillerana, de aguas heladísimas y gran transparencia. Alrededor de esos abrevaderos, sus imaginaciones de niños les hacían descubrir, a Juan Manuel y Cristián, las huellas del puma estampadas en la tierra húmeda o en el camino polvoriento. El sol comienza a entibiar la atmósfera. Brilla en el centro de un trozo de cielo intensamente azul, enmarcado por jirones de nubes blancas que se desplazan perezosas. Pero nubarrones con barrigas oscuras, que cubren todo el horizonte visible, comienzan a desplazarse desde el norte como la vanguardia de un ejército bien alineado. Cristián arriba al Cruce, donde otra carretera atraviesa su ruta, y minutos después se encuentra frente a El Peral, un villorrio de leñadores integrado por cinco o seis ranchos.

Las constantes faenas de los leñadores han despejado de árboles los alrededores de la aldea. Pero más allá de El Peral, para donde uno mire, los bosques crecen apretujados, de tal modo que el espacio abierto en torno al villorrio es como una isla acometida en todo su perímetro por el flujo normal de la naturaleza, a la cual el hombre opone el reflujó infatigable de su hacha. En el centro de la explanada, se



yergue el peral que le diera el nombre al caserío, y que ha crecido allí por la iniciativa de algún anónimo arboricultor. No lejos de ese árbol, Lucindo, un muchachón del poblado, violó y degolló a una chica idiota de doce años, hija de otro leñador. El crimen, cometido veinte años atrás, fue uno de los raros hechos de sangre ocurridos en las aisladas zaferías de la montaña. Lucindo cumplió su condena, que fue increíblemente benévola gracias, según se dijo, a la intervención del padre de Cristián. Ocurría que Lucindo era ahijado de Rodemil, quien solicitó la ayuda de su padre a cambio de los doscientos votos que el aparcerero controlaba en Villa Cruz, cuando un tío de Cristián se presentó de candidato a diputado por la zona. El papá de Cristián aceptó intervenir ante el juez de Villa Cruz en favor de Lucindo, y el tío Alfredo resultó electo. Cristián supo esta historia a través de un viejo inquilino del fundo, mucho después de la muerte de su padre.

Hoy Lucindo posee un sucucho de zapatero remendón en Villa Cruz, donde trabaja los escasos días en que no anda ebrio, aislado por sus vecinos y acometido de pesadillas que lo hacen despertar durante las noches dando alaridos. Los villacrucinos lo evitan como a un foco infeccioso, excepto los que por economizar le encargan el arreglo de su calzado, pasándole el material con la misma cautela que antiguamente se trataba a los leprosos.

Algunas gallinas picotean entre las hierbas, desentendiéndose de la presencia de Cristián. Por la hoja entreabierto de la primera cabaña surge una voz de mujer que lo llama por su nombre. Cristián detiene la cabalgadura, y en el rústico umbral aparece Manuela, la que durante su niñez cumpliera funciones domésticas en las casas del fundo. Ahora, con cuarenta años, flaca, con sus incisivos carcomidos por las caries asomadas en su boca prominente, y el pelo desgredado, sucio, difícilmente recuerda a la Manuela vigorosa de otros tiempos. De las otras cabañas emergen algunos chicuelos, otras dos mujeres, y una anciana que apenas camina. Lo saludan y examinan curiosos, bajo el sol de la mañana. Las voces conforman una pequeña algazara en el villorrio, minutos antes sumergido en la quietud de las labores domésticas.

Manuela ha regresado a El Peral después de veinte años de trabajar en el bajo, para hacerle compañía a su madre cuya edad le impide salir del rancho. Sus últimos años en Villa Cruz trabajó en casa de don Horacio Farías, director de la escuela pública, hasta que Violeta, su señora, huyó a Santiago con el turco Manzur. Aquí Manuela mueve la cabeza apesadumbrada al recordar la agitada vida de su última patrona. También Cristián conoció a Violeta Arriagada de Farías, cuya existencia marcó prácticamente una época dentro de lo que podría llamarse la «sociedad» villacrucina, comunidad donde el respeto a las convenciones lo impone la certeza de que cualquiera aventura será conocida por todo el pueblo antes de doce horas. Hasta en su casa, donde sus padres sólo comentaban la vida social y política santiaguina, y cuyas relaciones con los villacrucinos eran mínimas, a pesar de la proximidad del pueblo, en más de una ocasión se mencionó en voz baja, velada —si él se hallaba

presente— a Violeta de Farías. Los comidillos llegaban de Villa Cruz en boca de la servidumbre, ya que sus padres raras veces iban allá. Incluso asistían a misa en Almagro, la capital de la provincia, a pesar de su mayor distancia. La mamá, como buena metropolitana, consideraba la vida social de Villa Cruz con ironía, no atribuyéndoles mayor importancia a sus alternativas que las que dispensaba a la servidumbre. Pero no así a Violeta Arriagada de Farías, que consiguió irrumpir, aunque de manera efímera, en las conversaciones de sus padres.

La luz del sol desaparece de pronto tras la vanguardia de los nubarrones que ya cubren prácticamente todo el cielo. Una ráfaga de viento norte sacude las últimas gotas de lluvia albergadas en unos boldos de las cercanías. Cristián se aleja del villorrio, apremiando a su alazán en resguardo de la primera nubada que no tardará en descargarse.

Cuando vuelve la cabeza, El Peral se ha traslapado en una curva de la carretera, y nadie sospecharía su presencia tras los espesos bosques.

Los Siete Ojos es un verdadero país.

## IV

De repente el papá me asusta. Le pregunto algo y no me contesta nada. Se queda mirándome un rato, como si no me hubiera oído. Pero yo sé que me ha oído. No quiere contestarme, no más. Y si le pregunto de nuevo, frunce las cejas, y a veces me dice: «Después». Nada más. Pero yo no le vuelvo a preguntar. Cuando está de buenas, me pregunta: «¿Hiciste tus tareas?». O me dice: «Ya es muy tarde, anda a acostarte». O también: «Anda a jugar, quiero hablar con tu mamá». Entonces yo me voy a mi pieza, y leo alguna revista. O me voy al parque, a jugar bajo los árboles, hasta que oscurece.

Otras veces Raúl, el mozo, me llama y me cuenta historias de su tierra. Es de Curicó. Se crió en una casa grande, de gente rica, donde su mamá era empleada. Su papá murió cuando Raúl tenía un año. Era carpintero, y hacía unos muebles muy bonitos, me cuenta Raúl, poniendo los ojos redondos. Tiene cara de lechuza, y cuando abre los ojos y los hace girar, se parece más todavía a las lechuzas. Cada vez que me va a contar algo, mira para todos lados, como si tuviera miedo de que lo estén escuchando. «Viera las sillas y mesas que hacía mi viejo... Tan rebonitas, como las que hay en el salón». Claro que él no vio cuando las hacía, pero su mamá guardó algunos muebles, que se llevó a la casa de sus patronos. «¿Y cómo sabes que era tu papá el que hacía esos muebles?», le pregunto. «Porque mi mamá me lo contó». Entonces yo le digo que a lo mejor le contaba esas cosas por contárselas, no más. «¡Chisst! ¿Usted cree que mi mamá era mentirosa? ¿Pa qué me iba a contar una cosa por otra?». Pero Raúl nunca se enoja. Siempre anda riéndose. A lo mejor es tonto. Todo lo hace mal. Una vez tuvo que pegar un clavo en su pieza, y se machucó un dedo. Estuvo aullando como una hora. Entonces la Sofía dijo: «¡Qué hombre más vaca! No heredó nada del padre. ¡Tanto que habla de los muebles que hacía! Y éste no sabe usar ni el martillo...». Pero tiene buena voluntad, todo lo hace contento, sin chistar. «Es un roto bueno», dijo mi papá una vez. «No es insolente ni contestador, como otros. Es muy puesto en su lugar».

Raúl le tiene pánico a mi papá. «Es tan reseco don Rodrigo. Y nunca lo mira a uno cuando habla...». Pero mi papá levanta rara vez la voz. Es mi mamá la que reta a las empleadas y a Raúl. Pero Raúl no le tiene mucho miedo a mi mamá. «Es tan rebonita la señora Verónica. Y cuando está enojada se pone más bonita todavía. ¿Cómo le voy a tener miedo? En cambio su papá... Claro que nunca me ha retado. ¡Pero esas miradas que pega de repente!».

Eso es cierto: mi papá echa miradas rápidas, pero sin fijar los ojos en uno. También a mí me habla sin mirarme. Y en la mesa, cuando conversa con la mamá, mantiene siempre la mirada en el plato. O en el mantel. O en los cubiertos. «Es muy raro don Rodrigo. ¡Y tan callado que es! Siempre le he tenido miedo a los caballeros

callados». Claro que mi papá no es tan callado como dice Raúl. Con él sí. Pero ¿para qué va a conversar con Raúl? Raúl sabe contar puras leseras. ¡Ni siquiera con nosotros conversa mucho mi papá! Y va a hablar con Raúl...

Pero mi papá cambia cuando llega a Los Siete Ojos. Allá se pone alegre. No demasiado alegre, pero más contento que en Santiago. En cuanto llega a la casa del fundo, se pone una chaqueta vieja, peluda, y unos zapatos engrasados, de suela gruesa. En el invierno no se quita la manta de castilla, que es tan vieja como la casa. Dicen que era del abuelito de mi papá. Me contaron que la llevaba puesta la noche en que descubrió «Los Ojos del Diablo». Una vez le pregunté a mi papá si era cierto, pero él sólo se encogió de hombros. «Esas son leseras...», me dijo. Me echó una mirada corta, y después se fue al campo, a recorrer las siembras. Porque le gustan mucho los trabajos del fundo. «Ese es el verdadero amor de Rodrigo», le dijo una vez mi mamá a la señora Meche. «Los Siete Ojos llenan su vida. Por él viviría todo el año allá. Tú ves cómo viaja todos los fines de semana para su fundo. Aunque llueva». A mi mamá no le gusta mucho el campo. Pero en el verano sí. Sale a pasear a caballo. O va a las fiestas de Almagro con mi papá. Pero en invierno es difícil que mi mamá vaya al fundo. Prefiere quedarse en Santiago, jugando canasta. O va al teatro, porque le gustan las películas. También va a veces a una población con otras amigas. Llevan ropa y alimentos para los pobres.

«¿Para qué pierdes tu tiempo en esas leseras?», le dijo una vez mi papá, en el comedor. «Sólo sirve para cultivarle el ocio a esa gentuza. Te apuesto a que venden lo que les llevan en cuanto vuelven la espalda, para tomárselo. Esa gente no tiene remedio. Si están así es porque son flojos». Mi mamá se rió. «Hay que hacer la caridad, Rodrigo. ¿Qué de malo tiene? Total, son cosas que uno no usa». Mi papá frunce los labios, siempre con la vista baja.

Pocas veces he visto enojado a mi papá. Por suerte, porque da miedo. Se le cambia la cara. Se le hinchan las narices, y los ojos le brillan. Pero no grita. Resuella, solamente. Una vez lo vi sacar a patadas a un peón de la casa del fundo. Lo tiró al medio del patio. Y se le fue encima otra vez. Pero el hombre se paró y apretó a correr, asustado como un quiltro. Mi papá dijo con una voz rara, ahogada: «¡Roto insolente!». Parece que cuando se enoja no le salen las palabras. Como que se ahoga. Una vez Raúl también lo vio enojado con un gasfíter que fue a arreglar el baño. Desde entonces le tiene miedo. Pero nunca me ha querido contar cómo pasaron las cosas. Solamente me dijo: «Su papá sacó retobado al maestro que vino a arreglar el baño». Pero tampoco gritó, porque yo estaba en la casa y no oí nada. Sólo un tremendo portazo.

María Luisa llegó a pasar unos días a Los Siete Ojos. Vino sola, aprovechando el veraneo de Iván donde unos primos. Cristián no veía a la espigada mujer desde su aventura en la casa abandonada. Quizá fue por el hecho de que en esos días se

hallaban solos en el fundo, que su padre no objetó la visita de María Luisa, por la cual no disimulaba sus antipatías.

En los días de calor almorzaban en el parque de la casa, a la sombra de unos grandes nogales. Allí en una penumbra verdosa, envueltos en la tibieza de un aire vegetal, se instalaban en la larga mesa empotrada en tierra, transcurriendo el almuerzo en medio de una conversación serena, mantenida entre su madre y María Luisa. Su padre solía intervenir cuando se tocaban temas que le interesaban especialmente. Después de almuerzo, las mujeres se dirigían a la piscina, emplazada no lejos de la casa, y se asoleaban y zambullían hasta la hora del té. Rara vez Cristián las acompañó.

A esa hora, contrariando los deseos de su mamá —aunque Verónica nunca hizo grandes esfuerzos por retenerlo, especialmente durante la visita de María Luisa— partía de excursión con su «ayudante» Juan Manuel, hijo de un inquilino, cuya familia siempre prestó servicios domésticos en las casas del fundo.

Tomando por la carretera que conducía a las aldehuelas de leñadores, se desviaban a media falda del monte por caminillos sólo de ellos conocidos. Cruzando frente a la serie de quintas emplazadas dentro del fundo, siempre por el cerro, arribaban a la quebrada por cuyo fondo corre un estero dotado de charcas aptas para bañarse. Remontaban el arroyo espejeante del sol que se filtraba a través de boldos, coigües, quilas y canelos, en el fondo de cuyo lecho en pendiente las piedras oscuras de algas parecían cabezas sumergidas. Dejando los caballos atados a un árbol, se dirigían siempre al mismo remanso, el último, con una profundidad apropiada para zambullirse.

Allí el agua se precipitaba desde unos tres metros de altura, como una ancha franja cristalina, generando un perpetuo borbollar junto al talud. El sol apenas lograba alcanzar las aguas heladísimas del tranque por dos breves horas en la tarde. Pero Cristián y Juan Manuel gozaban sumergiéndose hasta el fondo arenoso, o dejándose azotar por la cascada, cuyo empuje volvía a hundirlos. Pero esa tarde no alcanzaron a llegar a la fuente, oculta por un meandro a unos cincuenta metros de allí. Una muchacha se alisaba su larga cabellera rubia, reflejándose tembloroso su cuerpo desnudo en las aguas inquietas. La joven volvió el rostro hacia ellos, pero sin verlos, porque bajando de nuevo la vista prosiguió peinándose el cabello con gran serenidad. Junto al remanso, en la ribera pedregosa, resaltaba un breve montón de ropa.

Los muchachos se miraron, sin resolverse a avanzar ni a retroceder, aún ocultos por la espesura. El ruido de la caída ocultaba cualquier otro rumor, pudiendo así conversar en susurros.

—¿Sabes quién es? —preguntó Cristián, profundamente agitado con aquella plácida visión.

Juan Manuel lo ignoraba. Debía de ser una veraneante, hospedada quizá en alguna de las vecinas quintas: era difícil que una muchacha del pueblo hubiese llegado tan lejos sola. La joven salió del agua, y avanzó cuidadosamente sobre las

piedras de la orilla. Echando una serena mirada en torno, se encaminó hacia una roca de gran tamaño, iluminada por el sol, y allí se sentó. Prosiguió luego con su tarea de peinarse el largo cabello dorado, que devolvía los rayos del sol bajo la cúpula vegetal con súbitos destellos agudos. Su figura se les ofrecía de perfil, y su tranquilidad reflejaba la convicción de quien se sabe a cubierto de miradas indiscretas. El sol, con un trazo dorado, delineaba la morbidez de sus hombros y talle, y la curva firme de la cadera, para seguir luego el largo diseño de la pierna, que remataba en un pie asentado en los cascajos.

Un sonoro palmetazo hizo saltar a Cristián. Juan Manuel acababa de matar un tábano que se le adhiriera al cuello. La muchacha levantó el rostro, azorada, y escudriñó los culenes que cobijaban a los dos chicos. Luego corrió hacia el montón de ropa, y arrodillándose sobre las piedras, su cabellera rubia desapareció bajo una prenda blanca que no tardó en cubrir su desnudez.

Recriminando a Juan Manuel, que se disculpaba en todos los tonos, Cristián se dirigió rápidamente hacia el sitio donde dejaran los caballos. Tomaron corriente abajo por la linde opuesta del estero, sin cesar Cristián en sus imprecaciones contra Juan Manuel, quien apenas atinaba a explicar su torpeza. Pero ya la hermosa visión del arroyo estaba definitivamente destruida.

Por un senderillo abierto en la escarpa boscosa del barranco, ganaron de nuevo la montaña, y prosiguieron a media falda. El aire fresco del monte purificó en la mente de Cristián la visión de la quebrada. Al doblar la estribación se encontraron frente al salvaje valle abierto entre dos laderas, densamente arboladas. El Toqui, comprimido por la montaña, corría ahora blanquecino, saltando sobre las anfractuosidades del fondo. Alguna garza trepaba por el aire con un tranco cansado, interrumpiendo su blanco plumaje el agreste panorama.

Allí se levantó una vez el remoto campamento del Toqui, el anónimo cacique araucano cuyo título le diera el nombre al río. Según la leyenda, fue asesinado a comienzos de la conquista por algunos de sus hombres vendidos a los españoles. El cuerpo del araucano, colgado entre dos palos por los conquistadores, permaneció en aquel meandro hasta que sus huesos, blanqueados de sol, se desprendieron de sus ataduras, desparramándose entre las piedras de la orilla. Las constantes crecidas del río terminaron por arrastrarlos corriente abajo.

La silueta de la muchacha desnuda, que peinaba sus cabellos en la fuente diáfana, volvía a la imaginación de Cristián, perturbándolo, aferrándose a su memoria cada vez con mayor fidelidad. No pudo disfrutar del paseo como otras veces.

En el salón, bajo las luces de la lámpara de fierro forjado, sus padres y María Luisa bebían aperitivos, intercambiando esporádicos comentarios.

—¿Qué hiciste en la tarde?

La pregunta pilló desprevenido a Cristián.

—Pues... Fui a dar una vuelta a la montaña.

—¿A dónde? —Su padre no siempre queda satisfecho con respuestas a medias.

No le despega los ojos.

—Recorrimos el río con Juan Manuel... ¡Siempre lo hacemos!

—Es todo un hombre, ya. Bien puede recorrer su fundo. —La voz cálida de María Luisa acude en su auxilio.

—¡Qué va a ser un hombre! —exclama el papá. Su madre lo mira serenamente—. Es un chiquillo, no más. Si no me preocupo por él, cualquier día me lo traen desbarrancado.

—Déjalo que pasee —dice su madre—. ¡Nada le va a pasar!

—¿Qué andará haciendo ese judío por aquí? —Su padre, malhumorado, coge el pichuncho, y lo empina con lentitud, sin mirar a Cristián, pero sabiendo que éste lo observa—. Estoy seguro que es un agitador comunista. Me dijeron que lo habían visto rondando la propiedad de Rodemil. ¡Si lo veo meterse al fundo...!

Su padre guarda silencio.

—¡Qué buen mozo es! —dice su madre de improviso. De inmediato aprieta los labios, como si se hubiese arrepentido.

Su padre le dirige una mirada penetrante. Todo su cuerpo se pone en tensión. Por algunos segundos no dice nada. María Luisa, baja la vista, incómoda, y toma su aperitivo.

—¿Dónde lo viste? —Las palabras salen comprimidas de los labios del papá.

—Bueno... Ayer, cuando bajé a Villa Cruz a comprar pisco. ¿No te acuerdas que el pedido de Almagro se atrasó? —Su madre se moja los labios con la punta de la lengua. María Luisa la observa, intranquila.

—¿Me quieres decir que bajaste a Villa Cruz a comprar pisco? ¿Por qué no mandaste a Alberto o Efraín? —El tono de su padre se torna incisivo. No despega los ojos del rostro de su mujer.

Pero ya la mamá se ha recuperado, y vuelve a controlar su pasajero desconcierto.

—Porque quería mostrarle el pueblo a María Luisa. Tú ya te habías ido a recorrer el campo con Lucas. Por eso no te propuse que nos acompañaras.

La mamá bebe un sorbo de pichuncho.

—¿Y dónde se toparon con ese judío? —Su padre mantiene una hosca actitud.

Pocas veces Cristián lo había visto irritado con su madre por asuntos ajenos a los meramente domésticos. Coligió que se encontraba frente a una nueva situación, presumiblemente derivada de la presencia de María Luisa en casa. Su padre solía reaccionar por motivos aparentemente irracionales. Porque si sufría algún percance o molestia, bastaba que dentro de las circunstancias paralelas al hecho hubiese personas ajenas a sus simpatías para que de inmediato les colgase la causa de su desgracia. Una vez que comía en casa de un pariente, en la compañía forzada de uno de los proscritos de su mundo, se atragantó con un trozo de carne y casi se ahogó.

—¡Cómo no me iba a pasar algo cuando estaba ese infeliz de Adalberto! —comentaría después.

En el presente caso, Cristián sospechaba que el principal motivo del encono



paterno derivaba más de la presencia de María Luisa que del hecho en sí. Cristián llegaría a la conclusión, con el correr de los años, de que fue en ese caso cuando el papá anduvo más cercano a la verdad.

—Frente al almacén de don Aurelio —replicó la mamá—, íbamos saliendo con nuestro pisco, y pasó por la vereda.

—¿Solo?

—Sí, solo.

Su padre no hizo más preguntas. Pero su rostro reflejaba el oculto deseo de haber seguido sometiendo a Verónica a un hábil interrogatorio. Su educación pudo más que sus secretos impulsos, y volviendo a coger el pichuncho se lo bebió de un trago. Su madre empezó a explayarse sobre el almacén de don Aurelio, de lo bien surtido que le pareciera, y de sus excelentes precios. Probablemente su locuacidad se originó en el aflojamiento de la recién pasada tensión, cosa que su padre captó de inmediato.

Cristián tuvo un sueño inquieto. Al día siguiente despertó amodorrado, con pocas ganas de levantarse. Pero vinieron a anunciarle el desayuno, y tuvo que resignarse a dejar el lecho. Su padre había dado órdenes de que no se le llevase jamás el desayuno a la cama. Debía tomarlo en el comedor, y solamente hasta las diez. Bebía su café a solas, cuando llegó el papá y le dijo:

—Vamos a Villa Cruz. Apúrate con tu desayuno.

El sol ya ardía desde un cielo despejado.

—¿Qué se ha sabido del extranjero? ¿Averiguaste algo?

—Sí, patrón. Se aloja en la casa de Rodemil, con una hija —contestó Efraín, mientras el automóvil salía del parque y tomaba la carretera hacia Villa Cruz.

—¿Una hija?

—Sí, una niña rubia, de unos quince años.

Cristián recordó a la muchacha de la fuente. No le cupo duda de que era la hija del hombre que preocupaba a su padre.

—¡En la casa de Rodemil! Debí imaginarlo. Siempre anda con gente rara ese carajo. ¡Y lo tengo metido en mi fundo...! —Su padre hizo un gesto de impotente furor—. ¿Qué más has sabido de él?

Efraín ignoraba más detalles. En realidad todo lo vinculaba con Rodemil, aparcerero vecino de Los Siete Ojos; parecía pertenecer a otro mundo, sin nada en común con los estrechos límites del ambiente villacrucino. Rodemil poseía la cualidad de envolver en el misterio todos sus actos, aún en un pueblo tan pequeño y adicto a los pelambrillos como lo era Villa Cruz. Su padre conocía aquella peculiaridad de su vecino. Al cruzar frente a la quinta de Rodemil el papá recorrió con la mirada el bien cuidado huerto de árboles frutales, esperando sin duda encontrar al agitador. Pero aparte de algunas gallinas y chanchos, que comían en un montón de desperdicios, no se divisaba un alma en la quinta, cuyos muros blancos devolvían violentamente el sol de la mañana. Atravesaron el puente, y aún su padre torció el cuello para mirar por la ventanilla posterior la casa cuyo corredor principal

enfrentaba el río. Nada. El Toqui era una corriente de acero líquido que despedía un vaho tenue. Garzas salpicaban sus aguas, y las riberas breñosas.

Una media cuadra corriente arriba, la Güesa Piedra blanqueaba al sol. Según la leyenda, la gran roca apareció allí, en medio del río, la misma noche en que el bisabuelo de Cristián fuera arrastrado por la impetuosa crecida del Toqui.

El puente viejo cruzaba precisamente por allí. Tal vez la Güesa Piedra siempre estuvo en su mismo sitio, pero debajo del viaducto. Sólo cuando éste fue derribado por el Toqui en crecida, la gente pudo verla. Pero la leyenda la revestía de otros ropajes. La peña blanquecina surgió allí para testimoniar el sitio exacto donde el Diablo vino a llevarse al que hiciera un pacto con él. De lo contrario, ¿cómo explicar la pisada de un pie descalzo que aún hoy día era posible advertir en su cima, grabada nítidamente en la roca viva? El propio Cristián pudo verla una vez que, acompañado por Juan Manuel, llegaron hasta la Güesa Piedra en un bote manejado por un inquilino.

Pronto Cristián conoció el objeto del viaje de su padre a Villa Cruz: entrevistarse con el teniente del retén de carabineros, seguramente para saber algo más sobre la presencia del amigo de Rodemil, porque lo dejó en el auto, conminándolo a que no lo siguiera. Lo vio desaparecer en el cuartel de muros de cinc. Un carabinero gordo se allegó al automóvil, y se puso a conversar con Efraín sobre el tiempo y las escasas novedades del pueblo. No mencionaron al forastero, aunque de seguro Efraín habría deseado hacerlo. Solamente cuando su padre estaba por volver, el cabo gordo, con su doble barba trémula, se acordó del gringo y de su hija, que se alojaban en casa de Rodemil. Pero el carabinero nada sabía sobre los motivos de la presencia del extranjero allí, a quien viera en Villa Cruz en otras ocasiones. La chica también estuvo veraneando donde Rodemil el año anterior. Permaneció allí todo febrero, hasta que su padre llegó a buscarla.

Algo raro debía hacer ese gringo, algo no muy bueno seguramente, para tener amistad con el tal Rodemil, agregó el cabo, quien sin ser originario de la región, conocía la vida y milagros de todos los villacrucinos.

Su padre volvió bastante risueño. Efraín enfiló por la calle principal del pueblo, pero cuando cruzaba frente al almacén de don Aurelio, el papá ordenó detener el coche. Efraín aparcó unos metros pasado el negocio. Su padre pareció vacilar un instante, pero de pronto abrió la portezuela y bajó. Esta vez Cristián lo siguió sin que el papá se percatara. En la parte central del almacén se apilaban los sacos de trigo, lentejas y garbanzos. Una romana, cuyos fierros en alguna época fueron azules, permanecía con su cuello erguido esperando la carga. Del techo colgaban echonas, palas, monturas, rastrillos y una infinidad de enseres. Don Aurelio, detrás del mostrador, daba instrucciones a un muchachón de rostro angosto y cráneo puntiagudo. Al ver al papá, el almacenero avanzó a su encuentro con una ancha sonrisa. Su padre lo saludó con la mayor amabilidad de que era capaz en ocasiones semejantes. Sólo entonces se percató de la presencia de Cristián, reflejándose en su

rostro una inmediata contrariedad. Pero el muchacho desvió la mirada a la calle, fingiendo no darse por aludido de su malestar. Quizá su padre lo habría hecho salir de allí, pero la exclamación espontánea de don Aurelio le hizo olvidarse de todo:

—Su señora estuvo ayer por aquí, a comprarme pisco. ¡Por Dios que hacía tiempo que no la veía! Tan buenamoza y joven que está. Viera la de gente distinguida que se juntó en mi tienda. Porque también llegó ese caballero que se aloja en casa de Rodemil, y que conoce a su señora desde hace tiempo, parece, porque la saludó a ella y a su amiga. Estuvieron conversando los tres aquí, mientras la gente se detenía a mirarlos.

Su padre se puso intensamente pálido. Empuñó las manos y apretó las mandíbulas hasta que los músculos se pusieron en relieve. Por fortuna don Aurelio fue distraído en ese momento por el dependiente, que llegó a preguntarle el precio del cordel, y no se enteró de la reacción de su padre. Cristián pensó que el papá seguiría interrogando a don Aurelio. Pero abandonó el local sin despedirse, dejando sumido en la mayor confusión al viejo tendero.

Antes de trepar al coche le echó una mirada que Cristián difícilmente olvidaría. Sus ojos relucían en medio del rostro blanco. La voz surgió dificultosamente de su garganta:

—Tú no has visto ni oído nada, ¿entiendes?

Se metió en el automóvil y cerró la portezuela con un golpe seco. Efraín, captando la gravedad de la situación, puso en marcha el motor calladamente, sin esperar la orden. Su padre se cruzó de brazos, siempre con las mandíbulas apretadas, medio echado adelante en el asiento, como al acecho de algo, con la vista fija en las casas uniformes que se alzaban sobre la vereda protegida por un parapeto de cemento.

Entonces surgió del Club Social del pueblo, situado cerca de la plaza, la figura elevada de un hombre rubio. El automóvil avanzaba despacioso, junto a la acera por donde venía el hombre acompañado de un profesor del pueblo, a quien Cristián conocía de vista.

—Ese es el gringo —balbuceó Efraín.

Cristián lo reconoció antes que se cruzaran con él. Aún antes de que echase una insolente mirada al interior del coche y su rostro rubicundo se contrajese con una irónica sonrisa. Era el mismo individuo que sorprendieran con Iván, el hijo de María Luisa, en la casa abandonada.

Cristián nunca conoció los entretelones de la conversación sostenida por sus padres a la vuelta de Villa Cruz, esa mañana. Permaneció al acecho, presintiendo que su madre terminaría por imponerse, en cierto sentido. María Luisa aún no abandonaba su dormitorio. Su madre salió de su alcoba muy pálida, con una expresión hierática troquelada en su rostro, y se dirigió de inmediato a la habitación de María Luisa. Su padre partió a recorrer el fundo, con la cara descompuesta por la furia. Solamente regresó al anochecer. De seguro almorzó en el fundo de uno de sus

amigos del vecindario.

María Luisa partió de la casa al mediodía. Sus labios estaban fríos cuando besaron la mejilla de Cristián.

## V

Mi papá es poco salidor. Cuando está en Santiago se queda siempre en la casa. Le carga ir al centro, a una oficina que tiene con unos primos, que son corredores de la Bolsa. Va muy de tarde en tarde para allá. A veces me lleva. «Deberías ir al Club, Rodrigo. Siempre preguntan por ti. Yo les digo que el campo no te deja tiempo para nada. Pero no me creen...», le dijo una vez el tío Vicente, que es el corredor de la oficina. «Uno de estos días voy a ir», le contestó el papá, sin ningún entusiasmo, como para contestar algo, solamente. Pero es así: le gusta estar solo. En Los Siete Ojos sale a cazar durante mañanas enteras, sin otra compañía que los perros. O algún inquilino. Yo también lo acompaño a veces. Pero me asustan los tiros. Cuando algún pariente se deja caer por el fundo, mi papá lo lleva a cazar. Lo mismo pasa durante el tiempo de la pesca. Mi papá se queda a veces el día entero afuera, en lugares que él sólo conoce, donde hay buena pesca.

En el verano llegan visitas al campo. En general son parientes. El papá también sale a pescar entonces con algún tío. Pero no tan seguido como cuando está solo. Una vez el tío Alfredo le preguntó por qué no compraba más maquinaria agrícola para trabajar el fundo. «¿Para qué? Además que tendría que dejarla en manos de los trabajadores. Y con la responsabilidad que tienen. Prefiero los métodos antiguos. Las cosechas de Los Siete Ojos siempre son las mejores de la zona. ¿Para qué quiero máquinas?». Es cierto. Siempre he oído decir que nuestro fundo es el mejor de Almagro.

Y el más grande también. Filiberto, un capataz de la hacienda, me dijo que las cosechas eran siempre buenas porque el abuelo de mi padre había hecho un pacto con el Diablo. No me atreví a decirle nada a mi papá. Pero lo pregunté a mi mamá. Se puso a reír. Me tiró el pelo, y me dijo que no pensara en leseras. «Nunca le preguntes esas cosas a tu papá. Se enoja cuando le hablan de eso». Como mi papá es poco hablador, menos le voy a preguntar lo que no le gusta.

Me fui otra vez donde Filiberto. Le pregunté si había visto al Diablo alguna vez. «No. Nunca lo he visto. Pero usted lo ya a ver algún día», me dijo, riéndose. Le pregunté por qué. Me hizo un guiño: «Porque todos en su familia lo han visto». Yo me asusté. «Mentira. Mi papá no ha visto al Diablo. Me lo habría dicho». Filiberto siguió riéndose. «No se lo va a decir a usted. Es muy chico todavía. Pero el Diablo siempre ha rondado las casas de Los Siete Ojos. Desde los tiempos del abuelo de su papá». No me quiso decir nada más.

No sabía a quién preguntarle. Laura, la cocinera, siempre me cuenta historias de aparecidos. Pero tengo que jurarle que nada le diré al papá ni a la mamá. En las noches no puedo dormir de puro miedo, cuando Laura me habla del jinete sin cabeza y del perro con dientes de oro. Así se aparece el Diablo. Hay varios lugares en la

hacienda donde dicen que el Malo se aparece. Le pregunté a Laura si era cierto que el Diablo andaba por las casas. Ella miró para todos lados, asustada. Le dije que Filiberto me había dicho. «¿Lo ha visto usted?». Entonces, después de hacerme jurar que yo no le contaría nada a nadie, Laura me dijo: «No lo he visto. Pero lo he sentido. Una vez se paró en la puerta de mi pieza. Su papá no estaba aquí entonces. Yo estaba sola en la casa, porque la Zulema, Cipriano y el Temo andaban en Villa Cruz, en un velorio. Casi me morí de susto. Sentí olor a azufre. Los perros lloraban. Me puse a rezar y estuve rezando hasta la madrugada. A esa hora el Malo se fue. Después llegaron la Zulema, Cipriano y el Temo. También sintieron olor a azufre».

Desde entonces le tengo miedo al corredor de atrás. ¿Será cierto que el papá ha visto al Diablo? A lo mejor. Pero él nunca cuenta nada. Cuando sale conmigo a recorrer el campo, apenas me habla. Una vez que pasábamos frente a la casa de un inquilino, le mostré las tejas rotas y corridas. «Me dijo Filiberto que Víctor no tenía plata para comprar tejas...».

Mi papá me largó una mirada rápida, y apretó la boca. Después me dijo: «¿Y quiere que se las compre yo? Gente floja. Yo le dije a mi papá que no valía la pena construirles casas nuevas. No saben cuidarlas. Las tienen como chiqueros. Y después que las echan a perder, quieren que uno les dé plata para arreglarlas. ¡Ni una chaucha les voy a dar...!». Parece que los inquilinos no pueden acostumbrarse a las cosas buenas. Yo he visto que Juan Manuel hace pipí contra las paredes de su casa. Cuando sale el sol, hay una hediondez... Además Juan Manuel hace caca en cualquier parte. Se baja los pantalones, no más. Después ni se limpia. Mi papá debe tener razón. Si ni esas cosas tan fáciles son capaces de aprender, menos van a saber cuidar una casa. Además que no tienen empleada... Porque si en mi casa no tuviesen empleadas, también se la llevaría sucia. Mi mamá nunca ha tomado una escoba. No sirve para esas cosas. Para eso están las empleadas, también.

Pero a mí me da pena esa gente. ¿Por qué no podrán aprender? A Juan Manuel tenían que llevarlo con carabineros a la escuela. Y siempre se arrancaba. Se lo llevaba haciendo la chancha, no más. «Es plata perdida hacerles escuelas a esta gente. Al gobierno le gusta malgastar la plata de los imponentes. Pura política, no más. ¿Qué va a aprender esta gentuza floja? Si no fuera porque los carabineros hacen rondas, nadie iría a la escuela. Pero *Gobernar es Educar*... Pura palabrería». Eran las únicas veces en que mi papá hablaba más de lo común. Para burlarse de la educación que querían darles a los pobres. «Por algo Dios hizo pobres y ricos. No fue por casualidad». Yo también pienso lo mismo. Porque, ¿quién trabajaría si no hubieran pobres?

También Raúl pensaba lo mismo. Él estaba contento con ser pobre. «¿Pa qué necesito plata? Así estoy rebién. Y hay gente que es capaz de venderle el alma al Diablo para ganar plata». También le pregunté a Raúl si conocía los pactos con el Diablo. Se santiguó. «Gracias a Dios, no he conocido a ninguno que haya hecho pactos con el Diablo. Pero dicen que hay gente así». Raúl nunca ha ido a Los Siete Ojos. No conoce la historia de mi familia. Y Sofía, la cocinera, que algo sabe de todo

eso, no le cuenta nada. Lo encuentra muy hablador. Y es tonto. ¡Miren que estar conforme con ser pobre! Mi papá tiene razón. Es gente sin remedio. No les interesa progresar. Por eso se emplean de obreros o mozos. No les da para más.

Las vacaciones se repartían entre el campo y la playa. Diciembre y enero en Los Siete Ojos, y febrero en Viña del Mar, en la casa de la abuela materna de Cristián, que por ese mes acostumbraba pasar una temporada de termas. Sólo se produjeron cambios en el programa veraniego en las contadas ocasiones en que sus padres partieron a Europa o los Estados Unidos, giras en las que generalmente Cristián los acompañó. La vida del papá en Viña no ofrecía grandes alternativas. La verdad es que iba al balneario solamente para complacer a su mujer, porque sin duda el papá prefería Los Siete Ojos. En la antigua quinta de su abuela, en Viña, su padre se quedaba leyendo en la terraza, o paseando por el parque en los atardeceres, o las mañanas. A lo lejos solía ir con Verónica a la playa, especialmente cuando el programa contemplaba algún almuerzo en los restaurantes del puerto, o en casa de un amigo. A veces su padre salía a dar una vuelta en automóvil, acompañado de Cristián o a solas, siendo las contadas ocasiones en que pudo verlo conducir el coche, porque generalmente lo hacía el chofer. Tomando por la Costanera, con moderada velocidad, pronto enfilaba hacia Concón sin nunca acelerar en exceso, para disfrutar del paisaje.

Solamente oprimía el acelerador frente a los depósitos de combustibles de Las Salinas, para eludir pronto los hedores mefíticos. De nuevo al ritmo tranquilo del principio, seguía impregnándose del panorama y de aire salino, recorriendo el camino sinuoso, observando sin detenerse las playas atiborradas de bañistas, cuyas carpas hinchadas por alguna brisa desplegaban su colorido contra las arenas amarillas. O detenía de pronto el coche ante el vuelo imprevisto de las gaviotas, que se arremolinaban en el espacio a veces diáfano, otras ligeramente brumoso, mientras el océano arremetía contra los roqueríos en interminables parapetos de espuma.

Otras veces tomaba hacia Valparaíso, haciendo el camino que bordea la vía férrea a discreta velocidad, sin desviar siquiera la vista cuando el estrépito de un convoy se perdía entre las curvas de la trocha con sus ventanillas atiborradas de rostros caleidoscópicos. Dejaba atrás la estación reverberante de rieles entrecruzados, con sus cables aéreos trepidando imperceptibles ante la proximidad de un tren, y que conforman una espesura filamentosa contra las tonalidades oscuras del terminal ferroviario. Cruzaba frente al recinto aduanero, y se detenía largos minutos a observar las aguas aceitosas, quietas de la bahía, los barcos atracados a los malecones, cabeceando suavemente mientras las grúas, como independientes manos de gigantes, depositaban bultos sobre el muelle y los hombres, breves figuras encaramadas en los rimeros de fardos y cajas, agitaban los brazos para dirigir la faena de descarga. A veces, en un raptó de humor, tomaban algún bote colectivo —fue uno de los actos más democráticos que Cristián jamás le viera realizar— y recorrían la poza entre los

inmóviles destructores y cruceros de la Armada. Algún raudo yate que hiende con la cuchilla de su proa las espesas aguas tornasoladas, y la vela blanca zumbando bajo el empuje del viento, se cruza silencioso en el camino con su tripulante adherido al timón. Pero ni aún en esos instantes de directa convivencia con desconocidos su padre dejaba traslucir un gesto amistoso para el vecino cuyos codos rozaba. Conversando con Cristián en voz baja, se desentendía de cualquier intento que hicieran los demás pasajeros, hombres o mujeres, por entablar alguna conversación circunstancial. A veces ignoraba ostentosamente las preguntas directas. Al decir la hora, por ejemplo, usaba un tono tan seco y definitivo, que paralogizaba a su accidental interlocutor.

La vida de la mamá no ofrecía mayores alternativas que en Santiago. Se levantaba a eso de las once de la mañana, y al cabo de una prolongada ducha, estaba lista para iniciar la jornada diaria alrededor de la una de la tarde, excepto cuando iba a la peluquería, lo que en Viña hacía casi a diario. Después de almuerzo alguna de sus amigas la pasaba a buscar para ir a la playa. Generalmente Cristián partía con ella, pero ya en destino su madre lo olvidaba, preocupándose apenas de que se pusiera bien el traje de baño. Cristián se quedaba con los hijos de sus amigas hasta que su madre le ordenaba que fuera a vestirse, siempre en un tono perentorio que no admitía réplicas ni dilaciones. A esa hora —alrededor de las seis de la tarde— concluía para él la jornada veraniega. Porque la mamá lo conducía a casa y allí debía quedarse recorriendo el parque, excepto los días en que alguna señora le rogaba a su madre que llevase a Cristián a tomar el té con sus hijos.

Y así transcurría el verano, y llegaba la época de la vuelta a Santiago.



## VI

—Esa niña rubia que vimos el año pasado en la quebrada, llegó de nuevo.

Juan Manuel, que mientras se dirigían a la caballeriza permaneciera callado, suelta ahora su secreto. Brillan sus ojos retintos. Cabalgan siguiendo el camino de Villa Cruz. Es un día blanco: nubes delgadas difunden la luz solar, impidiendo que los objetos proyecten sombras. Juan Manuel había divisado a la chica el día anterior, en el patio de la casa de Rodemil. No ha visto a su padre. Es posible que haya venido sola. ¿Volvería a bañarse en la fuente de la quebrada? Vívida renace en el recuerdo de Cristián su figura desnuda sobre las piedras blancas, alisándose serena el pelo dorado. ¿Qué hacer para conocerla? Apersonarse en la casa de Rodemil constituiría una torpeza. No sólo se arriesga a recibir el desaire de un hombre a quien conoce únicamente de vista, sino también, en el caso de que su padre llegara a enterarse, le aplicaría un castigo especial, de esos que reserva para las grandes ocasiones.

Pero necesita conocer a la chica rubia. Se llama Ilona. Ni siquiera ha olvidado su nombre, a pesar de que sólo lo oyó una vez, hace justamente un año. Si la muchacha vuelve a tomar la costumbre de bañarse en la poza del estero, barranco arriba, existe la posibilidad de fraguar un encuentro casual. Quizá sea necesario que, con Juan Manuel, vuelvan a frecuentar la quebrada, porque ese año su lugar favorito es una vasta ensenada del Toqui, bastante retirada, de la casa, pero donde se puede nadar y pescar ranas. Además debe apurarse: pronto llegarán de visita parientes y amigos de sus padres con sus respectivos hijos, y entonces no dispondrá de tanta libertad como ahora.

Llegan donde el camino se curva hacia el puente. Detrás del cerco de zarzas, a pocos metros, se alza el muro encalado de la casa de Rodemil, semicubierto por un tunal. Allí el terreno desciende en empinado declive hasta rematar en el río, en cuyo centro la Güesa Piedra blanquea hipnótica.

Avanzan por el puente. Entonces Cristián descubre, en la orilla misma de la corriente, a la muchacha rubia. En cuclillas, lava una prenda blanca, gacha la cabeza, concentrada en su labor. ¿Los habría visto? Parece difícil que el redoble de los cascos de las cabalgaduras sobre el piso de tablones no haya llegado a sus oídos en la tarde quieta. Arriba, en el corredor de la casa, donde Rodemil suele sentarse a contemplar el paisaje, no hay nadie. Cristián da media vuelta, y deshace lo andado.

Con un plan trazado a medias, conduce el caballo por un caminito abierto en la tierra oscura del talud, que desemboca en la orilla del río, debajo del primer tramo del puente. Le pide a Juan Manuel que lo espere allí. A cosa de tres metros rematan las zarzas que separan la parcela de Rodemil del camino. Calcula que, hendiéndolas con su cuerpo, podrá cruzar por una faja de tierra húmeda, siempre lamida por la corriente del Toqui, hasta llegar donde la ribera se ensancha. Allí, detrás de unos sauces se

halla Ilona. Rebasar el cabezal de zarzamoras le resulta más fácil de lo que creía. Cauteloso se mete bajo la fronda del primer llorón. Pero resbala en el reborde barroso. Hunde un pie en el agua, y debe aferrarse a las ramas del sauce para no sumergirse en el río.

A duras penas consigue izarse de nuevo a la ribera. Pero ya Ilona lo ha descubierto. Sus ojos, abiertos desmesuradamente, se clavan en él.

—¿Quién..., quién es usted? ¿Qué hace aquí?

Cristián trata de disculparse, aún entre las ramas del sauce.

—¡Don Rodemil, don Rodemil! —grita ella, mientras su rostro se endurece, aunque sin exteriorizar miedo—. ¡Don Rodemil...!

—¡Por favor, no grite! Ya me voy.

Pero ella sigue gritando a voz en cuello. Le acomete una inmensa furia, que reemplaza su temor primitivo. Decide quedarse: no debe escapar como un delincuente. Se oye la voz de un hombre que se acerca. Y un ruido de pasos. Cristián emerge al arenal, donde desemboca una rampa de tierra alisada que comunica con el corredor de la casa. Rodemil acude poco menos que corriendo. Los tres se quedan inmóviles, ellos con los ojos muy abiertos. Cristián con alguna expresión que refleja furor y desconcierto. Juan Manuel nada ha visto. Pero seguramente debió escuchar los gritos de Ilona.

La muchacha, que lleva blue-jeans arremangados a media pantorrilla, y una blusa desabrochada en el escote, mira a Rodemil, y luego fija sus ojos azules, duros, en Cristián, señalándolo con el dedo acusador. Rodemil, con su rostro oscuro, casi negro, sus gruesos labios amoratados, sus ojillos maliciosos, vestido con sus eternos pantalones de guaso negros con rayas blancas, chaqueta corta y zapatos de medio taco, le sonrío de pronto amplia, servilmente. Se inclina y le muestra a Ilona:

—Ella no lo conoce, señor. Por eso gritó. Señorita Ilona, este caballero es el hijo del dueño de Los Siete Ojos, la persona más importante de los alrededores. ¿Cómo se le ocurrió venir a esta humilde propiedad? No sabe lo que me alegra tenerlo por aquí. Pase, por favor, venga a tomarse una chicha muy rica que traje del pueblo.

Ilona, ahora cortada, perdido el desafío que brillaba en su rostro, se abrocha la blusa, se acomoda el pelo, y roja, esboza una sonrisa. Coge luego el lavatorio, donde se amontonan algunas prendas íntimas, y parte hacia la casa, delante de ellos.

Rodemil le hace otra venia, y le invita a que lo siga. Ya no hay nada que hacer. Ha sido descubierto. Contempla su zapato embarrado, mientras camina junto al hombre rumbo a la casa de muros blancos. Adelante el firme trazo de las caderas de Ilona se balancea con el esfuerzo de subir la pendiente. Cuando la muchacha llega arriba, lo mira de reojo, se despeja el pelo que le cae sobre la frente, y desaparece detrás de la casa. Allí hay otro corredor, frente a un patio con un parrón y dos higueras. Una mesa y tres sillas, todo de madera basta. Los rojos titulares de *Clarín* se destacan junto a un jarro de chicha roja, espumosa. Rodemil le sigue hablando en un tono servil:

—Es muy simpática esta niña. Y se aburre sola aquí. Su papá llega en unos días

más a pasarse una semana por estos lados. —Con un palo de fósforo, entretanto, se escarba los dientes, complementando esta tarea con periódicas succiones. Luego escupe, y vuelve a hurgarse las muelas. Le invita a tomar asiento—. ¡Rosa! Tráete otro vaso, porque estoy con visitas. Es muy bueno que se le haya ocurrido venir. Usted sabe que aquí en el pueblo estas niñas santiaguinas, acostumbradas a las cosas buenas, no tienen con quién juntarse. ¡Además que yo nunca invito a nadie a mi casa! A usted lo habría invitado si hubiera sabido que quería conocerla. Es muy, pero muy simpática. ¡Le va a gustar a usted!

Cristián se ha tranquilizado bastante. Imposible evitar una sonrisa al oír lo de «acostumbradas a las cosas buenas». El rostro de Rodemil no refleja su verdadera edad. Lampiño, visibles los poros en la piel reluciente, nunca mira de frente sino por brevísimos períodos.

—Usted sabe que los santiaguinos son tan parados. No se juntan con la gente de los campos. Esta niña es así: muy parada y orgullosa. ¡Ni mira a la gente de Villa Cruz! Así la acostumbraron también. Además no es chilena.

Llega Rosa con un vaso. Es una vieja de pelo albo y rostro pequeño, terroso, vestida de café. Lo saluda frunciendo los labios y se retira de inmediato, arrastrando los pies que apenas surgen bajo el ruedo de un vestido tieso de años y mugre. Rodemil, circunspecto, le sirve chicha, y alzando el vaso bebe un trago. Cristián no tiene otro recurso que beber aquel brebaje. Entonces recuerda a Juan Manuel, que seguramente se va a preocupar con su tardanza.

—Yo mismo lo voy a buscar. —Rodemil se pone de pie. Sus ojillos negros, rodeados de arruguillas, sonrían. Pero su rostro permanece serio. Ahora que por primera vez conversa con él, Cristián piensa que cualquiera de las cosas que le atribuyen es posible. Porque ocurre a veces que ciertas personas parecen incapaces de hacer lo que les cuelgan—. En cambio Rodemil —piensa él—, curiosamente impenetrable a pesar de su cháchara, no se detendría ante nada: desde un engaño hasta un asesinato. Pero no le teme. Se siente compenetrado de su importancia, de lo que representa para la gente de Villa Cruz, cosa que si bien no ignoraba, nunca le había producido tanta confianza en sí mismo como ahora. —¡Ilonita! Apúrese. La están esperando. ¡La vinieron a ver a usted y no a mí!

La risa con que dice esto cubre su rostro de un increíble enjambre de pliegues y arrugas. Luego se dirige a la puerta de la quinta, construida con gruesos tablones y semicubierta de zarzas. Cristián se queda bajo la sombra blanquecina del parrón, espantando las moscas que revolotean en gran cantidad en torno al jarro de chicha. Más allá del parrón abundan los árboles frutales, y al fondo, de nuevo la cerca de zarzamoras que separa la propiedad de Rodemil de su vecino. Algunos álamos se yerguen en el verde seto. De los demás propietarios, Cristián sabe poco. Los ha visto a veces, pero desconoce sus nombres. Su padre les tiene muy pocas simpatías: reclama que se meten en su fundo a robarle leña y talaje. Pero es imposible ignorar a Rodemil. Todos en el pueblo hablan de él en el mismo tono, con una mezcla de

respeto, desprecio y temor. Sus íntimos son escasos. Pero trabaja en política, y alguna elocuencia tendrá cuando él solo representa dos o más centenares de votos. No frecuenta sitios públicos, y rara vez se le ha visto beber en las cantinas o en el club de Villa Cruz.

Tampoco lo han pillado borracho. Por lo general en el pueblo se le ve integrando grandes grupos, o a solas. Sus amistades son de preferencia profesores o políticos. A nadie le consta que esté inscrito en partido alguno: se compromete con cualquiera, siempre que le aseguren su tajada.

¿De dónde vino Rodemil? Apareció muy joven en la zona, a tomar posesión de la quinta que hasta hoy día ocupaba. Su último propietario, un tal Remigio Peralta, primo del padre de Rodemil, se la dejó de legado al morir. Así comenzó la aislada existencia de Rodemil en la región. Pero con todo se las ingenió para ganarse adeptos, hombres y mujeres, siempre dispuestos a votar por quien el atezado aparcero les señalase.

El corredor de la casa, con sus pilares de pellín ennegrecidos y agrietados por los años, terminaba en una espesura de tunales. Allí se abría la puerta, la cuarta de derecha a izquierda, donde se metió Ilona. Detrás de las higueras, la garita blanquecina de la letrina. Rodemil había desaparecido de su vista. En la casa reinaba una quietud perfecta. Dos perros, echados a la sombra de una higuera, apenas levantaron la cabeza al verlo llegar. Ahora habían reanudado su siesta. Alzó la vista justo a tiempo para encontrarse con Ilona que, con su largo pelo rubio atado con un cintillo rojo, avanzó serenamente. De pie, esperó a que tomase asiento.

—Así que se asustó al verme aparecer así, tan bruscamente.

Ella sonríe.

—Es que no pensaba ver a nadie.

Y no agrega nada más. Cristián busca en vano un vaso con la mirada.

—¿Se sirve chicha?

—No me gusta la chicha —replica ella, cortante.

—Y este lugar, ¿le gusta?

—Sí.

—Usted no es chilena, me decía don Rodemil.

—No, soy húngara. —Lo mira con cierto aire de desafío. Una hendidura le divide la barbilla, otorgándole a su rostro generalmente serio una cierta picardía. Resalta la tersura de su piel—. Nací en Budapest.

—De Budapest a Villa Cruz —comenta él, por decir algo, en vista de la parquedad de Ilona. Empina un vaso de chicha.

Ella ríe, exhibiendo unos dientes grandes, blancos, entre los labios perfectamente dibujados.

—Así es.

—¿Cuándo llegó aquí? —Renace su confianza.

—Hace dos años.

—Pero habla el castellano perfectamente. ¡No se le nota que sea extranjera!

—Tengo facilidad para los idiomas, me ha dicho mi padre. Además, antes de venir para acá vivimos tres años en Argentina.

Se escucha un ruido de cascos. Los perros paran las orejas.

—¿Le gustaría bañarse en el río? Conozco un lugar muy bueno, cerca de aquí. ¿Le dará permiso don Rodemil para que vaya con nosotros?

Un rictus despectivo asoma a sus labios.

—No tengo que pedirle permiso a don Rodemil.

—Pero ¿le gustaría ir? —Cristián teme una negativa—. Yo la llevo al anca de mi caballo. A lo mejor don Rodemil le presta uno.

—Don Rodemil no le presta nada a nadie —replica ella en voz baja, mirándose sus cuidadas uñas, remate de unos dedos cónicos, bien formados.

—Vamos entonces. Lleve traje de baño si quiere. Total, no va nadie para allá.

Ella lo mira fijo, escudriñándolo. Él permanece impassible, escuchando como Rodemil conversa con Juan Manuel, mientras atan los caballos.

—Prefiero llevarlo. —Ilona se levanta, le echa una última mirada, y parte hacia su pieza.

—Don Rodemil, he invitado a Ilona que vaya con nosotros al río.

—Podían haberse quedado a tomar onces aquí. Claro que si prefieren ir al río, vayan. A ella le va a gustar, porque es muy buena pal agua. La cosa es que don Rodrigo no se vaya a enojar conmigo, no más —agrega, con una rara sonrisa.

—Bueno, no tiene por qué saberlo.

La sonrisa de Rodemil se ensancha notablemente.

—Claro que no —se besa el pulgar—. De esta boca no saldrá nada. Se lo aseguro. ¡Me gusta que los jóvenes lo pasen bien!

El rostro de Rodemil vuelve a revestirse de hermetismo, mientras sus ojillos bailan bajo unas cejas espesas y bien delineadas. Montaron e Ilona se aferra con fuerza a la cintura de Cristián. Rodemil, bajo el parrón, medio escondido tras las ramas de la higuera, los observa sin dejar de escarbarse los dientes.

La cabalgata no hizo más comunicativa a Ilona. Frases cortas o monosílabos, con su voz bien timbrada, ligeramente nasal. Hierbas verdes surgían entre el polvo del camino reseco. Luego atravesaron un vasto potrero de Los Siete Ojos, y por último llegaron a la orilla del Toqui, descendiendo por un talud empinado. Ilona se aferró aún más a su cintura. Abajo, entre los sauces, se extendía la playa de arena y piedras blancas. Luego el remanso de aguas verdosas, donde las mulitas patinaban ágiles. Ilona bajó primero. Cristián notó cómo se sobaba con disimulo las posaderas. En el fondo de las oscuras aguas translúcidas, contra el manto blanquecino de la arena, las colitas de los renacuajos parecían tirabuzones. El remanso lo había generado un brazo del Toqui, que se deslizaba a cosa de cien metros, tras un promontorio pedregoso, abundante en mimbres.

—¡Qué bonito es esto!

—¿No lo conocías?

—No. Nunca había venido. Don Rodemil me dijo que su papá tiene prohibido meterse en estos lugares. Cuando mucho he ido estero arriba para bañarme.

Casi le dijo que eso lo sabía muy bien. Ilona fue a desvestirse tras las espesuras de mimbres. Juan Manuel, que siempre se bañaba desnudo, decidió quedarse en la orilla por esta vez.

Recién surgía de su primera zambullida cuando apareció Ilona con un traje de baño oro. Metió la punta del pie en el agua, y luego avanzó hasta que ésta le llegó a medio muslo. Entonces se cruzó de brazos y permaneció mirándole nadar. Cristián le gritó que se sumergiera de una vez. Como aún vacilara, se dirigió hacia ella. Sospechando sus intenciones, Ilona se sentó en el remanso dando un grito ahogado. Pronto braceaba con lentitud. Cristián se sumergió y contempló desde abajo la silueta estilizada de la muchacha, rodeada por el halo plata del contraluz. Parecía volar en medio de una gran quietud. Pero cuando agitó los pies, la cabeza de Cristián se llenó de sonidos guturales, mortificantes. Al principio la escasa comunicabilidad de Ilona lo inhibía para hacerle una broma: Pero de pronto se decidió. Nadando bajo el agua la cogió de un tobillo y volvió a hundirse. Alcanzó a escuchar un grito fantasmal, apagado por el agua. Ilona emergió con el pelo empapado, respirando a grandes bocanadas, mientras el agua corría por su cara. Fijando sus ojos en él, echó a reír. Roto el hielo, siguieron jugando hasta que Ilona comenzó a helarse. Cristián la condujo a la ribera opuesta. Por una abertura en los cañaverales, en medio de un hervidero de libélulas y mariposas, alcanzaron una playa de arena blanca que se extendía en el centro del islote.

Recostados en el arenal, permanecen en silencio. Ilona, de bruces, el rostro vuelto hacia él, cierra los ojos. Cristián, de espaldas, contempla el cielo blanquecino, donde bogan tres jotes describiendo amplios círculos. La muchacha da vuelta la cabeza, y sólo su cabellera dorada, oscura de agua, enfrenta sus ojos. Entonces Cristián alarga tímidamente la mano y le acaricia el pelo. Ella no se mueve. Sigue acariciándole la cabellera húmeda.

Ilona levanta la cabeza y lo mira con el ceño fruncido, sin decir nada. Su actitud lo enfría por un segundo. Se acerca más. Antes que ella pueda incorporarse, le envuelve el cuello con sus brazos. Se esfuerza por desprenderse, y larga un ahogado ¡suéltame! Pero ya se ha desatado su fuerza interior. La aplasta con su cuerpo. La muchacha se retuerce con una energía increíble. Sus uñas se hunden en los brazos de Cristián. Su piel se oscurece con la arena que se le adhiere en medio de la lucha. Cristián la coge por las muñecas y pone sus brazos en cruz. Ilona no grita: gime salvajemente. Su rostro se deforma con el esfuerzo desplegado para zafarse del cuerpo de Cristián que sigue aplastándola. No consigue aprisionar su boca. Mueve la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha para eludir el beso. Pero frenético consigue inmovilizarla y aplastar su boca contra la de ella. Sus dientes resbalan bajo los labios de Cristián, tratando de morderlo. Pero lentamente sus labios

comienzan a engrosar. Se tornan suaves. Se abren por fin con una sedosa humedad. Entonces Cristián le suelta las muñecas, y permite que los brazos de Ilona le envuelvan el cuello con salvaje ímpetu.

A las seis de la tarde, cuando el calor comenzó a declinar, emprendieron el regreso. Quedó de acuerdo con Ilona de visitarla esa noche. Al comienzo pareció dudar. Pero recordó que últimamente Rodemil iba casi todas las noches a Villa Cruz, porque las próximas elecciones de regidores vinieron a alterar las solitarias costumbres del anfitrión de Ilona.

Poco supo por la muchacha sobre la amistad de su padre con Rodemil. Ilona eludía ciertos temas, simplemente. Tampoco Cristián insistió, aunque le habría gustado saber algo más sobre Bela Sandor, especialmente al recordar los malos ratos que el húngaro hiciera pasar a su padre. Pero Ilona no despejaba sus dudas. Sandor conoció a Rodemil mediante un amigo común, Horacio Farías, el director de la escuela de Villa Cruz y esposo de Violeta Arriagada. Sandor explotaba su amistad con Rodemil acudiendo tanto él como su hija, o ambos a la vez, a veranear en su propiedad. Porque el húngaro carecía de fortuna. Nunca había podido afianzarse en un trabajo definitivo, debiendo pasar largos períodos sin hacer nada, dedicado solamente a frecuentar a sus amigos políticos, todos de extrema izquierda.

La propia Ilona se vio en la necesidad de trabajar durante el año anterior, como dependienta de una tienda en el Pasaje Marte, de propiedad de una judía conocida de Bela Sandor. Entonces Cristián recordó que en más de una ocasión había pasado frente a ese negocio, atestado con artículos de regalos. Y también a la muchacha rubia del mostrador, y a una mujerona gruesa, de fríos ojos verdes y mejillas bermejas, tan agresiva de aspecto que jamás se habría atrevido a entrar para mirar más de cerca a la dependienta.

—Menos mal que no trataste de hacerlo. La señora Sara sabía corretear a los que merodeaban. ¡Era como un bulldog!

Pero la señora Sara había vendido el negocio, e Ilona volvió a quedarse sin trabajo.

La muchacha lo esperaría esa noche en la cerca del fondo, donde existía una puerta pequeña, disimulada entre las zarzas. Rodemil, que al parecer adivinó su proximidad, porque los esperaba afirmado en un peral escarbándose los dientes, con el sebo del cuello de su camisa a la vista, lo saludó con un gesto familiar, y lo invitó a tomar otro vaso de chicha. Pero Cristián se negó con la mayor amabilidad posible. Durante el regreso le planteó a Juan Manuel sus planes, porque necesitaba utilizar sus caballos, ya que a Cristián le era imposible justificar una salida de noche. Juan Manuel en cambio podía dejarle su animal ensillado: sus padres se acostaban temprano, quedándole así mayor libertad para efectuar cualquiera maniobra nocturna.

Esa noche, mientras sus padres conversaban en el salón, Cristián abandonó sigilosamente el dormitorio y, acompañado de los perros de la casa, atravesó el oscuro parque hasta llegar a un punto del muro de adobes coronado de tejas donde las

ramas de un nogal lo dejaban fácilmente accesible. Al otro lado, una prominencia del terreno permitía alcanzar sin dificultad un vasto potrero. Parecía difícil que a esa hora se encontrase con alguien en el camino, excepto con la Calchona, horrible vieja desgredada, que usa chancletas ruidosas y cuya aparición presagia desgracias. Pero por las dudas se metió en los potreros que colindan con el río, y se lanzó a través del campo a todo galope, despertando a las vacas que a esa hora dormían. Dejó el caballo en el mismo potrero, y recorrió a pie el trecho que lo separaba de la casa de Rodemil. Frente a la portezuela silbó dos veces, señal previamente convenida con Ilona, mientras los perros del aparcero ladraban tras la cerca. Casi de inmediato se abrió la hoja de madera, semicubierta por guías de zarzamoras. Rosa, la vieja sirvienta, dormía profundamente y era bastante sorda, según Ilona. Por ahora nada había que temer.

Una oscuridad absoluta impera en la alcoba sin ventanas, Ilona enciende una vela y se desvisten a su luz movediza. Sus siluetas se agrandan contra los muros pintados a la cal, cruzados a veces por trizaduras. Una araña de largas patas asciende lenta por la pared. Ilona la mata de un zapatazo. Arriba la urdimbre de varillas de roble y barro comunes a las construcciones del campo. La esperma se derrama en la palmatoria, formando montículos congelados. En un rincón, sobre una mesita, hay un lavatorio con un jarro de fierro enlozado, decorado con flores rojas.

Ilona apaga la vela, temiendo que su reflejo sea visto desde afuera por las rendijas. Se quedan inmersos en las más completas tinieblas, flotando sobre algún abismo insondable, hablándose en cuchicheos para no alterar la quietud nocturna.

No supo cuánto rato durmió. Pero despertó sobresaltado, creyendo oír un ruido de pasos en el corredor. Ilona le cuchicheó:

—Don Rodemil volvió. Se adelantó esta noche. Hay que esperar que se duerma.

Aguzó el oído. Se escuchaban rumores lejanos, como alguien que cerrase una puerta. Le explicó Ilona que el aparcero siempre atrancaba su puerta por dentro, por lo cual una vez dormido, aunque era de sueño liviano, le costaba salir de su pieza con la debida rapidez. Pero nunca se separaba de su revólver.

Tuvo que vestirse a oscuras, ayudado por la breve luz de los fósforos que encendía la muchacha. Lo peor de todo fue abrir la puerta. Crujía espantosamente. Le pidió a Ilona que se las arreglara para aceitar las bisagras, consejo del que se arrepentiría después. El dormitorio de Rodemil quedaba en el extremo opuesto del pasillo, por lo menos a diez metros del de Ilona. La muchacha lo acompañó hasta la portezuela del huerto.



## VII

Desde ese día Cristián comenzó a evitar a Rodemil. Se juntaba con Ilona en la puerta misma de la quinta, para no toparse con el aparcerero. En las noches no necesitaba siquiera que Ilona lo esperase. Hasta los perros lo conocían. Ella le dejaba la portezuela sin aldaba, y las bisagras de la puerta de su alcoba estaban tan bien aceitadas que varias veces Ilona no le escuchó entrar: cansada de esperarlo, solía dormirse. Y cuando Rodemil se quedó en casa —tres veces en veinte días— ella le dejó un mensaje en la puertecita del fondo. Entonces Cristián, bastante frustrado, emprendía el regreso.

Durante las tardes seguían visitando el remanso, siempre acompañados por Juan Manuel. Cristián regresaba a casa a la hora del té, para evitarse explicaciones. Tomaba once con sus padres junto a la piscina, ya que la mamá se bañaba a diario y permanecía largas horas asoleándose. Una tarde en que acababa de volver de su diaria visita a Ilona, lo atajó en el corredor Laura, la cocinera. La gruesa mujer arriscaba seguido la nariz, mirando en torno con sus ojos de párpados carnosos y plenos de arruguillas, como temiendo que alguien la escuchase. El sol diseñaba sobre las baldosas oscuras los pilares del corredor.

—¿Sabe usted, Cristiancito, cuándo habrá llegado ese gringo, amigo de Rodemil?

Cristián, cogido de sorpresa, casi se apresuró a negar vehementemente la presencia de Bela Sandor, a riesgo de traicionarse ante la cocinera.

—No sé. Me parece que no ha llegado. ¿Por qué pregunta?

La mujer bajó la voz:

—No le vaya a decir a su papá que yo le dije. Júremelo. —Cristián se apresuró a jurar—. Pero su papá dice que acaba de verlo salir del parque.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—Hace como media hora. Don Rodrigo tuvo que volverse, porque se le rompió la caña de pescar. —Su padre había salido esa mañana de pesca, a la montaña. Por lo general regresaba al anochecer—. Venía bajando del cerro, cuando vio al gringo que saltaba la tapia del fondo, y después atravesaba el potrero de los espinos, muy prisco, como si estuviese en su casa. Entonces don Rodrigo corrió para cortarle el camino donde el gringo tenía que cruzar la cerca, pero no lo pudo encontrar. ¡Seguramente ese bellaco lo vio y se escondió!

—¿Mi papá le contó eso?

—Sí. Venía muy pálido. Apenas podía hablar de puro enojado. Me dijo: «Ese judío, amigo de Rodemil, venía saliendo del parque. Se me arrancó jabonado. Seguramente quería robarse algo. ¿No ha oído usted nada, Laura?». Y yo le dije: «No, don Rodrigo. No me he movido de la cocina, desgranando porotos con Alamiro y la Florinda». Entonces él me preguntó por la señora, y yo le dije que estaba en la

piscina. Partió cuspiando para allá...

Cristián, nervioso, luego de asegurarle a Laura que nada sabía del gringo, se dirigió a la alberca. Bela Sandor no se hallaba en Villa Cruz. De eso estaba seguro. Quizá la aversión que el húngaro le inspiraba, hizo que su padre tomara a otra persona que se aventuró en el parque por Bela Sandor. Además, quienquiera se hubiese arriesgado a saltar el muro, habría sido atacado por los perros. Escuchó algunos ladridos lejanos, como para confirmar sus deducciones. La voz airada del papá vino a su encuentro. Automáticamente, se detuvo. La piscina se extendía detrás de un seto de pitos-poros, a menos de diez metros.

—¡Lo vi como te estoy viendo a ti, Verónica! Reconocería a ese judío asqueroso en cualquier parte.

—Pero yo no lo he visto, Rodrigo. ¡Ya te lo dije! Si ni siquiera sabía que ese tipo estuviera aquí.

—Pero está aquí. ¡Yo nunca he tenido visiones! ¡Tiene que estar alojado en la casa de Rodemil! Lo voy a averiguar ahora mismo. ¡Si lo encuentro, te juro que le pego un tiro!

—Estás loco, Rodrigo. ¡Te vas a meter en un lío!

Cristián retrocedió rápidamente, y luego avanzó, fingiendo que recién llegaba. Tosió para anunciar su presencia. El papá le echó una mirada sospechosa. Pareció que iba a decirle algo. Pero partió hacia la casa.

—¿Para dónde fue el papá, mamá?

Su madre, muy pálida, se mordía los labios.

—No sé. No tengo idea.

La mamá, nerviosa, derramó la leche al servirle a Cristián. Permaneció callada, respondiendo con monosílabos a las preguntas de su hijo. Después de once se encerró en su dormitorio. Cristián, inquieto, imaginaba que su padre se había dirigido a la casa de Rodemil, buscando al húngaro. El papá volvió a la hora de comida. Estuvo taciturno, con la mirada fija en el plato, sin decir una palabra. La mamá nada le preguntó. Cristián terminó rápidamente de comer, y fingiendo sueño se encaminó a su dormitorio.

Esa noche se aproximó con gran cautela a la puerta chica, temeroso de que efectivamente el padre de Ilona hubiese llegado de improviso. Silbó y la puerta se abrió suavemente. El rostro de Ilona apenas se veía en la oscuridad. Lo hizo pasar en silencio, y una vez adentro le susurró nerviosa:

—Tu papá vino esta tarde a conversar con don Rodemil. No sé de qué hablaron. Don Rodemil no quiso contarme nada cuando yo le pregunté. «Quería saber unas cosas», me dijo. Después se rió. ¿Sabes algo tú?

Un grillo efectuó un solo en la fresca oscuridad de la noche.

—No le vayas a decir nada a don Rodemil, ¿entiendes? Pero mi papá cree que tu padre está aquí, en Villa Cruz.

—¡Mi papá! —Ilona levantó tanto la voz, que Cristián la hizo callar—. No te

preocupes. No hay nadie en la casa. Rosa está durmiendo. ¿De dónde sacó eso tu papá? Mi papá está en Chuquicamata. Esta tarde recibí una carta suya. ¿Por qué se le ocurrió a tu papá que estaba aquí?

—No sé, parece que creyó verlo esta tarde, cuando andábamos en el río.

—Tiene que haberse confundido. O haber visto visiones.

—Pero ¿y si llegó sin decirle nada a nadie? ¿Ni a Rodemil?

—Pero no iba a llegar sin decirme nada a mí. Y te digo que hoy recibí una carta del papá. Se va a quedar varios días más en Chuqui.

Imposible que Ilona le estuviese mintiendo. El papá debió tener una visión. Y entonces Cristián recordó a Nicasio, el viejo centenario que le revelara, cinco años atrás, pocos meses antes de morir, la historia de su bisabuelo. El Diablo se aparece bajo cualquiera forma, había dicho Nicasio, cuando quiere enredar a los hijos de los que pactaron con él. Se sintió acometido por el pánico, allí, en la tibieza del lecho de Ilona. A medida que crecía, la historia de su familia, de su bisabuelo y su pacto con el Diablo, pasaron a convertirse en algo nebuloso, irreal, de contornos imprecisos. Pero lo ocurrido al papá durante la tarde volvía a reactualizar esas historias.

Seguramente su padre siguió haciendo averiguaciones para confirmar la presencia de Bela Sandor en Villa Cruz o sus alrededores. También Cristián, por intermedio de Juan Manuel, pudo convencerse de que el gringo no había sido visto en todo el verano por la zona. El papá debió tranquilizarse momentáneamente, porque el tema no volvió a ser tocado, aunque de pronto Cristián notaba una gran tensión entre sus padres.

A mediados de enero llegaron las visitas a Los Siete Ojos. Desde entonces Cristián no pudo dedicar sus tardes a Ilona, porque debía acompañar a los hijos de los visitantes, entre ellos un primo muy timorato, que palidecía sólo de pensar en bañarse en el río. Pero afortunadamente no fue necesario que compartiera su dormitorio con nadie. Así pudo seguir viéndose por las noches con Ilona. Y en vista del menor tiempo que tenían para permanecer juntos, se quedaba con ella hasta la madrugada. En una ocasión abandonó la casa de Rodemil al alba, cuando por encima de la cordillera el sol se anunciaba con una palidez espectral, y el trino de los pajarillos surgía desde todas las espesuras. Pero se cuidó de no volver a repetir la hazaña, porque a esas horas podía toparse con alguien y malograr el secreto de sus visitas.

A fines de enero, a eso de las once de la noche, Cristián llegó con su acostumbrado sigilo a la puerta chica. La luna llena brillaba alta en el cielo, pareciendo las copas de los árboles revestidas de humedad. Los perros lloraban a la luz plateada. Se sintió acometido por un cierto temor premonitorio, atiborrada como estaba su mente con las historias de aparecidos que le contaban Juan Manuel y la servidumbre de la casa. Entonces, contra el cielo claro de luna, un tué-tué sostenido aumentó de volumen, y cruzando invisible sobre su cabeza, se perdió a la distancia.

«Martes hoy, martes mañana, martes toda la semana» —murmuró Cristián aterrorizado, persignándose paralelamente, recordando las invocaciones que Juan

Manuel le enseñara contra el Chonchón, porque ese pájaro anuncia desgracias y la proximidad de la muerte. Aunque siempre se había reído de esas historias, ahora tardó varios segundos en recuperarse del susto.

Entonces empujó suavemente la puerta, y de inmediato ésta se abrió. Allí, de espaldas a la luna, Rodemil lo observaba con una sonrisa extraña, donde relucían sus dientes. Sus ojos, por una vez al menos, trataron de sostener la mirada de Cristián. Pasado el sobresalto, el muchacho tragó saliva y se quedó allí, estúpidamente, esperando quizá algún insulto.

—Llegó el papá de la señorita —le dice Rodemil, en voz baja, mirando rápidamente hacia la casa. Al hacerlo su perfil, bajo el ala del sombrero de guaso, se hace visible, resaltando su boca prominente y la nariz chata. Al proseguir, siempre en voz queda, con el rostro próximo al de Cristián, llega a su olfato el hedor de letrina de la boca del aparcerero. Se echa para atrás.

—Llegó hace dos horas, no más, de sorpresa. No lo esperábamos. La Ilonita casi se desmayó al verlo llegar. —Ríe de nuevo—. Yo sabía que usted venía a verla seguido. Tan tonto no soy. ¡Yo también fui joven y me gustaba pasarlo bien! Por eso me hice el leso. Ella tampoco sabe que yo sé. Y claro que al papá no le voy a decir nada. Si llega a saberlo es capaz de matarme. Y a usted también. ¡Creo que se ha cargado algunos en otros países! Así que por eso vine a avisarle. Hace rato que lo espero aquí. Ni siquiera quise ir a una reunión que tenía en el pueblo para prevenirlo.

Cristián trataba de ordenar sus pensamientos. Ilona nada le había dicho la noche anterior sobre la llegada de su padre. Incluso le insinuó que tal vez Bela Sandor no viniese ese verano porque seguía en el norte, donde estaba invitado por un sindicato minero.

—¿Ella sabe que usted me avisaría?

—¡Se le ocurre! Se sentiría mal si se lo dijera. Así que es mejor que usted se vuelva y venga otro día. Yo me las arreglaré para avisarle cuando se vaya don Bela.

Se retiró poseído por una rara frustración, distinta a la de las otras ocasiones cuando debió regresar porque Ilona le avisó la presencia, en casa, de Rodemil. No era extraordinario, por cierto, que Bela Sandor hubiese llegado de repente. Solía proceder así, según le contara Ilona, en las raras ocasiones en que hablaba de su padre. Lógico que el húngaro se preocupase un poco de su hija, que veraneaba sola en casa de un hombre como Rodemil.

—¡Que se atreva a tocarme, solamente! —le dijo Ilona en una ocasión que Cristián le planteó el aislamiento en que vivía—. Le arrancaría los ojos. Después se lo dejaría a mi padre. ¡Rodemil le tiene pánico al papá!

Mientras regresaba a través de los potreros blancos de luna, comenzó a invadirle una enorme melancolía. ¡Qué falta le haría Ilona durante los días en que su padre permaneciera allí! Para peor, las visitas seguirían impidiéndole frecuentarla de día. Estaba condenado a esperar hasta que el maldito Sandor se marchase. Y aún subsistía una alternativa que de sólo imaginarla le puso la carne de gallina: que Bela Sandor

hubiese venido a buscar a Ilona y se la llevase. Porque ahora comprendía lo que la muchacha significaba para él.

Todo, hasta lo más insignificante, comenzó a revestirse de importancia con Ilona. Como si su mente se hubiese ampliado infinitamente, encontrando de pronto una multitud de ventanas y puertas que se abrían a innumerables mundos adyacentes. Además, Ilona, casi de su misma edad, compartía sus inquietudes juveniles.

Sus ojos comenzaron a cosquillear bajo el irresistible empuje de las lágrimas. Sí: empezó a llorar mientras su caballo seguía conduciéndolo en medio de la claridad lunar de enero de vuelta a casa.

No puede dormir. Un gran silencio pesa sobre la casa desde la noche veraniega, silencio que de pronto quiebra el canto del chunche, al cual Juan Manuel atribuye propiedades agoreras. Ahora, con la imagen de Ilona aferrada a su mente, sopesando las consecuencias de la imprevista llegada de Bela Sandor, recuerda las supersticiones de su amigo. Y también la extraña visión de su padre. Sólo en la madrugada viene a pegar los ojos, y sueña con los Ojos del Diablo. Le parece flotar sobre la estrecha garganta, y que en lo hondo del arremolinado cauce, las siete fuentes, en perpetua ebullición, se abren y cierran burlescas.

Durante la mañana, cabalgando con su primo Daniel a la diestra y atrás el pelotón integrado por los restantes huéspedes, que conversan con Rufino, el capataz, siempre presto a decir cosas graciosas para ganarse a los amigos de su padre, que hacen reír a los otros pero no a Cristián, medita en la manera de visitar durante la tarde a Ilona. El cielo anubarrado, y los álamos, aplastados por la atmósfera quieta, se yerguen inmóviles por ambos lados del camino de tierra blanca.

Esa tarde podría fingirse enfermo. Eso era. Se retiraría a su dormitorio, y una vez que todos estuviesen en la piscina, partiría donde Ilona. ¿Cómo no se le ocurrió antes un truco tan simple? Fingiendo cualquiera indisposición —un insomnio, por ejemplo, que lo obligara a echar una siestecita, hábito que hasta entonces nunca cultivó y que de repetirlo podría despertar las sospechas de su madre—, quedaría en libertad para visitar a Ilona por lo menos una vez, y aún a riesgo de que lo descubriesen. Por una vez nadie haría mayor cuestión.

Mientras almorzaba bostezó en forma tan ostentosa y tan seguido, que su madre le preguntó qué le ocurría. Cristián, con voz doliente, le explicó que se había desvelado. Su madre fijó en él sus ojos claros sin decir nada, como solía hacerlo, y siguió comiendo. Después de almuerzo Cristián se fue a su dormitorio, sin que nadie hiciera nada por convencerlo de que un buen baño sería lo más apropiado para corretear la somnolencia. Juan Manuel, a quien hizo llamar por Temo, el encargado de la caballeriza, lo esperaba en la puerta del parque.

Gran quietud en la quinta de Rodemil. Se allegaron al portón de acceso. Los perros acudieron a recibirlos moviendo los rabos, pero nada se veía debajo del parrón,

semioculto por las higueras. La idea de que Bela Sandor estuviese allí lo inhibió para llamar a Rodemil. Permanecieron un rato mirando la casa solitaria, cuyos muros blancos se les antojaron melancólicos bajo un sol que aparecía fugazmente entre nubes rotas. Rodearon la propiedad por el camino que conduce al estero. La puertecilla de atrás, cerrada. Le preguntó a Juan Manuel si sabía algo sobre la llegada del húngaro.

Negó con la cabeza. Por el camino de tierra venía un muchachón colorado, con el rostro brillante de transpiración, y unos mechones rubios pegoteados en las sienes y frente. Era hijo del aparcerero que ocupaba la propiedad subsiguiente a la de Rodemil. Juan Manuel lo saludó. El otro le echó una mirada huidiza a Cristián con sus redondos ojos pardos.

—¿Dónde vas, Lucho?

—A Villa Cruz. Estoy trabajando allá, en la municipalidad —dijo el otro, con cierto orgullo, parándose en el camino. Con el dorso de la mano se secó el enjambre de gotículas de sudor de su frente y labio superior—. ¿No lo sabías tú?

—No, no lo sabía. ¿Ha llegado gente nueva al pueblo? —Cristián, impaciente, se había separado de Lucho, decidido a seguir su camino. Pero la pregunta de Juan Manuel lo hizo detener el caballo, y esperar.

—No, nadie, que yo sepa.

El caballo de Cristián, tascando el freno, pugnaba por alcanzar una guía de zarzamoras.

—Oí decir que estaba ese gringo que se aloja donde Rodemil —prosigue Juan Manuel con un tono de manifiesta indiferencia.

—¡Yo lo habría visto! —le echa a Cristián otra mirada huidiza—. No creo que esté aquí. Hace como diez minutos esa niña que se llama Ilona pasó para allá sola. Y yo no he visto a nadie por lo de don Rodemil. Y ustedes, ¿qué no son amigos de esa niña? Yo los he visto pasar juntos a los tres por aquí—. Dice esto largándole otra ojeada a Cristián, ahora acompañada de una expresión sardónica en su jugoso rostro.

—Vámonos mejor, Juan Manuel —dice Cristián, desentendiéndose del otro.

De seguro que Ilona se dirigía al baño del estero, porque el remanso del río quedaba muy retirado para ir de a pie. Galoparon con Juan Manuel hasta arribar a las márgenes arenosas del arroyo. El grito del pájaro-potrillo arrancó resonancias del fondo de la cárcava. Se adentran por la fresca hondonada, a través de zonas oscuras, de pronto taladradas por haces de luz. Las revelaciones del transpiroso Lucho bullían en su imaginación, llenándolo de pensamientos agoreros. Bela Sandor aparentemente no había llegado. Claro que el húngaro pudo arribar de incógnito, como quien dice, y haber permanecido oculto en la quinta de Rodemil. Algo le indicaba, no obstante, que Rodemil le había mentado esa noche. Y esta idea, al dejarla prender en su cerebro, tendía a afianzarse, sin que sus esfuerzos por rechazarla tuviesen éxito.

Ilona debía de hallarse en el remanso de la cascada, donde la descubrieran por vez primera con Juan Manuel. Pronto el rumor de la caída se hizo patente al tomar una

curva del cauce. Le pidió a Juan Manuel que lo esperara allí, temeroso de que Ilona, como en aquella memorable ocasión, estuviese desnuda. Pero la muchacha llevaba puesto su traje de baño amarillo. No lo sintió llegar. Solamente cuando su caballo pisó los cascajos de la orilla, Ilona, que con el agua hasta la rodilla contemplaba pensativa el salto, volvió bruscamente la cara. Su rostro reflejó una sorpresa y alegría que se esfumaron con increíble velocidad. Entonces, en lugar de salir de la lagunilla para venir a saludarlo, dio vuelta la cabeza y siguió internándose en el agua. Cristián se quedó mirando estúpidamente cómo se alejaba. Por último pudo articular:

—¡Ilona! ¿Qué te ocurre? ¿Llegó tu papá?

Ella, con el agua hasta la cintura, mirándolo con frialdad, le dice en un tono vacuo:

—No tengo nada que hablar contigo. Por favor, déjame tranquila.

—Pero ¿qué te ocurre? ¿Por qué...?

—Te dije que me dejaras tranquila. Eso es todo. No te diré nada más. —Su tono no admite réplica.

—Necesito que me expliques, por lo menos. Todo lo que ha habido entre nosotros, ¿no significa nada, entonces? —Tiene que esforzarse para decir algo que se le antoja imbécil.

Ella nada algunas brazadas en dirección a la caída, y desde allí le grita:

—¡No te voy a explicar nada, ya te lo dije! Por favor, ándate y déjame tranquila. Si no te gusta que me bañe en tu fundo, te prometo que no volveré más.

Como él insistiera en la llegada de su padre, Ilona echó a reír. Y cuando Cristián le contó que Rodemil lo había esperado la noche anterior para avisarle que Bela Sandor estaba en la quinta, Ilona avanzó hacia él por la laguna festoneada de luz trémula y, mientras el agua bajaba de su cintura hasta los muslos, comenzó a gritarle histéricamente:

—¡Lárgate de aquí! ¡Ándate! Si no te vas te voy a tirar una piedra. ¡Ándate! —Su último grito despertó ecos en el fondo de la rambla. Cristián, atemorizado por su reacción, dio media vuelta y se alejó.

A Juan Manuel sólo le contó que Ilona estaba de malas, y que era preferible regresar. Sentía que su cabeza iba a reventar. ¿Qué le ocurría a Ilona? ¿Estaría loca? Una enorme furia comenzó a unirse a su frustración. Una furia irracional contra Ilona, su padre, Rodemil, el muchachón llamado Lucho, cuyas respuestas insinuaron que algo raro ocurría en la propiedad de Rodemil.

Cuando volvía a cruzar frente a la quinta de éste, Cristián se empinó sobre los estribos para echar un vistazo. Todo tranquilo, como si hasta los árboles se hallasen sumergidos en la modorra de la siesta. No se veía un alma.

Algo le ocurrió a Ilona que la hizo cambiar con él, tomándole una repentina aversión. ¿Fue porque dejó de visitarla durante el día, a sabiendas de que en la noche podría verla? Pero ella pareció aceptar las explicaciones que le diera al anunciarle la llegada de los huéspedes de sus padres. De nuevo en casa se encerró en su dormitorio.

Nadie había notado su ausencia. Las reflexiones lacerantes no lo abandonaron en todo el día. Apenas durmió esa noche. Tentado estuvo varias veces por levantarse y partir de nuevo donde Ilona a pedirle explicaciones. Quizá se tratase solamente de una actitud pasajera, de esas que no tardan en esfumarse. Pero al recordar su rostro y salvaje mirada se contenía, pensando que, por esta vez, todos sus esfuerzos serían inútiles. Pasadas las primeras horas de excitación y febril meditar, lo embargó una fría ira contra Ilona y su voluble carácter. No iría a rondar la quinta de Rodemil aunque tuviera que roerse las uñas hasta los codos, dejándola que siguiese su veraneo con o sin su padre. No volvería a preocuparse de ella por el resto del verano.

Se fueron las visitas, y nuevamente recuperó la libertad para salir por las tardes con Juan Manuel en sus acostumbradas excursiones. Las averiguaciones de su amigo sobre Bela Sandor, parecían demostrar que el gringo nunca estuvo en Villa Cruz durante esa temporada. Jesús, un inquilino experto en podas de árboles frutales, acababa de efectuar un trabajo para Rodemil. Juan Manuel le insinuó a Cristián que hablase con él.

Pero Cristián estaba decidido a no hacer nada por buscarlo de no topárselo casualmente. El hombre solía ir por las casas del fundo a podar los árboles del parque.

No volvieron a utilizar el camino de costumbre para ir al remanso. Evitaban así pasar frente a la quinta de Rodemil o encontrarse con Ilona. Tomaban el largo y engorroso sendero de la montaña, que poseía el atractivo de su agreste soledad. Una tarde en que iba a reunirse con Juan Manuel se encontró en el camino, a las puertas del parque, con Jesús. El hombre, de unos cuarenta años, con un rostro flaco y ojos amarillentos por alguna dolencia hepática, lo saludó al verlo pasar, y se disponía a seguir viaje cuando Cristián lo llamó.

—Oiga, Jesús —detiene el caballo junto a la pared encalada del parque, en la carretera de tierra que media cuadra más allá pasa frente a la caballeriza, señalada por tres eucaliptos cuyos follajes cabecean bajo el viento—. Quería preguntarle algo.

—Pregunte no más, patroncito —el hombre se detiene y lo encara, entreabierta la boca de dientes carcomidos.

—He oído decir que ese gringo llamado Bela Sandor está escondido en la casa de Rodemil...

Atrás, en la caballeriza, se escucha un ruido de cascos que se aleja. Es el administrador que se dirige al interior del fundo acompañado de dos peones.

—Recién acaba de llegar, patrón. Antes estaba solamente la hija, esa que se come Rodemil...

—¿Cómo? ¿Qué dice usted? —Imposible evitar que su voz refleje una violenta alteración.

—Qué, ¿no sabía usted? —Jesús no tenía por qué conocer su amistad con Ilona: en esa época, según supo después, trabajaba en Villa Cruz—. Todos en el pueblo lo saben. ¡La suerte que tiene ese viejo! Comerse algo tan bueno como esa cabrita. Y tan



jovencita que es... ¡Pero así son las extranjeras! No le hacen asco a nada.

Seguramente Jesús no capta su agitación y palidez. O quizá las atribuye a otros motivos.

—Pero ¿cómo lo sabe usted? —insiste Cristián, débilmente.

—¡Todo el mundo lo sabe! Además yo vi a Rodemil saliendo de la pieza de esa niña cuando recién llegué a trabajar ahí, hace unos quince días. Una mañana que estaba tomando mi café, se abrió la puerta de la señorita, y salió Rodemil amarrándose el cinturón, como si recién se viniera levantando. Se la comía todas las noches. Pero se le acabó la fiesta, porque llegó el papá. ¡La suerte de ese condenado! Para algo tiene pacto con el Diablo, también.

## VIII

Ese día su mundo se convirtió en el caos. El mundo familiar, con su amable rutina, se desmoronó de golpe. Se transformó en una nebulosa que giraba como un torbellino, sumiéndolo en las más completas tinieblas. Pero solamente él, Cristián, renacería del caos, porque su verdad no descansaba en la comprobación de un hecho particular. Pero su padre, no. Él, que heredó un mundo cómodo, por cuya construcción nunca debió luchar, ya que todo le fue dado en la práctica, hasta su mujer, se encontró de pronto frente a su verdad.

Vaga como un fantasma entre los amigos y parientes, que conversan en susurros, en el tono adoptado por las personas en la casa de la muerte. Y sobre el catafalco armado en el centro del salón, entre una doble hilera de cirios, su madre descansa en el ataúd, su perfecto rostro inmóvil, enmarcado en la cabellera rojiza, hundida la cabeza en la almohada blanca. Sus largas pestañas sombrean los párpados suavemente oscuros. Las finas aletas de su nariz permanecen quietas y sus labios se han troquelado con la última exhalación en el comienzo de una sonrisa.

La muerte la pilló desprevenida. Relajado el cuerpo en la semioscuridad del automóvil, reclinada tal vez contra el respaldo después de su sigilosa cita, callada sin duda, la colisión removi6 hasta su última célula en una fracción de segundo, y junto con desvanecerse el estrépito debió de perder el conocimiento. No tuvo conciencia de su inminente fin. Su acompañante sacó el automóvil retrocediendo —como siempre seguramente lo hizo— del estrecho pasaje en cuyo fondo, dentro del garaje, se abría la puerta que comunicaba con el secreto departamento, dependencia de una casa, pero independiente de ésta. La calle, cuyos viejos árboles la abovedaban, y un vecindario inocuo, desconocido, garantizaban la discreción. El coche, siempre marcha atrás, alcanzó el centro de la vía, y allí se detuvo el tiempo necesario para hacer el cambio de velocidad. El pie del amigo de su madre debió de presionar el acelerador en forma rutinaria. El coche arrancó, y picó durante unos cincuenta metros. La empleada, que en el umbral de una casa vecina conversaba con un amigo, vio salir el automóvil del pasaje como en otras ocasiones, pero no le prestó importancia. Atestiguó sí que el auto del choque era el mismo que surgiera segundos antes y en oportunidades anteriores de la casa de enfrente. El estruendo remeció a todo el barrio. El camión, a unos setenta kilómetros por hora, se precipitó contra el coche que aceleraba, y lo estrelló de frente. El capot se levantó y destrozó el parabrisas. Su borde partió prácticamente el rostro del conductor. Pero sin matarlo. Solamente debería morir al cabo de cuatro días de agonía.

Pero al igual que su madre, no llegó a recuperar el conocimiento.

Ahora la mamá estaba allí, en el ataúd. El secreto de su mundo se revela cuando ya no puede alcanzarlo. Ese mundo privado, al que sólo una persona tuvo verdadero

acceso. Cristián trata de no pensar en nada.

Tampoco cree que podría hacerlo. Cuando comienza a hilvanar un pensamiento, las ideas se desbandan y no consigue meterlas en el camino previamente trazado. Los ojos abiertos, como si los músculos que mueven los párpados se hubiesen paralizado repentinamente. Pero es poco lo que ve: rostros desencajados, llorosos algunos, otros revestidos con un sentimiento oficial, nerviosos varios. Sólo el féretro negro, con sus grandes cirios pálidos, se graba en su mente con una persistencia dolorosa. Allí está su madre muerta, que grita desde su catafalco la destrucción de un mundo: el de su padre. ¿Reflexionaría ahora el papá en su ceguera y absoluta falta de intuición? ¿Ahora que no hay nada que decir ni preguntar?

La primavera comienza a verdear los árboles de las calles, y flota en la atmósfera el irritante aroma del polen. Las primeras soleadas han logrado despertar el asfalto, y su olor se mezcla con los perfumes de la primavera.

Esa tarde volvía del colegio. No bien traspone la puerta de calle, se encuentra con el rostro desorbitado de su padre, que barbota atropelladamente:

—¡Tu mamá ha tenido un accidente! Vamos a la posta.

Cristián lo sigue sin atinar a formular preguntas, aturdido con la noticia, dejando que la inercia siga empujando los pensamientos, donde una próxima prueba de matemáticas desempeña el papel principal. Su padre conduce mal en Santiago por falta de costumbre. Cristián intenta preguntarle algo. A medias, poseído de un creciente mutismo, el papá le explica que carece de mayores detalles sobre el accidente. Un atropello o un choque, no está seguro. ¿Choque? Su madre partió esa tarde al cine, cosa corriente en ella. Por lo general la acompaña alguna amiga. Otras veces va sola. Raramente se conocen sus planes. Su madre siempre desplegó una activa vida social: cócteles, reuniones de juego, comités de obras pías, idas al cine, al teatro, o a conciertos. Su padre, a su turno, poco aficionado a salir de la casa, raramente iba con ella. Además, una vez por semana al menos, se va a Los Siete Ojos, por lo general a solas, ya que Verónica y Cristián solamente lo acompañaban al comenzar la primavera. Que su madre haya tenido un choque parece incongruente. Siempre es el auto de la casa; con Efraín al volante, el encargado de pasarla a buscar dondequiera se encuentre. A veces alguna amiga la viene a dejar, especialmente cuando va al cine.

Su padre se abría paso torpemente por las calles atestadas. Era la hora de salida de las oficinas, y, por lo tanto, de la vuelta a casa de miles de personas. Su padre, con el rostro pétreo, contraído, resollando fuerte, permanecía callado, fijos los ojos en el parabrisas, desentendido de Cristián y de todo cuanto le rodeaba. Después supo que el papá ya conocía otros detalles del desastre. Sabía, por ejemplo, con quién andaba su madre. Y, lo principal de todo, dónde ocurriera el accidente. Es decir, poseía todos los antecedentes necesarios para construir un cuadro bastante completo de lo sucedido. Su mundo personal, exclusivista, estentóreamente propio, empezaba quizá a desmoronarse por todos lados. Tal vez por eso mismo no se opuso a que Cristián lo

acompañase. O quizá aún no se recuperaba del impacto, y los pormenores que conocía daban vueltas en el torbellino de su mente sin configurar un panorama inteligible. No. Algo columbraba.

Aunque tratase de engañarse a sí mismo en esos instantes, algo debía sospechar. Su mujer accidentada en el automóvil de un señor Álvaro Pinto, en una calle por completo alejada de su centro de actividades. El solo hecho de que su mujer anduviese por esos barrios en el automóvil de un hombre desconocido para él, habría bastado para desencadenar la tormenta en la imaginación de su padre.

Entretanto, el coche, conducido a tirones, zigzagueando, arrancando bocinazos irritados y palabrotas lanzadas al pasar de los demás vehículos, se aproximaba a la Asistencia Pública.

Llegan por último al melancólico edificio. Su padre estaciona el coche pasado la farmacia de urgencia. Se adentran en la sórdida construcción, abriéndose camino entre varias personas que traen a un hombre con la cabeza vendada. En el vestíbulo mal iluminado una ambulancia con su faro rojo aún dando vueltas espera a que dos hombres robustos, con delantales blancos, saquen una camilla. Su padre hace una rápida pregunta a la enfermera de turno. La mujer abre los ojos, y los conduce a través del ingreso, por detrás de la ambulancia ahora vacía, hasta un muro envidriado. Se asoma a una puerta, y aparece un médico joven, con un gorro blanco y ojos azules que mira fijamente a su padre y luego a Cristián.

—Pase usted, señor. Usted, niño, espere un segundo.

Y Cristián se queda allí, en una especie de vereda, mientras la ambulancia comienza a retroceder lentamente hacia la calle. Pero el niño no aguarda mucho. La puerta se abre de nuevo, y reaparece su padre con el rostro desencajado, seguido por el doctor.

—Tu madre ha muerto —le dice con una voz ronca, extrañamente débil.

Cristián rompe a llorar. Trata de entrar, pero el médico lo detiene.

—Todavía no. En un rato más.

Su padre atraviesa el vestíbulo y entra en una oficina, a través de cuyas ventanas Cristián lo ve inclinarse sobre algo. Entonces da vuelta la cara hacia él: está hablando por teléfono. Fueron los primeros en llegar a la Asistencia Pública, porque de la cartera de la mamá habían obtenido la dirección y el fono. El teléfono de Pinto estaba malo: fue necesario enviar un radiopatrullas para avisar a la familia.

En la posta el tiempo transcurre con lentitud. Cristián, convertido en un objeto inerte, lloroso, ve cómo su padre se mueve, desplegando sus últimas energías, haciendo uso de su agresividad para conseguir que le entreguen el cuerpo de la mamá y no lo envíen a la morgue. Llegan parientes, amigos, conocidos, un senador. Todo es una sola discusión, sostenida en voz baja, pero con bruscas alternativas de tono. Por último llaman desde el Servicio Nacional de Salud autorizando el retiro del cadáver.

Sólo entonces lo dejan entrar a la sala donde se halla su madre cubierta con una sábana. No lejos resalta un balde blanco, donde se acumulan algodones y gasas. Débil

iluminación. Su padre levanta brevemente la tela. El rostro de la madre, natural, sin distorsiones, cerrados los ojos, se delinea en la frágil claridad. Pero es una visión fugaz, porque el papá vuelve a taparla. Dos hombres llegan con una camilla y lo hacen salir rápidamente.

En casa ya esperan los servicios fúnebres. Sólo dos horas antes Cristián llegaba a incorporarse a la diaria jornada, en el ambiente acogedor del salón, con sus lámparas de grandes pantallas en espera de que llamasen a comer. Y ahora ese mundo cotidiano ha cambiado de faz: muchas luces, muebles retirados, el salón desprovisto de alfombras y adornos, y en el centro los elementos necesarios para armar el catafalco. Y también el féretro con sus guarniciones plateadas.

Sí, su madre está allí, en el ataúd. Todavía la vida mora en su cuerpo. Aún algunas células se defienden de la muerte. Pero la vida que configuró su mundo particular se ha separado definitivamente de ella. Mañana habrá una misa. En sus oídos resonarán los cánticos de los muertos, junto al solemne redoblar de las campanas de San Ignacio. Y seguirán el cortejo fúnebre en el automóvil de la casa, entre su padre cada vez más hermético y envejecido, y tía Ema. Y en la mañana soleada las veredas con sus transeúntes desfilarán como los escenarios de otro mundo. Y atravesarán la ciudad detrás de las carrozas tiradas por pjaras negras, que se desplazan pausadamente. Cruzarán el Mapocho con sus aguas turbias por los deshielos, a través del puente cuyas barandas de fierro se entrecruzan en lo alto.

Van por La Paz, con su fila de palmeras y los muros amarillentos de viejas construcciones. Atrás la pérgola de las flores atestada de ramos, canastillos y coronas. Los pétalos y hojas son barridos por hombres y mujeres que charlan y ríen alegremente, mientras adelante su madre en su ataúd lleva a la zaga a todas esas personas que nunca permanecieron indiferentes en su presencia. Allá va su madre camino al cementerio, en la mañana de sol, arrastrada por ocho caballos negros, dentro de la carroza coronada por una cruz. La plazoleta que antecede al camposanto. Los conductores de las carrozas, con sus chisteras negras, bajan del pescante. Ahora retiran las coronas. Su padre, recurriendo a sus últimas fuerzas, y ayudado por sus parientes, saca el féretro y lo colocan sobre el carrito con neumáticos.

El cortejo penetra en los claustros helados, que se entrecruzan en ángulos rectos, dejando al centro jardines viejos, simétricamente decorados con lápidas. Puertas protegidas por verjas de fierro. Adentro familias enteras se añejan bajo planchas recordatorias. En los floreros de mármol los pétalos marchitos o frescos revelan la preocupación de los sobrevivientes por sus difuntos. El rumor de las pisadas arranca ecos de los muros y pasajes laterales, como si por todo el camposanto caminara la gente en pos del cadáver de su madre. De pronto surgen al aire libre.

En los simétricos jardines crecen bosquecillos. El sol hace reverberar las lápidas de mármol. Los túmulos y mausoleos se alinean a lo largo de las callejuelas de la necrópolis. El cortejo se detiene. De nuevo comienza la descarga de coronas, y la voz de los sacerdotes se eleva quedamente, rezando las últimas oraciones.

La verja de hierro del panteón familiar ya se encuentra abierta. Entonces el ataúd con su madre penetra en el recinto helado, cuyos nichos se suceden con la monotonía de las celdillas de un panal. El féretro arranca un sordo fragor cuando es empujado dentro de su alvéolo. Hay una pausa. De nuevo resuena broncamente la madera contra el concreto, hasta que la caja topa en el fondo. Sólo ahora las manos vivas se retiran de la envoltura de la muerte. Las voces de los sacerdotes arrancan ecos solemnes de todos los rincones. Se elevan nubéculas de incienso. La ceremonia ha concluido. La multitud se abre para que los deudos encabecen el regreso. Y en el vestíbulo de acceso, al lado de su padre y los tíos, debe afrontar el desfile de parientes y amigos que le estrechan la mano y lo abrazan por turno. Ojos enrojecidos. Voces temblorosas. Fríamente oficiales. Centenares de manos desfilan entre sus dedos, en el helado vestíbulo, mientras afuera el sol de la primavera ilumina un mundo vivo, bullicioso de buses, gentío y motores que aceleran.

Solamente en el automóvil se atreve a mirar a su padre. El rostro seco, pálido, permanece fijo en la acera que desfila lenta con su cargamento de transeúntes. Marmolerías, talleres de accesorios para ornar la morada final de los hombres, florerías, se suceden detrás de los peatones. Su padre calla. Tía Ema le coge una mano, y su rostro largo, blanco, con los ojos llorosos, lo mira compungida. Ahora su madre se ha quedado sola en el mausoleo, con una montaña de coronas cuyo aroma impregnará durante muchos días el estrecho recinto. Lentamente las flores se marchitarán, y caerán los pétalos mustios al suelo embaldosado. El perfume será reemplazado por el acre hedor de la descomposición.

Su madre ha quedado sola. A nadie tendrá que dar cuenta sobre su mundo privado. Ese mundo que supo construir en forma tan hermética. A medida que transcurren las horas el silencio de su padre se torna más y más denso. No volverá a salir de su mutismo hasta el día de su muerte. Tampoco vuelve a dirigirle la palabra a Cristián. Apenas para darle algunas órdenes escuetas, con una voz opaca, desprovista de toda autoridad. Tía Ema los acompaña durante una decena de días, que se deslizan con lentitud, en largas veladas en el salón recibiendo visitas de condolencias. Son jornadas tediosas, monótonas, que no toleran el buen humor, porque la muerte de su madre ha provocado una catástrofe cuyos efectos seguirán repercutiendo largamente. Durante esos primeros días de pésames e interminable desfilar de personas que llegan con el ánimo preparado para afrontar un evento que en el fondo habrían preferido eludir, llega la noticia de la muerte de Álvaro Pinto. No recuperó el conocimiento, muriendo cuatro días después de la mamá.

Sólo entonces, a través de una nota necrológica, Cristián pudo saber algo sobre ese Álvaro Pinto, el secreto amigo de su madre. Era padre de nueve hijos, dos de los cuales estaban en el mismo colegio de Cristián. Tiempo después Cristián vería a los muchachos acompañando a una señora de rostro austero, vestida de luto. Y recordó que su madre, en una ocasión en que fue a buscarlo al colegio, se detuvo a saludar a esa señora, y conversó con ella un rato.

¿Qué pensó su padre? Cristián nunca lo sabría. Doce días después del funeral de la mamá, su padre partió a Los Siete Ojos, y se quedó allí un mes entero. Al regresar se veía envejecido y sin ánimos. Hablaba poco, eludiendo mirar de frente a Cristián. Sus relaciones con él se tornaron monótonas, enervantes. Muchas veces Cristián evitaba encontrarse con su padre.

La preparación de su bachillerato le dio un buen pretexto para mantenerse alejado.

## IX

En lo hondo de la garganta oscura, los siete ojos parpadean en medio de nubes de agua pulverizada y de un estruendo que llena el espacio. La neblina le humedece el rostro. Asido a la rama de un coigüe joven, Cristián se inclina sobre el precipicio. Allí el Toqui se fragmenta en siete fosos redondos, horadados en otros tantos bancales de piedra relucientes de agua, que se vuelcan el uno en el otro en cataratas de alturas similares. Se encuentran embutidos entre dos paredones de rocas atezadas, coronados por una vegetación achaparrada en los rebordes. Cristián respira la atmósfera húmeda, y su cerebro se aquieta. El estruendo, el paisaje, el aire espirituoso de la montaña relajan su mente, le hacen rechazar los pensamientos que tratan de alterarlo.

Los Siete Ojos del Diablo. ¡Cuántas cosas han visto desde que su bisabuelo los descubriera hace cien años! Y también habrán sido testigos de una infinidad de acontecimientos desde que la caprichosa naturaleza los diera a luz. Cuántos rostros se han asomado en aquellas bellas profundidades. Cuántos oídos ensordecieron con el rugir indeclinable de las siete cascadas. No solamente ojos y oídos humanos. También bestias exóticas, a través de las edades, fueron a impresionar con sus imágenes las bulliciosas retinas de los Ojos del Diablo.

Cogida de la misma rama de coigüe, Ilona contempla silenciosa los saltos del Toqui, tan fascinada como debió estarlo su padre, Bela Sandor, cuando Cristián lo vio allí, el último día que se supo de él. Pero no puede hablar de esas cosas con Ilona. Cuesta poco callar en presencia de los Ojos del Diablo. Como también debe ser fácil sincerarse con el prójimo, plantearle los problemas e inquietudes más inverosímiles. Pero Cristián está en el primer caso. No podría revelarles a Ilona, por ejemplo, el secreto que se esconde frente al tercer Ojo, secreto que Cristián conociera dos años antes. Allí se encuentra sepultado Bela Sandor, el padre de Ilona. Y Cristián sabe cómo murió. Por eso no quería traer a Ilona a visitar los Ojos del Diablo. Pero no encontró argumentos para oponerse a su ruego.

En la mente de Cristián, húmeda con la neblina que desprenden las siete fuentes, sólo hay lugar ahora para la quietud, el sueño, el relajamiento. Como para quedarse horas allí, al borde de la fisura, inclinado sobre el Toqui que se fragmenta en esas siete tazas burbujeantes, desde lo más hondo del pasado. Aspira a grandes bocanadas el aire húmedo y ultravioleta de la cordillera. Es mediodía. El sol, en un cielo sin nubes, arde furioso. A lo lejos las montañas se yerguen azulosas de arboledas. Más allá de los Siete Ojos se alza una estribación erizada de robles. Pero después los montes pierden altura y vegetación. Aparecen las primeras cumbres nevadas. Y entre cerros eternamente cubiertos de blancura, el camino hacia Argentina es una huella que serpentea entre rocas y desfiladeros solitarios.

Ilona calla. Los caballos, no lejos de allí, parecen adormecidos por el fragor de las



cataratas. Deben hablar a gritos para entenderse. Es preferible entonces callar, intercambiando solamente miradas. Permanecen así un rato largo, contemplando los torbellinos que se retuercen en el fondo del abismo, despidiendo una bruma fresca. Lentamente en sus cerebros sólo hay espacio para albergar aquel incesante estruendo, que se eleva hacia el firmamento y rebota en cada rincón de la montaña. Por último, aturcidos y húmedos con el agua pulverizada que sube hacia ellos como un milenario incienso quemándose en la sima, regresan tomados de la mano. Las cabalgaduras aguardan donde se juntan las dos laderas, en el mismo sitio en que años atrás Rodemil y Bela Sandor encendieron una fogata esperando algo. Pero tampoco Cristián puede contarle a Ilona esa parte de la historia: serían muchos los mundos subterráneos que debería descubrirle para que lo comprendiese todo.

Se sientan con las espaldas apoyadas contra un roble viejo, y se quedan en silencio. Una brisa se bifurca entre las ramas y se estrella en sus rostros seca, heladamente. Allí todo es quietud y soledad. Todo es eco de la montaña, como si los macizos Andes se abatieran sobre sus pobres humanidades, aplastándolas.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—Hace más de siete años —dice Cristián, volviendo en sí.

—¿Dónde?

Casi le responde «aquí». Pero a pesar de su inercia mental, Cristián recapacita a tiempo:

—No me acuerdo bien. Me parece que fue atravesando el río, cuando iba hacia la casa de Rodemil, la última vez que se le vio por Villa Cruz.

Ilona se queda con la mirada azul perdida en los follajes de enfrente.

—Me acuerdo tan bien de todo. Estuve con él el día antes de su viaje a Villa Cruz. Allá por la Gran Avenida, en la casa de un amigo. Era un jefe sindical, que hoy día es diputado. Gran amigo de mi padre. Tenía grandes bigotes, y unos anteojos de marcos gruesos. Siempre me miraba como si quisiera desnudarme. No me gustaba ese tipo. Me hizo pasar a una sala donde había montones de diarios y revistas chilenas y extranjeras. Mi padre llegó y me levantó en sus brazos. Me besó y le dijo a su amigo: «¿Qué te parece mi hija? ¿No es cierto que se ha convertido en una mujer apetitosa, que puede conseguir lo que quiere en la vida?». Porque mi papá pensaba que con la facha todo se podía obtener en este mundo. ¡Él lo consiguió casi todo! Las mujeres se le entregaban apenas les movía un ojo. Se imponía por presencia. Su figura impresionaba lo mismo a las mujeres que a los hombres. No le tenía miedo a nada ni a nadie. Era tan vigoroso, de aspecto tan desafiante. Y sabía sacarle partido a esas cosas. Muchas veces me dijo que la facha era más importante que la inteligencia. Así lo demostró él, por lo menos. Todo lo consiguió con pura pinta, como se dice.

Ilona no parecía dirigirse a Cristián, sino a la naturaleza que los rodeaba.

—¿Qué le habrá pasado? ¡Qué raro que nunca me haya escrito! Pero él me lo dijo: «Rucia (porque siempre me decía Rucia), a lo mejor un día desaparezo del mapa. Podrás estar meses y años sin recibir noticias mías. Tú sabes que mi vida no es

como la de los demás. Pero no te preocupes. Nunca te olvidaré. Aunque pasen años, ya me las arreglaré para escribirte. Aunque me encuentre en la China». Porque pensaba viajar al Oriente. ¡Nunca podía quedarse mucho tiempo en una parte...!

Ilona permaneció un instante pensativa. Sus largas uñas presionaron suavemente el dorso de la mano de Cristián. Por un momento le pareció que algo quería transmitirle Ilona en esa forma secreta. Luego lanzó un largo suspiro, y prosiguió con la misma voz incolora:

—Pero parece que Chile le gustaba. Muchas veces me dijo que quería instalarse aquí. Y vivir tranquilo. Yo sé que al papá no le gustaba la vida que hacía. Pero no le quedaba otra. ¡Supieras por todas las que pasó! Fue perseguido por los nazis, porque era judío. Y le tocó vivir la guerra desde niño, casi. Por eso se acostumbró al peligro. A no estar nunca quieto. Vivía como una fiera en la selva, como si el enemigo pudiera saltarle encima en cualquier momento. Pero pensaba que en Chile se podía vivir tranquilo. Quería instalarse algún día aquí conmigo. Encontrar un trabajo estable y formar un verdadero hogar. ¿Por qué se habrá ido? ¿Para dónde? Cuando estuve con él esa tarde donde el dirigente sindical, no me dijo que pensaba irse de Chile. Solamente que haría un viaje a Villa Cruz. Pero algo rápido, por el día. Algo me habría dicho si hubiese tenido la intención de partir en un viaje largo. Tampoco le noté nada raro. Yo siempre sabía cuándo andaba preocupado. Claro que era bueno para disimular cuando le convenía. Se veía muy contento esa tarde. Hasta me dijo que pronto me daría buenas noticias. Que tal vez podríamos vivir juntos dentro de muy poco tiempo. Porque yo siempre debía alojarme en casa de alguna amiga. O en pensiones de mala muerte. Ni siquiera parientes teníamos en Chile. Yo pensé esa noche que a lo mejor el papá se había conseguido un buen trabajo. O que sus amistades políticas le habían arreglado la permanencia en Chile. Sin embargo, se fue al día siguiente, y en siete años nada he sabido de él. Tiene que haber muerto. ¿Dónde? ¿Cómo? Quería ir al Oriente, a la China y al Japón. Y aunque nada me dijo ese día, quizá después que me fui recibió alguna orden para que se fuese de Chile. Pasado un tiempo sin saber nada del papá vine a Villa Cruz, para ver a Rodemil y preguntarle si sabía algo. Y supe que Rodemil se había ido a trabajar al norte. Nadie sabía dónde. El profesor Horacio Farías me dijo que Rodemil le había contado que mi papá pasó a la Argentina arrancando de la policía. Por esos días hubo un cambio de ministros. A lo mejor mi papá, que se sentía muy seguro, recibió alguna mala noticia esa tarde, después que yo me fui. Que las cosas se habían puesto malas. ¡Qué sé yo! Y tuvo que huir. Y buscó a Rodemil para que lo ayudase a cruzar la cordillera. Pero tampoco he vuelto a saber nada de Rodemil. Es raro que los dos hayan desaparecido juntos, casi. ¡Claro que Rodemil era tan siniestro! Se podía esperar cualquiera cosa de él. Siempre mi papá se las arregló para encontrar tipos así, que de alguna manera le servían. Lo raro es que nada me haya dicho. Quizá fue para que yo me quedase tranquila. Nada le habría costado explicarme que tenía que irse, por ejemplo, por cualquier motivo. Podría haberme dejado una carta. Claro que si todo fue de

sorpresa... A lo mejor supo que no podría volver. Y prefirió callarse. Él sabía que yo no estaba tan mal aquí. Que nadie me molestaría. Que podría vivir tranquila y encontrar trabajo. Que era preferible para mi futuro dejarme aquí, y no llevarme a compartir sus aventuras. A veces pienso que de repente va a volver como si tal cosa. Con su mirada joven y desafiante. Y su pelo tan rubio. Pero creo que está muerto. Me lo dice el corazón...

El mundo es pequeño, estrecho, limitado. El tiempo no existe. Son tantas las cosas que podríamos decirles a nuestros semejantes para despejarles alguna duda. Y no podemos. Cristián apretó la mano de Ilona y, poniéndose de pie, fue a sacar las alforjas de su cabalgadura. Extendió un mantel y empezaron a comer en silencio, arrullados por el roncar incansable de los Ojos del Diablo. El viento y el sol cordilleranos han enrojecido la nariz y los pómulos de Ilona. Se ve sorprendentemente juvenil. Con su rubio pelo suelto y sus ojos intensamente azules, parece un chicuelo de pocos años que mastica un muslo de pollo con infantil apetito. Luego dormitan un rato a la sombra de los robles, amodorrados por la canción del Toqui. Y cuando las sombras se alargaron excesivamente por las laderas vecinas, emprendieron el regreso. Llegaron a la casa al anochecer, en medio de un cielo estrellado, que comenzaba a palidecer ante el advenimiento de la luna y cruzado por el vuelo de las gallinitas ciegas.

Ilona duerme apaciblemente con su delicada piel pegada a la de Cristián. Se queda desvelado, con los ojos fijos en la oscuridad, escuchando las voces de la noche, pensando en su padre, en el propio Bela Sandor, en Rodemil, en todas las personas que alguna vez se interpusieron en su vida. Piensa que la vida es un torbellino. Sus corrientes pueden tomar los cauces más inopinados, sin que nada podamos hacer nosotros para evitarlo. Bogamos simplemente a impulsos de esos flujos y reflujos.

Lo único que Cristián tiene claro es la infinita incapacidad del hombre para comprenderse a sí mismo.

# X

Pero entonces no pude conversar con Nicasio. Se fue al día siguiente del terremoto. El mismo día en que Julio me contó la historia del esqueleto de La Vieja. Porque yo quería preguntarle sobre mi bisabuelo. Sobre el pacto con el Diablo. Sobre tantas cosas que se contaban de él. Y Nicasio era el único hombre vivo que había conocido al abuelo del papá. Los demás sólo lo conocían de referencias, por historias contadas de padres a hijos. Tenía que hablar con Nicasio antes de que se muriera. Pero Nicasio vive en Quebrada de Reyes, muy adentro en la cordillera. Hay que emplear un día entero para ir y volver. Pero las vacaciones terminaron. Al año siguiente supe que Nicasio había estado enfermo durante el invierno. Casi se murió.

Tenía que verlo pronto. Por suerte comencé a salir con Juan Manuel, el hijo de un inquilino. Porque a mi papá no le gustaba que anduviera solo por el campo. Y un día le dije a Juan Manuel que me acompañara a Quebrada de Reyes. Me dijo al tiro que bueno.

Llegamos casi al mediodía. Quebrada de Reyes está rodeada de montañas, no lejos de los Ojos del Diablo. Dicen que a veces, en los días tranquilos, se oye desde allí el rugido de las cataratas. Nicasio vive en un ranchito encogido, con el techo disparejo, y las paredes hundidas como si le hubiesen dado tremendos puñetes. La mayor parte de la gente estaba en la montaña. Un niño nos llevó hasta la casita de Nicasio. Una nieta del viejo, desdentada, estaba en la puerta, como si nos esperara. Le dijimos que queríamos conversar con Nicasio. La mujer se rió y se metió en la casa.

La oímos reírse y conversar en voz baja. Entonces escuché la rara voz de vieja bruja de Nicasio. La nieta nos dijo que pasáramos. Adentro estaba oscuro, a pesar de que había sol. Pero la pieza tenía una sola ventana cuadrada, chiquita, con un barrote de palo. Al principio no vi nada. Pero poco a poco descubrí un bulto en una esquina, sobre una cama. Me acerqué tiritando. «Pase, Rodriguito. Pase. ¿No venía a verme?». La risa de Nicasio me llegó a la médula. Le dije que mi nombre era Cristián, no Rodrigo. «Yo le digo así porque es igual a don Rodrigo. Su vivo retrato. Trae una silla, Ismenia, para la visita». Juan Manuel se sentó en un piso de batros. Nicasio estaba envuelto en un chal de lana. Y tenía un gorro también de lana. Apenas se veía su cara chiquitita y su boca hundida. Pero los ojos le brillaban. Parecía un guarén, allí en el rincón oscuro. La Ismenia salió de la pieza. Y nos quedamos solos con Nicasio. Le pregunté cómo estaba. «No muy bien. Me queda poco para estar en este mundo. ¿Para qué voy a vivir más? Cien años es harto, ¿no es cierto?». Y lanzó un chillido. Era risa. Había olor a meados y a boldo. Yo trataba de no respirar por las narices. «Si usted es igualito a don Rodrigo. Debieron ponerle Rodrigo, no Cristián». Le dije que mi papá se llamaba Rodrigo, y que mi abuelo se llamaba Cristián, también. «A todos los conocí yo. A todos. A su papá, al papá de su papá y a don Rodrigo». Me dijo que

había nacido cuando mi bisabuelo recién había descubierto los Ojos del Diablo. En la mitad del siglo pasado. Tenía como doce años cuando llegó a trabajar a las casas del fundo, recién construidas, también. Mi bisabuelo le había agarrado priva al tiro. Y empezó a salir con él. Lo acompañaba cuando iba a cazar. Según Nicasio, era un hombre grande, con un vozarrón de trueno, y de mucha fuerza. «Muy diablazo, don Rodrigo. Le gustaban mucho las niñas, pues. Las agarraba a la fuerza, si no querían por las buenas. Y a veces se perdía por dos y tres días enteros. Nadie sabía dónde iba. A Villa Cruz o Almagro. O se metía en la montaña solo. Porque le gustaba pasear solo a veces».

Todo eso había pasado cien años antes. Y Nicasio lo recordaba claramente. «¿Tenía muchos amigos?», le pregunté. «Conocía gente en todas partes. A veces llegaba con amigos a las casas. Y se quedaban tomando días enteros. También se iba a Santiago, y volvía con otros amigos y amigas, y armaban grandes fiestas. Con tamboreo y huifa. ¡Por Dios que se tomaba entonces!». Pero yo quería preguntarle sobre el pacto. Y no me atrevía.

Dejé que el viejo siguiera hablándome de las remoliendas de mi bisabuelo. De repente se le iba la onda. Me asusté. Pensé que podía quedarse dormido sin decirme lo que me interesaba. «¿Es cierto que hizo un pacto con el Diablo?». Nicasio se calló y se quedó mirándome fijo con sus ojos relucientes. Me dio miedo. No decía nada. Pero entonces largó su risita de vieja. «¡Las cosas que me pregunta usted! ¿Por qué le interesa saber eso?».

Le expliqué que siempre había oído hablar del pacto. Pero que nadie había podido contarme toda la historia. «Así dicen. Cuando descubrió los Ojos del Diablo, las cosechas del fundo eran malas. Don Rodrigo, que tenía como veinte años, estaba arruinándose. Recién se le había muerto el papá. Y el fundo en ese tiempo tampoco producía mucho. Don Rodrigo fue el único de la familia que se quedó aquí. Su otro hermano se casó y se fue a Santiago. Y sus dos hermanas también se casaron. Y también se fueron de aquí. Pero desde que descubrió los Ojos del Diablo, el fundo comenzó a producir pura plata. Y dicen que don Rodrigo también cambió desde ese día. Mi taita me contaba que antes don Rodrigo era calladito, como mosquita muerta. No quebraba un huevo. Pero en cuanto descubrió los Ojos del Diablo, cambió. Se puso mujeriego, tomador, bueno para armar rosca. Se despachó a varios. Y en todo le iba bien. Y él contó, una vez que estaba tomando, que había hecho un pacto».

Se me puso la carne de gallina. Miré para todos lados. Juan Manuel, con los ojos muy abiertos, miraba a Nicasio. «¿Le da miedo? Hay muchos por aquí que han hecho pacto con el Malo. El mismo Rodemil. ¿Lo conoce usted? También dicen que le vendió el alma al Diablo. En el mismo sitio que don Rodrigo. Por eso siempre le va en todo bien». Le pregunté si él había visto al Diablo. «Si lo he visto no me acuerdo». Se rió. «Se ven tantas cosas en la vida. Pero don Rodrigo era el mismo Diablo. Lo hubiera visto usted. ¡Tanto que se le parece! Es como estar viendo a don Rodrigo. Claro que al último tenía barbas y bigotes. Pero de guaina era como usted. Con los

mismos ojos. Su papá no se parece nada a don Rodrigo. Pero don Cristián se le parecía algo».

Siguió hablándome de mi familia. Nunca había prestado mucha atención a esas historias. Sabía que mi abuelo había muerto joven. Mi papá y mi tía Emilia fueron sus únicos hijos. Pero mi abuelo tuvo seis hermanos. Tres hombres y tres mujeres. Aparte de los hermanos naturales, que hacían nata, dijo Nicasio con su risilla de bruja. Porque mi bisabuelo se casó dos veces. Enviudó y se quedó con dos hijos. Los dos murieron en la Guerra del Pacífico. Uno en la batalla de Miraflores. Al otro lo mató un peruano en Lima, en una fiesta. Mi abuelo se quedó con el fundo. De sus tres hermanas, sólo una se casó. Las otras murieron solteras.

«¿Cómo se hace un pacto con el Diablo?». Nicasio volvió a quedarse callado, mirándome con sus ojitos chiquititos, brillantes. «Hay muchas maneras. Se puede salir a vender una gallina negra en la noche de San Juan. El que se la compra, ése es el Diablo. Entonces hay que fijarle el precio. También se puede llamar al Diablo en la medianoche del día de San Juan, debajo de una higuera. Ligerito llega. Así lo hizo don Rodrigo...».

Me contó toda la historia. Que la higuera se quemó la misma noche en que murió mi bisabuelo. Y que esa misma noche había aparecido la Güesa Piedra, en el sitio donde el Malo se llevó a mi bisabuelo. También me dijo que el pacto alcanzaba hasta mi papá. «Pero mi papá nunca ha visto al Diablo», le dije. «¿Cómo lo sabe? Tiene que verlo. Si no lo ha visto todavía, algún día se le aparecerá». Volví a sentir un gran miedo. «¿Por qué? ¿Qué culpa tiene él? Mi papá no ha hecho pacto con el Diablo». En la cara arrugada de Nicasio, sólo se veían sus ojitos brillantes.

Y la boca hundida, sin dientes. «Eso no importa. El pacto que hizo don Rodrigo, igual lo protege a él. Por eso el Diablo tiene que aparecersele, para ver si su papá quiere aceptar el pacto». Le pregunté cómo se aceptaba el pacto. Y que si eso era lo mismo que hacer un pacto. «Es casi lo mismo. Claro que uno lo acepta si quiere. Porque de todas maneras el Diablo tiene que seguir protegiendo al hijo del que pactó con él, cuando el trato es largo. Pero el Diablo sabe mucho. Pone trampas para enredar a los hijos de los que hicieron tratos con él. Se las arregla para que el hijo conozca alguna diablura que hizo el finado. Y si el hijo se hace el tonto, entonces el Diablo se le aparece. Y lo agarra».

Yo estaba muy asustado. Apenas podía hablar. «Pero ¿cómo se le aparece? ¿Con cachos y cola?». Nicasio largó un tremendo chillido. Hasta la Ismenia se asomó. «¿Qué le pasa, abuelo?», le preguntó. Nicasio empezó a toser, pero de pura risa. Le hizo un gesto con su mano seca a la Ismenia, para decirle que no le pasaba nada. «El Malo se aparece en cualquier forma. Puede aparecerse con la forma de un niño, de una mujer, de un perro, de un viejo, de una persona conocida... De muchas, pero de remuchas formas. Nadie podría distinguirlo. Sólo cuando viene a llevarse al que hizo el pacto, se aparece como es. Y deja el olor a azufre y una huella.... Yo olí el aire, pensando que olería azufre. Pero sólo había olor a meados y boldo.

«Pero mi papá no lo aceptó», dije yo, cada vez más asustado.

«¿Y cómo lo sabe usted? Es muy chico, todavía. Su papá supo que el esqueleto de La Vieja era de un hombre que mato don Rodrigo. Y se hizo el leso. Ni siquiera quiso que sepultaran esos huesos. Los mandó echar al río. Para que nadie supiera nada. Los muertos tienen que descansar. Porque ese pobre que estuvo en La Vieja sigue vagando por el mundo». La voz de Nicasio se puso muy rara mientras decía estas cosas. No se reía. Seguía con los ojos fijos en mí. Yo tiritaba como si hiciera mucho frío. Ni siquiera me atrevía a mirar a Juan Manuel. Pensé que Nicasio era un viejo malo. Que quería asustarme. Que estaba mintiendo. Pero no me atrevía a decíselo.

Empezó a resollar. Sacó los brazos de la manta y los empezó a mover despacito. Parecían dos ramitas secas. Después metió un brazo debajo del chal, pero el otro siguió moviéndose despacio, de arriba abajo. Parecía una horquetita. «Así se aceptan los pactos. Cuando uno se hace el tonto. Entonces el Diablo sabe que uno quiere venderle su alma. Y le pone una trampa». Pero Nicasio no pudo explicarme qué clase de trampas ponía el Diablo. Dijo solamente que las sabía poner muy bien, y que uno nunca se daba cuenta cuando caía. Excepto cuando uno mismo se las arreglaba para invocar al Diablo. Nicasio apenas podía hablar. Estaba muy cansado. Entonces entró la Ismenia. «Abuelo, está bueno que duerma un poco. Le hace mal hablar tanto». Y Nicasio se quedó callado. Se puso a dormitar. Entonces nosotros salimos de la pieza hedionda. «No le cuente nada a su papá, Rodriguito. Se enojaría mucho...».

Di un tremendo salto cuando oí la voz de Nicasio. En la oscuridad apenas vi el bulto encogido y los ojos brillantes. Salimos al sol. Respiré fuerte. Tomamos los caballos y nos fuimos de Quebrada de Reyes. No lejos, en un bosque de mitrios, nos bajamos a comer el cocaví. Le hice jurar a Juan Manuel que nunca le contaría a nadie de lo que habíamos oído. Pero Juan Manuel estaba tan asustado como yo. Me juró y rejuró que sería una tumba.

Muerta su madre, sus relaciones con el papá se revistieron de un carácter esporádico. A veces Cristián creía notar una cierta hostilidad en él, como si de alguna manera la revelación que le acarrearía la muerte de su mujer le hubiese prevenido contra todos, hasta contra su propio hijo. Cristián trataba de imaginar qué ocurría con su padre en esa época. Hasta la muerte de la mamá, el mundo de su padre fue como una ciudad amurallada en cuyo interior todo se controlaba estrictamente, sin que nada pudiese escapar a su mirada inquisitiva. Él era allí el amo y señor, el que dictaminaba órdenes, señalándole a cada uno lo que debía hacer. Así debió creerlo él, por lo menos. No es que su padre fuese especialmente dominante. Pero todo le fue dado, en la práctica. Heredó una buena fortuna, se casó, tuvo dos hijos —el segundo murió al nacer— y su única obligación durante su vida fue la de administrar sus bienes. Hay personas que, cuando cambian de situación material, se ven obligadas a adaptar su estilo de vida a las nuevas condiciones, e incluso a modificar también la línea de

conducta que se habían trazado. Su padre necesitó solamente establecer algunas normas cuando recién se casó, esforzándose por hacerlas cumplir al pie de la letra durante los primeros años, hasta que todos los integrantes de su mundo familiar se ajustaron más o menos a sus deseos.

Su situación económica jamás experimentó cambios, así es que no conoció los altibajos de otros. En cuanto a la evolución de las costumbres dictadas por los nuevos tiempos, su padre sencillamente las ignoraba. Porque nada ni nadie lo habría hecho desviarse un ápice del camino que previamente se trazara.

Pero esta estabilidad sufrió tropiezos con la aparición de Bela Sandor. El húngaro afectó a su padre por una doble razón: en primer término porque Sandor, presumiblemente un agitador comunista, llegó a poner en peligro la estabilidad de su situación material, es decir, Los Siete Ojos. Al sembrarse la semilla de la disconformidad entre el campesinado, se veía amagada su principal fuente de recursos, la que daba solidez a su mundo.

En segundo lugar (y quizá principalmente), por la sospecha de que aquel extranjero hubiese logrado llamar la atención de su mujer. Y aunque ésta debió jurarle en todos los tonos que sólo conocía al húngaro en forma superficial, la posterior visión del extranjero en el parque de su fundo debió confirmarle al papá la existencia de una oscura relación entre su mujer y Sandor. Por su parte, Cristián se convencía cada día más de que Sandor no estuvo en Villa Cruz cuando su padre creyó verlo. Claro que de hecho el papá había sorprendido en una mentira a su mujer, porque Verónica negó que conocía de antes a Bela Sandor, asegurándole que sólo lo vio de pasada en Villa Cruz, cuando bajó al pueblo a comprar pisco en compañía de María Luisa. Y su padre, a través de don Aurelio, supo que Bela Sandor, su madre y la viuda de Alberto Rodríguez estuvieron departiendo en su almacén como viejos conocidos.

A su vez Cristián conocía en forma incuestionable esta relación, porque vio a las mismas personas juntas en circunstancias aún más sospechosas: en la casa abandonada, vecina a la de los Rodríguez. El solo hecho de que su padre hubiese pillado a su mujer en un traspíe, le daba armas lo suficientemente poderosas como para intimidarla y obligarla a caminar derecho desde ese día en adelante. Porque el papá pertenecía precisamente a ese tipo de personas: mientras tienen todos los hilos en sus manos están tranquilas y seguras de sí mismas. Pero en cuanto notan que uno de esos hilos se les escapa, sienten que su mundo se derrumba. Descubierta la triquiñuela de su mujer, que le permitió recuperar todos los hilos de la trama, volvió a vivir tranquilo, en apariencia al menos. Pero desde ese día notó en su padre un cierto distanciamiento hacia él. Jamás había sido muy comunicativo con Cristián. Pero el hecho de que Cristián hubiese estado presente en el almacén de don Aurelio cuando descubrió la mentira de su mujer, debió revestirlo de las características ingratas que para una persona orgullosa adquiere el testigo de cualquier acto que no lo deje bien parado. Se puso más seco con Cristián. Se limitaba a hablarle en monosílabos, y lo reprendía con especial dureza por cualquier falta que cometiese. Y se endureció aún



más con él desde el día en que creyera ver a Sandor abandonando el parque del fundo.

Cristián tardaría en conocer los motivos de este nuevo cambio. Porque en esa oportunidad su padre debió de tomar una resolución decisiva: matar al húngaro. Desde entonces sus diálogos con Cristián se tornaron más breves todavía. A veces lo llamaba para preguntarle por sus estudios, aunque manteniendo siempre su acostumbrada distancia.

La muerte de la mamá y la revelación de su verdadero mundo fueron demasiado para su padre. Desde el primer momento Cristián comprendió que nunca podría recuperarse. A un mes del funeral de la mamá, cuando su padre regresó a Santiago desde Los Siete Ojos, apenas saludó a Cristián. Durante las comidas evitaba mirarlo de frente. Abordaba sólo temas triviales, quedándose a veces en completo silencio durante largos minutos, de tal manera que Cristián deseaba que la comida terminara cuanto antes para poder marcharse. Estaba delgado, y sus canas cundían casi a ojos vista. La muerte de la mamá le echó por lo menos quince años encima. No recibía a nadie, excepto a su hermana Ema, y a uno que otro pariente cercano. Dejó de acudir a la oficina de la Bolsa, y se lo pasaba horas y horas encerrado en la biblioteca o en su dormitorio.

Transcurrieron así dos meses. Llegaba la época en que debían partir al campo, fecha que Cristián esperaba con verdadero terror, imaginándose a solas con su padre en Los Siete Ojos, porque seguramente ese año no invitaría a nadie. Durante el último tiempo su padre prácticamente lo ignoró. Se iba todos los fines de semana al fundo, y regresaba los lunes o martes, de modo que permanecía en casa apenas tres o cuatro días. La casa marchaba normalmente gracias a Sofía, la cocinera y ama de llaves. Pero la verdad es que fue siempre ella la que manejó el hogar, porque la madre de Cristián poco o nada se metía en los asuntos domésticos, excepto para dar órdenes y disponer las comidas y tés que menudearon durante su vida. Ahora las cosas en la casa se caracterizaban por su monotonía, solamente rota con las regulares visitas de tía Ema, que llegaba a la casa día por medio, con religiosa puntualidad, preocupándose de la marcha del hogar durante las ausencias del papá.

Cristián cursaba sexto año de humanidades. Dedicado a preparar los exámenes de fin de año y el bachillerato, sólo disponía de algún tiempo después de comida, hora en que llamaba por teléfono a alguna amiga o a un compañero de colegio.

Así transcurrieron los meses de fin de año, en medio de un melancólico caminar de los días: su padre cada vez más encerrado en sí mismo y envejeciendo rápidamente, consumiéndose en medio de sus solitarias reflexiones. Día a día estaba menos con él, porque durante el último tiempo tomó la costumbre de comer en cama, para evitar encontrarse con Cristián, presumiblemente. Llegó a pensar que algo en él le repelía, cosa que con el tiempo creyó confirmar: a pesar de su evidente parecido con el bisabuelo, también Cristián guardaba una curiosa semejanza con su madre, y quizá el papá, al verlo, recordaba a la mujer que tantos secretos le ocultase. Si

realmente le traía malos recuerdos, Cristián no lo culpaba: en cierto sentido los últimos días de su padre lo enaltecieron a sus ojos, porque le demostraron al menos su capacidad de sufrimiento, aunque todo no hubiese derivado sino de su enorme orgullo y amor propio.

Como cinco días antes de Navidad, al volver una tarde del colegio, bastante optimista después del examen de matemáticas, en las que nunca brillara, Cristián se encontró con la novedad de que su padre se hallaba en casa. Había avisado que permanecería toda la semana en Los Siete Ojos por unos trabajos urgentes, y recién era miércoles. Fue Sofía la que le dio la noticia.

—Parece que el caballero no se siente bien. Vaya a verlo. Está en el escritorio.

Se sorprendió de encontrar a oscuras la biblioteca, incluso con las cortinas corridas. Su padre, sentado en el escritorio, apenas levantó la cabeza al sentirlo entrar. Lo saludó secamente. Respiraba con cierta angustia. Su extremada palidez y las profundas ojeras le daban muy mal aspecto. Balbuceó, ante su poco amistosa mirada:

—¿Quiere que llame al doctor, papá?

La voz de su padre surgió trabajosamente de su garganta:

—No, gracias. Por favor, déjame descansar un rato.

Clavó los ojos en Cristián con particular ferocidad. Temeroso de recibir alguna acre reconvención, él retrocedió lentamente. El papá no le despegó la vista hasta que traspuso la puerta. Cristián se quedó en el pasillo, en la semioscuridad, donde la luz que se filtraba por las altas ventanas del vestíbulo esparcía una penumbra melancólica.

Súbitamente escuchó un ruido extraño, algo como un ronquido. Luego un golpe y un grito ahogado. Abrió la puerta del escritorio, y vio a su padre desplomándose sobre la cubierta de la mesa, mientras se oprimía el pecho. Se precipitó sobre él. Entonces el papá levantó la cabeza. En su rostro contraído por el dolor ardió una súbita energía.

—¡Verónica, Verónica! —dijo, mirándolo. Luego de una breve pausa, y en medio de una contorsión, con algo como una sonrisa que se abría paso en su cara distorsionada—: ¡Yo...! Yo cometí... —Aferró fuertemente las manos de Cristián, quien gritaba pidiendo ayuda—. No tiene mayor importancia... ahora...— Perdió el conocimiento con un estertor. Sus manos aflojaron la presión.

Él o Sofía —nunca lo supo— llamaron al médico y a la clínica. Pero su padre no recuperó el conocimiento.

Murió al amanecer del día siguiente.

## XI

Nubes blanquecinas cubrían el cielo. Ese domingo, a las siete de la mañana, Cristián partió a Villa Cruz, a la «misa de las viejas». Había preferido el caballo al automóvil para variar un poco. No iba seguido a la iglesia de Villa Cruz, porque al igual que sus padres acudía a las misas de Almagro.

Pero ese día se decidió por el pueblo. A caballo mejora el panorama, y uno se siente más compenetrado con el campo. La tierra, bastante oreada por el viento sur, resuena acompasada bajo los cascos de *Piden*, su alazán. Con la marcha que lleva tardará media hora en alcanzar Villa Cruz, justo a tiempo cuando la misa comienza.

Al bajar hacia el puente, frenó el tranco del alazán y echó una mirada a la quinta de Rodemil. La propiedad acusaba los efectos del largo abandono. Un viejo haragán y su mujer, un ente pequeño, encogido, que mantiene a su marido mediante el lavado de ropa, hacen de cuidadores de la parcela. Todo lo que gana la mujer el vejete lo invierte en vino, que transporta a la quinta en un chuico peligrosamente equilibrado sobre sus hombros. Su mujer, seguramente para destacar alguna cualidad de su ocioso marido, suele decir a sus amistades, entre las que se cuenta la vieja cocinera de Cristián:

—Chano se ha compuesto mucho. Hace tiempo que no va a las cantinas de Villa Cruz. ¡Solamente se cura en la casa!

A este matrimonio ejemplar entregó Rodemil el cuidado de su quinta cuando decidió largarse de la región con rumbo desconocido. De esto hace cinco años, por lo menos. Nadie ha vuelto a saber de él en Villa Cruz, y quienes quisieron comprar la propiedad, se encontraron con la noticia de que el dueño no dejó autorización para negociarla. Los árboles frutales, que Rodemil mantenía convenientemente podados, integran ahora un verdadero bosque sin hojas, y las zarzas y malezas cubren el terreno en pendiente.

Hasta los muros de la vieja casa empiezan a traslaparse bajo los zarzales. Un quiltro flacuchento levanta la cabeza al escuchar los trancos de *Piden*, pero su debilidad aparentemente no le deja ánimos ni para ladrar.

Los cascos del caballo redoblan sobre el piso de tablones del puente. El río, con sus aguas divididas en corrientes por los desniveles del fondo, y cuya arena emerge a veces en la rizada superficie, ha perdido algo del tono chocolatado que tomara con la última crecida. Cristián respira hondamente el aire húmedo.

«La misa de las viejas», la llaman en Los Siete Ojos y en Villa Cruz. En la nave de muros encalados, débilmente alumbrada por los cirios del altar y las estrechas ventanillas, solamente se distinguen mujeres con las cabezas cubiertas por velos negros. Apenas hay dos o tres hombres, que vuelven la cara cuando escuchan el tintinear de las espuelas de Cristián. Lo saludan en medio del penumbroso ambiente.

La voz del sacerdote se escucha como un murmullo que proviniese desde una gran distancia. Luego, el campanileo anunciando la consagración, y después una vieja voz de mujer, extremadamente débil, entona el «Alabado sea el Augusto», coreado enseguida por las demás mujeres.

Cuando se aleja del templo, Cristián se desvía inconscientemente de la calle central en la esquina donde se encuentra la paquetería de los Manzur, familia árabe radicada en Villa Cruz desde hace años. Ocupan una gran casa con un largo corredor orientado a la calle. Don Salomón Manzur murió diez años atrás, y el negocio lo heredó su esposa Zoraida, con sus tres hijos, todos de pelo motudo y narices anchas. De ellos, el mayor, Fuad, hace fletes en dos camiones de su propiedad entre Villa Cruz, Almagro y Santiago. Matías, el menor, cuya facha maciza recuerda al típico árabe emprendedor, se fue a Santiago siendo niño a trabajar con un tío; en la actualidad es propietario de una floreciente industria de hilados. Suele venir al pueblo en los veranos en un Impala interminable. Recorre las escasas calles sin pavimento haciendo sonar una bocina polifónica, levantando nubes de polvo que arrancan maldiciones del vecindario. En uno de sus viajes sedujo a las dos hijas del carnicero del pueblo, el cual juró matarlo en cuanto lo viera aparecer. Pero el padre deshonrado, cuyas hijas jamás volvieron a Villa Cruz —se dice que Matías las asiló en un prostíbulo de su propiedad—, no pudo cumplir su venganza: bebedor empedernido, acentuado su vicio con la soledad, vivía prácticamente a medio filo, recorriendo durante las noches las calles del pueblo, ocasiones en las que desafiaba a gritos al burlador de sus hijas, por entonces en Santiago. Una noche cayó al borde de una cuneta y vencido por el alcohol, se quedó con la cabeza sumergida en el agua hasta el día siguiente, en medio de una lluvia torrencial.

Hay otras familias árabes en el pueblo, también con tiendas y almacenes. Éstas, como los Manzur, se dejaban caer todos los años en el fundo, al echar la viña sus primeros brotes. Pedían permiso para recolectar tiernas hojas de parra, con las cuales confeccionaban unos bocadillos de arroz, que a veces enviaban de regalo a la mamá de Cristián en grandes cantidades.

Entre los prejuicios cultivados por su padre, ocupaba un lugar señalado su desprecio por los árabes. Los «africanos», les decía, y los consideraba definitivamente los representantes de una raza inferior, que incluso hedía mal. Reservado por naturaleza, rompía su tendencia al mutismo cuando le tocaban el lema.

Sin el mismo apasionamiento, la madre de Cristián secundaba a su marido en el antiafricanismo. Su padre los creía inmorales, ladrones, cochinos y estafadores. Cuando alguien destacaba la capacidad de trabajo de los árabes, él, echando a reír, decía con un tono amargo:

—Es muy fácil trabajar así, cuando se trata de engatusar al prójimo de cualquier manera. Los turcos duermen con el Código Penal en el velador, y lo único que les preguntan a sus abogados cuando quieren hacer un nuevo negocio, es si los meterán en la cárcel en el caso que les falle. Todos los que se han metido en negocios con los

«africanos», terminan a balazos con ellos.

Hervía de rabia cuando alguien afirmaba que los árabes terminarían por imponerse.

—¡Jamás! Qué se van a imponer esos ladrones. Si hasta el pueblo los mira en menos. Vieran el desprecio con que los rotitos se expresan de los turcos. ¡Los tratan peor que yo a los inquilinos que me hacen alguna jugarreta!

Una vez le despacharon a Efraín, el chofer, dos pavos desde Villa Cruz por intermedio del camión de los Manzur. Efraín fue a recoger las aves a la casa de unos primos de aquéllos, en Portugal adentro. Lo hicieron pasar a una casa antigua, modestamente amoblada. En una pieza cercana dos mujeres empaquetaban ropa blanca. Luego un muchacho condujo a Efraín hasta el patio de la casa, y le hizo cruzar una bodega atestada de mercaderías. De allí pasaron a un amplio galpón, donde una decena de operarias trabajaba en otras tantas máquinas hiladoras. Llegaron a otro patio y por último a una bodega oscura, llena de trastos viejos, donde se albergaba el camión. Allí estaban los pavos. No lo hicieron volver por el mismo camino —la casa tenía salida a dos calles—, porque un árabe joven se enfureció cuando supo que Efraín había atravesado la hilandería. El chofer tuvo que rodear la manzana para regresar al lugar donde estacionara el coche.

—¡Es el mejor ejemplo de cómo trabajan los «africanos»! —terminaba triunfalmente el padre de Cristián, al relatar la anécdota—. Empiezan con industrias clandestinas, como la de los primos de los Manzur. Así no pagan impuestos y explotan a sus operarios como se les antoja. Si los pillan recurren a la coima. Es fácil hacerse rico así, ¿verdad?

La calle seguida por Cristián desemboca en otra llena de baches, que separa al pueblo de las propiedades vecinas a Villa Cruz. Por allí volverá a entroncar con el camino que conduce al fundo. Las casas de este arrabal son las más miserables del pueblo. Muros bajos, desconchados; techumbres torcidas con tejas rotas y bastante ralas. Puertas desquiciadas, con umbrales dispares, y ventanas perpetuamente cerradas. Un hombre de rostro trasnochado, afirmado en la muralla, junto a la puerta de una casa, le echa una mirada bovina. De pronto, tras las tejas, se divisan las ramas secas de algún durazno o higuera.

Delante del caballo de Cristián atraviesa un cerdo nuevo que corre en medio de estridentes berridos. Salió disparado de una casucha oscura, con dos gallinas que dejan plumas revoloteantes. Una voz desgastada por los años y el alcohol lo llama por su nombre. Surge de la magra construcción. Por el umbral torcido, aún azuzando al chanco y las gallinas, que de seguro lo despertaron, emerge un hombre de aspecto macilento, edad indefinida y pelo revuelto. La barba ennegrece su rostro cetrino, donde los ojos hundidos brillan afiebrados. Se identifica, porque Cristián no lo reconoce: es Lucindo, el zapatero remendón, que vive en una perpetua embriaguez, desde que fuera puesto en libertad al cabo de una breve prisión por el asesinato y violación de la muchacha idiota de El Peral, veinte años atrás. Cristián se siente

tentado de ignorarlo y seguir viaje. Pero se detiene al verlo tropezar y rodar por la tierra húmeda. Se levanta con una risilla. Mira resollando a Cristián. Es evidente que ya ha bebido su primera dosis de chicha.

—Patroncito, pensar que lo conocí de niño a usted. ¡Por Dios que se parece a su abuelo! Cada día se le parece más. —Se restriega las narices amoratadas con el puño de su inmunda camisa.

—¿Qué quieres? —le pregunta secamente.

—No sea tan seco conmigo, patrón. —Una sonrisa se vislumbra en el rostro oscuro de barba. Su frente estrecha se encoge con tres hondas arrugas paralelas. Los ojos, debajo de las cejas espesas, brillan con un irritante destello burlesco—. ¡Supiera todas las cosas que yo sé de Los Siete Ojos! Su papá me apreciaba mucho, patrón. Tenía mucha confianza en mí. Algún día le contaré todo lo que sé....

Cristián hace un gesto de indiferencia y espolea el caballo. El tono de las últimas palabras de Lucindo le provoca un secreto malestar. Cuando ocurrió el asesinato en El Peral se dijo que su padre había intervenido en favor del asesino, y que gracias a sus oficios el castigo de Lucindo fue tan benévolo, cosa que le fuera confirmada años atrás.

—¡Algún día se lo contaré todo, patrón! —grita a sus espaldas la voz gastada—. Nunca le he dicho nada a nadie, porque así se lo juré a su padre, que en paz descanse. ¡Solamente a usted se lo contaré todo antes de morirme!

Cristián hace girar el caballo y avanza sobre Lucindo. El hombre que, metros más allá, se afirmaba en la pared, ha vuelto a entrar en su casa. Por la callejuela sólo se divisan algunas gallinas. La luz gris quita el relieve al panorama.

—¡No quiero saber nada de ti! ¿Entiendes? —Cristián levanta el rebenque con un gesto amenazador. Lucindo se protege el rostro con las manos, y retrocede aterrorizado—. Y la próxima vez que te atrevas a llamarme cuando pase por aquí, te voy a moler a rebencazos.

—¡No quise ofenderlo, patroncito! Discúlpeme. —El despojo humano sigue retrocediendo. Tropieza con el umbral de la puerta de su cabaña y cae de espaldas. Lo último que se ven son sus ojotas cuando desaparecen en el interior del cuchitril.

Cristián espolea el caballo y se aleja de allí, escuchando todavía el eco de las palabras de Lucindo. Siempre sospechó que en una época de la vida de su padre se produjo una extraña e inexplicable relación entre él y esa carroña humana. Y no fue cuando intervino en su favor ante el juez de Villa Cruz, porque en esa ocasión actuó por intermedio de Rodemil.

Trata de calmar el torbellino de ideas que agita su mente.

## XII

Una mañana en que Cristián iba por su caballo para dar un paseo matinal, se encontró con Juan Manuel que venía en su búsqueda con una expresión misteriosa en su rostro oscuro.

—Rodemil partió para la cordillera de madrugada con el gringo. Van los dos solos. Mi viejo, que venía de El Peral, se los topó en el camino. Deben haber ido a los Siete Ojos del Diablo, porque Rodemil siempre va para allá por su pacto. Quizá quiere que el gringo también haga pacto con el Diablo.

—¿El gringo está aquí? ¿Cuándo volvió?

—Ayer por la tarde. Antonio, que venía en el camión con el Ñico, lo vio que iba entrando en la quinta de Rodemil.

De inmediato Cristián le propone seguir a Rodemil y el enigmático gringo. Temo, el encargado de la caballeriza, mueve la cabeza tolerante al verlos tan misteriosos sobre el destino de su viaje. Aprovechando que la mamá aún no se levanta, y que el papá partió temprano por un negocio —es probable que vuelva al día siguiente, porque fue a caballo y no en automóvil—. Cristián se aperó con un pollo, pan, harina tostada y manzanas. Es un buen día para intentar la larga expedición a las fuentes del Diablo. Se requieren ocho horas para el viaje de ida y vuelta. Con suerte estarían de regreso a las seis de la tarde, o tal vez a las siete. A Cristián no le preocupa mucho un atraso, porque la mamá no hace cuestión por estas cosas. De ahí que prefiera enfrentarse con ella y no con el papá. Además su padre anda raro por esos días. Algo le preocupa. Y el regreso del gringo no va a constituir una buena noticia para él. La presencia de ese personaje por las cercanías de su hacienda le descompone el genio. Más aún desde que creyera verlo salir sigilosamente del parque de su casa. Pero como en los días que siguieron a su padre le fue imposible demostrar la presencia de Sandor en casa de Rodemil, o en los alrededores de Villa Cruz, algo se calmó. También la llegada de las visitas contribuyó a que se desentendiera un tanto del problema. Pero su genio volvió a descomponerse cuando supo que el húngaro, a fines de febrero, había llegado a buscar a Ilona.

Bela Sandor se quedó solamente tres días donde Rodemil. Pero a la semana siguiente volvió a vérselo por Villa Cruz. Ya las visitas se habían marchado. Aunque Sandor partió de nuevo, al cabo de unos diez días de hospedarse donde Rodemil, durante ese lapso su padre se mantuvo hosco.

Se alejaba seguido hacia el campo, y permanecía fuera de casa a veces el día entero. No cambió su carácter al enterarse de la marcha del húngaro.

Juan Manuel, que todo lo averigua, le contó que Rafael, un peón de la hacienda, había visto a su padre conversando con Rodemil, no lejos de la quinta de éste, a la oración. Aquello le pareció muy raro, porque su padre nunca ocultó su desprecio por

el granjero. Posiblemente se encontraron allí por casualidad, porque el papá de Cristián andaba a caballo y Rodemil a pie. ¿Qué podría conversar su padre con el aparcerero? Cristián no dejó de extrañarse, y aún de preocuparse.

No le cupo duda de que esa conversación se debía a Bela Sandor, por ahora ausente de la zona. El hecho es que su padre cambió de actitud en lo sucesivo: su mal humor se convirtió en un hermetismo extremo. Contestaba con monosílabos, dando señales de hallarse sometido a una gran tensión. Se mordisqueaba las uñas constantemente. Su madre lo observaba en silencio, sin disimular una cierta inquietud.

El papá partió ese día sumamente temprano a visitar un fundo maderero que le ofrecían al sur de Los Siete Ojos, con el cual deslinda. Su padre deseaba comprarlo para veranada. Se le veía más tranquilo. Permanecerá ausente un día entero, reuniéndose con los vendedores en Manzanar, pueblo situado a unos veinte kilómetros al sur. Desde allí se internarían en la cordillera.

Pronto arriban a la primera puntilla de la montaña. Es un claro día de sol. Las espesuras relucen por ambos lados del camino, y las mariposas volotean espasmódicas. Los cascos de las cabalgaduras generan nubéculas de polvo. El sol comienza a picar, pero los bosques que bordean el camino les brindan su sombra. La huella despide un fulgor hipnótico en la quietud de la mañana.

Piensa de pronto en el porqué de su brusca decisión de partir a la zaga de Rodemil. Juan Manuel cabalga en silencio detrás suyo, porque la angosta ruta no les permite marchar lado a lado. ¿Por qué le hizo caso a Juan Manuel? Porque también le inquieta la presencia de Sandor. Desde el día en que lo vio en el parque de la casa abandonada tuvo la sensación de que se encontraba ante un ser de otro mundo, prácticamente. Además era el padre de Ilona.

Cruzan el filo de la montaña, coronado por bosques de coigües. A lo lejos se distingue ahora la nueva faz de los Andes: laderas rojizas, apenas cubiertas por algún matorral. Y más allá cerros azulinos, con sus crestas nevadas. El trunco cono de un gigantesco volcán se alcanza a divisar hacia el sur.

Rebasan otra estribación y se encuentran resbalando por una empinada ladera. Es la Cuesta de los Lunes o del Lunes, como la bautizaba primitivamente su bisabuelo. Ahora la brisa cordillerana trae trozos del incesante mugido de los siete saltos del Toqui. Es un murmullo bronco, sonoro, que se aleja y aproxima a intervalos caprichosos. Deben bajarse de sus caballos, porque los animales son incapaces de sostenerse en la abrupta pendiente. Los conducen por las bridas, describiendo zigzag, y así alcanzan la hondonada, remate de la cuesta. Desde allí, a través de los árboles, se percibe el veloz cauce del Toqui que salta entre las rocas ribereñas. Se detienen entre el bosque a tomar jugo de huesillos y a comer una presa de pollo.

Vuelven a ponerse en marcha. Pero ahora por un camino algo más parejo. Muy cerca una garza emprende vuelo, hendiendo el aire tibio. Se hallan cerca de la frontera. El rugir de las cataratas llena prácticamente todos los ámbitos. Deben



conversar a gritos casi.

Si Rodemil sólo vino a visitar a su «amigo», como lo llaman en el pueblo, no debe encontrarse lejos. Toman algunas precauciones para no toparse de manos a boca con el gringo y su atezado compañero. Llegan a la ladera final, en cuyo lado opuesto se abre el precipicio donde las siete cascadas relucen con borbollones de agua arremolinada. El ruido ahora es intolerable.

A la derecha, en una quebrada de fondo ancho, cubierta de bosquecillos de robles, a unos doscientos metros, se distinguen dos cabalgaduras atadas a un arbusto. Cristián detiene su caballo, y le hace un gesto a Juan Manuel para que lo imite. Desmontan, y continúan aproximándose a pie, parapetados tras un seto de espinosos «pichingales». Más allá de los caballos se divisa la humareda de una fogata, en torno a la cual se perfilan las figuras del gringo y Rodemil. Bela Sandor, semitendido en el suelo, fuma un cigarrillo, y Rodemil, sentado en la ladera, observa los contornos masticando una hierba seca, actividad corriente en él.

Al parecer, Juan Manuel tenía razón: el destino de ambos hombres era los Siete Ojos del Diablo. De otro modo no se habrían detenido allí tanto tiempo. Era evidente además que aguardaban algo. Pero Cristián y Juan Manuel debían ponerse en camino antes de media hora si deseaban volver con luz de día a la casa. Antes de partir echaron un último vistazo a los hombres. No estaban junto a la fogata, pero los dos corceles seguían en su sitio. Juan Manuel señaló entonces el reborde de la ladera. Allí, junto a dos pinos raquíticos, se destacaban las figuras empequeñecidas del gringo, con su pelo rubio reluciendo intensamente al sol, y la esmirriada de Rodemil, que a esa distancia parecía perfectamente negra. Contemplaban los saltos del Toqui, hablándose a voz en cuello, a juzgar por sus gestos y por algunas voces que alcanzaban a escuchar por encima del profundo ronquido de las cataratas.

Como a las cuatro de la tarde, luego de rebasar el filo boscoso, comenzaron a bajar hacia el valle central. Cristián escuchó de pronto, aproximándose a su encuentro, el rumor de varias voces de hombres.

Automáticamente detuvieron sus caballos. De nuevo las voces. Desviándose del camino, fueron a cobijarse en un bosque de robles. Desmontaron en un calvero terroso. Le pidió a Juan Manuel que se quedase cuidando los animales, y volvió a la huella cordillerana para catear. Trepó a un montículo coronado de maquis. Entreabriendo las ramas descubrió que una parte del camino quedaba bajo su vista. Una brisa, impregnada con olor a hierbas, le refrescó la cara. Su padre marchaba adelante, y fue al único que pudo reconocer de la partida de tres hombres que cruzó a cosa de cuarenta metros de su escondite. En esa parte del camino los jinetes le daban las espaldas.

Los otros dos parecían de modesto origen. En ningún caso se trataba de propietarios de fundos madereros, como el que su padre dijo que ese día visitaría. Se dirigían hacia el interior, siguiendo el camino que debía conducirlos ineludiblemente al sitio donde Rodemil y el gringo esperaban.

Estarían allá a eso de las siete de la tarde, ya avanzado el crepúsculo, cuando con Juan Manuel fuesen llegando a la casa. Regresó lentamente donde su amigo, con los ojos redondos, meaba en unos arbustos. Le explicó que eran desconocidos, tal vez arrieros que iban a Argentina.

¿Dónde se dirigía su padre? ¿A juntarse con Rodemil y el húngaro? ¿Para qué? Volvía a su mente la historia de la entrevista secreta sostenida por su padre con Rodemil. Todo parecía encuadrarse dentro de un plan bien trazado. El papá odiaba a Bela Sandor. ¿Para qué entonces iba a encontrarse con él en un lugar tan solitario? Tentado estuvo por contarle la historia a su madre. Pero Cristián solía hacer caso a sus presentimientos. Decidió callar.

## XIII

Mi papá me agarró de un brazo y me dijo: «Quiero hablar contigo». Y me llevó a la biblioteca. Yo venía llegando del colegio. Ni siquiera había tomado once. Pero me dio miedo la manera cómo me miraba el papá. Está muy raro desde que volvimos del campo. Mejor dicho, desde que lo vi metiéndose en la cordillera con otros dos tipos. Desde entonces mi papá cambió. También mi mamá se dio cuenta. Una vez oí que le decía: «¿Qué te pasa, Rodrigo? Te noto preocupado». Mi papá hizo un gesto, pero no contestó nada.

Cerró la puerta de la biblioteca, y me dijo: «He sabido que te juntabas con la hija de ese judío, ese tal Sandor. ¡No me mientas...!». Me corté entero y no supe qué decirle. Me puse rojo, creo, porque me ardía la cara como si la tuviese quemada. «Si vuelvo a saber que te juntas con esa judía de nuevo, te juro que te azoto hasta que se me canse el brazo, ¿entendiste?». No sabía qué contestarle. Creo que le dije: «Sí, papá. Además, yo no sé dónde vive en Santiago...».

Como que se tranquilizó un poco. Estaba de pie, al lado mío, con la vista fija en los estantes de libros. «¿Y también conociste al judío Sandor?». Me echó una mirada de reojo. «No, papá. Él llegó a fines de febrero, cuando el tío Daniel se había ido...». De nuevo puso cara de furia: «¡Mentiroso! ¡Debería azotarte ahora mismo! Ese judío estuvo todo el verano en casa de Rodemil. ¡A mí no me vienes a mentir!». Me gritaba casi. Yo retrocedí, muy asustado. Ya veía a mi papá que se sacaba el cinturón para pegarme.

Avanzó hacia mí. Yo tropecé con un sillón, y no pude seguir retrocediendo. «Pero, papá... ¡Le juro por Dios que no miento! Pregúntele a Rodemil, si quiere...». Porque se me ocurrió que solamente Rodemil podía haberle contado lo de mi amistad con Ilona. «El papá de la Ilona llegó a fines de febrero... ¡Se lo juro!». Mi papá me agarró por los hombros y me remeció. Nunca lo había visto tan enojado. «¡No es cierto! Estuvo ahí todo el verano. ¡Llegó con su hija! A mí no vienes a mentirme...». Mi papá hablaba con una voz ahogada, quizá para que no lo oyeran de afuera. Aunque mi mamá no estaba en la casa ese día. Le tocaba canasta donde la tía Mercedes. «Pero si es que no estaba, papá. Pregúntele a Jesús... ¡Eso es! Pregúntele a Jesús, el que nos poda el parque...». Cuando me acordé de Jesús me calmé un poco. «Jesús sabe, papá. La Ilona llegó sola, porque el papá andaba por el norte. Jesús y Rodemil se lo pueden decir».

Mi papá seguía apretándome los hombros hasta darme dolor. Pero ahora yo estaba tranquilo, Y el papá parece que empezó a creerme. Me hizo repetir varias veces lo que le había dicho. Entonces se puso muy pálido. Porque se dio cuenta que yo no le mentía. Me soltó. Siguió poniéndose pálido, y vi que algunas gotas de sudor le corrían por las sienes. Tuve miedo que le diera un ataque. Volvía a preguntarme. Y

yo, ahora tranquilo, le juraba y rejuraba que le decía la verdad. Que podía preguntarle a Jesús y a Rodemil. Que me azotara todo lo que quisiera si le mentía. «Quizá no lo viste porque estaba escondido en la casa de Rodemil. O en el pueblo».

Entonces le dije que la Ilona no tenía para qué mentirme. Y menos Rodemil, porque le tenía miedo a Sandor. Yo sabía otras cosas, pero no se las podía contar al papá. No le podía decir que Rodemil se metía en la pieza de la Ilona, como me contó Jesús. Y eso pasó porque Sandor seguía en el norte. Yo estaba completamente seguro de eso. Y mi papá se dio cuenta que yo no le mentía. Se fue a sentar en su escritorio, sin mirarme. Estaba muy pálido, casi verde. «¿Se siente bien, papá?». Sólo entonces me miró. Se veía muy cansado. «No te preocupes. Anda a hacer tus tareas». Me fui al tiro, porque tenía miedo de que volviera a enojarse conmigo.

No lo vi en toda la tarde. A la hora de comida estuvo callado. No me miró. Mi mamá trataba de conversarle, de contarle lo que había pasado durante la canasta. También mi mamá se veía preocupada por el aspecto del papá.

Pero mi papá le contestaba apenas. Ni se reía cuando la mamá le contaba cosas que encontraba graciosas. «¿Te sientes mal, Rodrigo?», le preguntó la mamá. «No. No te preocupes. Me duele la cabeza un poco, no más. He dormido mal estas últimas noches». Fue todo lo que dijo. Durante el resto de la comida se quedó callado. Mi mamá tampoco habló mucho. Me preguntó dos o tres cosas, y después también se quedó sin decir nada, mirándose las uñas y suspirando de vez en cuando. Miraba a mi papá. Pero él siguió toda la comida con la vista fija en el plato.

Me costó mucho quedarme dormido. Me acordaba de Ilona y de su papá. Yo sabía por qué mi papá se preocupó cuando le dije que Bela Sandor había llegado a fines de febrero a la casa de Rodemil. Porque fue en enero cuando creyó ver a Sandor saliendo del parque. Cada vez estoy más seguro de que vio una visión. Yo no sé qué averiguaciones habrá hecho mi papá. Tal vez le preguntó a Rodemil. Pero no creo. Habría tenido que explicarle que había visto a Sandor saliendo de su casa. Y entonces Rodemil no le habría dicho nunca la verdad. Y mi papá sabía que no se la habría dicho. Se habría quedado con la duda. Además, Nicasio me dijo que el Diablo se aparece con la forma de cualquiera persona para engañar a la gente.

¿Por qué mi papá habrá ido a la cordillera, para el mismo lugar donde estaba el gringo con Rodemil? Y lo vieron conversando con Rodemil días antes...

La voz se oía distante al otro extremo de la línea:

—Usted habla con Horacio Farías, que fue director de la escuela de Villa Cruz.

Entonces Cristián recuerda el hombre de pelo canoso, apacible rostro sonrosado y regular estatura, siempre presto a sonreír. En el vestíbulo, bajo la cálida luz del mediodía —por la calle cruza una bocina impaciente, que se desvanece en una rápida perspectiva—, desfilaron por su mente Violeta (la mujer del que lo llamaba), Bela Sandor, y las implicancias de ese nombre en su vida.

—Sí, sí. Claro que lo recuerdo. ¿En qué puedo servirlo?

—Necesito conversar con usted, para pedirle un gran favor. ¿Cuándo podría recibirme, señor?

Cristián lo citó para esa misma tarde. Volvió luego al salón, reflexionando en que quizá el ex director aportase nuevas luces sobre varios puntos oscuros en el destino final del húngaro. Farías llegó a las tres de la tarde, cuando Cristián comenzaba a impacientarse. De no saber que se trataba del mismo señor que años antes ocupara el honorífico cargo de Director de la Escuela Pública de Villa Cruz, y el no tan honorífico de marido de Violeta Arriagada, Cristián jamás lo habría reconocido. Lo recordaba como un hombre siempre cuidadosamente peinado y vestido con decencia. El que ahora lo saludaba en el salón de su casa era un señor de escaso pelo blanco, con grandes bolsas bajo los ojos glaucos, rostro encendido e hinchado, respiración acezante y ropa descuidada. Además hedía a alcohol, y se notaba que no se había cambiado de camisa en los últimos días. Lo saludó con cierta zalamería, impresionado por la casa, explicándole nervioso que aún no podía acostumbrarse a la complicada movilización santiaguina.

Quería trabajar. Quizá Cristián lo pudiese ayudar con sus parientes y relaciones a conseguirse un puesto, porque su jubilación no le daba para vivir. Como jubilado no requería imposiciones, pudiendo ser útil en asuntos administrativos. Notando la vacilación de Cristián, que pensaba en la manera de ayudar al hombrecillo, el ex profesor comenzó a lamentarse sobre su vida mísera, sobre todas las vicisitudes que le ocurrieran desde su viudez. Sólo entonces Cristián se enteró de que Horacio Farías había sido casado dos veces. Enviudó de su primera mujer veinte años antes, quedándole de ella tres hijos. La muerte de su mujer sólo le acarreó desgracias a la larga: no pudo dedicarse a sus hijos como lo habría deseado, porque necesitaba trabajar, y así fue como ninguno terminó sus estudios. Hasta la fecha debía ayudarlos con dinero, excepto a su hija, casada con un funcionario de ferrocarriles.

Sí, fue un error su matrimonio con Violeta. Sin duda que esto lo admitió ante la certidumbre de que Cristián no ignoraba los puntos calzados por su segunda mujer. Pero no había podido soportar la soledad de su viudez. Por esa época se hallaba en Santiago, haciendo un curso de perfeccionamiento. Conoció a Violeta en la casa de un colega. Imposible no impresionarse ante una mujer así, confesó, especialmente para un hombre que había vivido siempre en provincia, dedicado exclusivamente a su trabajo y familia. Violeta era la amiga de un diputado, que también frecuentaba la casa de su colega. O sea, supo desde el primer momento con quién tenía que vérselas. Pero por entonces el parlamentario comenzaba a hastiarse de su amante, y ésta, tal vez decidida a sentar cabeza, comenzó a mostrarse simpática con Farías. De allí nació la vinculación de Horacio Farías con el partido. Su colega, antiguo comunista, prestaba su casa para las reuniones secretas efectuadas durante la vigencia de la Ley de Defensa de la Democracia. Esta situación de sigilo, de conversaciones en clave, de reuniones a hurtadillas, revistieron sus relaciones con Violeta de un nuevo encanto. El

diputado —que no era comunista, sino «compañero de ruta»— realizaba constantes viajes a Buenos Aires por negocios de ganado. Muchas veces lo acompañó Violeta. En una de estas ocasiones la mujer trabó relación con Bela Sandor, cosa que Cristián ignoraba. Y tampoco Ilona, al parecer, conoció el origen de la amistad de su padre con Violeta. La mujer consiguió convencer a varios influyentes miembros del partido de que Bela Sandor era un agitador fugitivo, que necesitaba refugiarse en Chile.

Pero la verdad —según Farías— era distinta. Seguramente Bela Sandor tuvo alguna vez vinculaciones con el comunismo. Quizá hasta fue miembro del partido en el pasado. Pero en la actualidad sus problemas con la justicia argentina no derivaban de la política, sino de sus propios compatriotas.

Aparentemente, Sandor había estafado a un judío que lo acogiera en Buenos Aires, donde llegó procedente de Europa sin un centavo ni antecedentes. De inmediato fue puesto en la lista negra. Como el connacional de Sandor trabajaba en exportación de ganado y carne, siendo uno de los asociados del parlamentario amigo de Violeta en Argentina, fue en la oficina de aquél, cuando aún el húngaro trabajaba allí, donde Violeta trabó amistad con él. No ignoraba ahora Horacio Farías que desde el primer momento se convirtieron en amantes. Y seguramente fue éste uno de los motivos que tuvo el diputado para apresurar su ruptura con Violeta. Pero en esa época Farías creía las emocionadas historias de Violeta sobre ese pobre emigrante europeo, activo agitador comunista, que ahora debía huir injustamente perseguido por capitalistas argentinos. Violeta quedó vacante, y de inmediato dio comienzo a su romance con Horacio Farías. Así volvió a captarse las simpatías de la gente que acudía a casa del amigo de Farías, porque a raíz de su rompimiento con el diputado, comenzaron a mostrarse fríos con ella. Violeta siguió moviéndose y conversando con todos los miembros del partido que llegaban allí para conseguir que se preocuparan por Sandor, en una época en que los comunistas, objetos de una tenaz persecución, apenas tenían tiempo y medios para protegerse a sí mismos.

Solamente cuando estuvo casada con Horacio, y en vísperas de partir a Villa Cruz, logró interesar a un alto funcionario simpatizante del comunismo para que ayudase a Bela Sandor a ingresar en el país, cosa que ocurrió a comienzos del gobierno del general Ibáñez. Y apenas un mes después de casada, Violeta comenzó a jugársela con el húngaro. Era tarde para echar pie atrás, y careciendo de la suficiente energía para separarse de ella, debió aceptar mansamente que la otra llevase la vida que se le antojara.

Bela Sandor empezó a frecuentar la casa de Farías en Villa Cruz, porque durante sus primeros tiempos en Chile no encontraba trabajo, y por otra parte, debía permanecer oculto. Por último, Sandor obtuvo un puesto en una industria santiaguina, y empezó a verlo sólo de tarde en tarde. Violeta a su turno ya estaba enredada con Matías Manzur, con quien terminaría huyendo a Santiago, dos años después.

Vino entonces la separación definitiva de Horacio Farías de su segunda mujer. ¿Y Bela Sandor? Lo último que el ex director supo de él, fue que había desaparecido del

mapa sin dejar rastros. También atribuía el eclipsamiento del húngaro a los buenos oficios de Rodemil, que al parecer lo ayudó a pasar a la Argentina. Pero la vida liviana de Violeta proseguía.

—Ahora está de cabrona, señor. ¡Imagínese en lo que terminó! El turco Manzur tiene plata metida en varios prostíbulos, y Violeta se los regenta. ¿Qué me dice usted? —Y a pesar de que Cristián conocía una parte de esta historia por Efraín, su chofer, nada dijo—. No podía terminar de otra manera. ¡De buena me libré!

Estuvo mirando al hombre de pelo canoso y mejillas bermejas, surcadas por una red de moradas venitas que, luego de sus últimas palabras, se quedó callado, contemplando melancólico el fondo del vaso de whisky que Cristián le sirviera. Eran como las cuatro de la tarde. La historia de Horacio Farías algo le aclaraba la vida azarosa de Bela Sandor, pero seguían en el misterio su desaparecimiento y la nebulosa amistad que creía vislumbrar entre el húngaro y su madre, relación que al recordarla le provocaba un estremecimiento. Y tampoco podía olvidar todos los sinsabores que el extranjero le acarrearía a su padre.

Le prometió al viejo profesor hacer todo lo posible por ayudarlo. Farías se lo agradeció con auténticas lágrimas, tal vez nacidas de una legítima emoción, o de la dosis de alcohol ingerido durante esa jornada.

—Su familia se portó siempre tan bien conmigo, señor... No sabe todo lo que le debo a su señora madre, que en paz descanse. Gracias a ella pude seguir de profesor, cuando querían echarme por comunista. ¡A pesar de que yo nunca estuve en el partido...!

—¿Mi madre lo ayudó a usted? ¿Cuándo?

—¿Usted no lo sabía? —Farías lo miró con sus ojos mortecinos—. Bueno, usted era muy niño entonces. ¡No tiene por qué saberlo!

Estando Horacio Farías a punto de ser exonerado de su cargo, Violeta, siguiendo una súbita inspiración, abordó una vez a Verónica en Villa Cruz, y le rogó que intercediera por su marido. La mamá de Cristián, que en esa ocasión andaba sola —si hubiese estado con don Rodrigo, Violeta nunca se hubiera atrevido a hablarle, según Farías—, escuchó amablemente a la mujer del profesor, de la cual se contaban atrocidades. Su madre, siguiendo una de sus espontáneas reacciones, decidió ayudar a los Farías, y los recomendó a María Luisa, cuyo marido era primo del Ministro de Educación de esa época. Las gestiones en el Ministerio las efectuó Violeta directamente, porque Horacio debió quedarse en Villa Cruz aquejado de una pulmonía.

—¿Usted sabe si María Luisa de Rodríguez conoció a Bela Sandor en ese tiempo? —A Cristián le costó formular la pregunta, pero no pudo reprimirse.

—Bueno, este... sí —Horacio Farías se cortó. Tragó saliva, dando muestras de sentirse incómodo, como si se hubiese metido en un berenjenal del que no hallaba cómo salir. Pero recuperó un tanto la tranquilidad cuando Cristián, calmoso, insistió en su pregunta—. Le ruego que no piense mal, señor. Una vez en que mi mujer fue a

juntarse con la señora María Luisa en el Ministerio de Educación, andaba con Bela Sandor. ¡Porque vez que iba a Santiago me ponía el gorro con ese maldito húngaro! Esa vez la señora María Luisa estaba con su mamá, que en paz descansa. Parece que Sandor se entusiasmó con la señora María Luisa. ¡Eso me dijo la Violeta a mí! No sé si será cierto —el hombre hablaba en un tono de disculpa—, pero mi mujer se quedó muy enojada con la señora María Luisa...

—¿Por qué? Hable con confianza. Conozco muy bien a María Luisa.

—Según la Violeta, el húngaro se enredó con la señora María Luisa. ¡Claro que ésa no se la creo! Se picó porque Sandor estaba empezando a aburrirse de ella. ¡Hablar así de esa señora, con todo lo bien que se portó con nosotros!

María Luisa fue amiga de Sandor, entonces; con toda seguridad su amante. Cristián no podía olvidar la escena en la casa abandonada. Y su madre también tuvo que conocer las verdaderas relaciones entre su amiga y el húngaro. Pero de poco le servía a Cristián saber ahora todo esto. Y de haber conocido la historia cuando su madre vivía, tampoco hubiera podido plantearle su descubrimiento al papá, quien alentó morbosos celos al enterarse de que su esposa conocía a Bela Sandor. En esa época su padre ignoraba el secreto amor entre su mujer y Álvaro Pinto. El solo hecho entonces de que el papá hubiese sabido que una amiga de la casa tenía por amante a Sandor, y de que ese amorío contase con el complaciente conocimiento de Verónica, hubiera sido suficiente para desencadenar una catástrofe.

Ahora, ¿por qué la reunión en la casa abandonada? Cristián lo sabría tiempo después por intermedio de Ilona: María Luisa hizo habilitar una alcoba para su amigo, tanto para reunirse con él sin riesgos, como para que éste tuviese donde alojarse durante los largos períodos en los cuales Sandor andaba sin un centavo. Fue una buena época para el húngaro, porque hasta de automóvil disponía. ¿Cómo su madre pudo aceptar reunirse con María Luisa y Sandor en la casa de la loca?

Pero ya no valía la pena seguir dándole vueltas a esas historias. Los protagonistas estaban muertos. Otro, desaparecido. Las revelaciones de Horacio Farías sólo servían para que Cristián pudiese conocer otro aspecto de la personalidad de su madre.



## XIV

Se asombran algunos de que él, Cristián, hijo de un cazador y pescador consumado, no haya heredado sus aficiones. Pero a la caza le tomó alergia por algo que le ocurriera cuando niño. Y la pesca, a su vez, nunca logró entusiasmarlo. Como a los seis años, Cristián solía acompañar al papá en sus excursiones de caza. En esa época su padre acariciaba la idea, al parecer, de que se convirtiese en un camarada de sus aficiones. Lo defraudó sin duda, y quizá de allí haya partido su futuro distanciamiento. Trató también de interesarlo en la pesca. Pero notando que Cristián bostezaba tupido y parejo mientras sostenía el anzuelo en las claras corrientes del Toqui o de sus afluentes cordilleranos, dejó también de insistir en llevarlo. Su madre, por otra parte, lo alentaba a cultivar sus antipatías por uno y otro deporte.

Cristián recordaba muy bien esas primeras ocasiones en que el papá intentó entusiasmarlo por la caza. Lo despertaba antes de que el sol saliera, obligándolo a dejar las sábanas con los ojos todavía pesados de sueño. Efectuaban extensas caminatas por los potreros del fundo, su padre con la escopeta al hombro, un viejo sombrero blando, bototos de cuero engrasado, y chaquetón de pelo de camello bastante calvo con el uso. Cuando llevaban perros solían levantar perdices. O se instalaban en los pasaderos de tórtolas, situados generalmente junto al río, permaneciendo allí hasta que el sol salía. Su padre disparaba como loco contra cada tórtola que aparecía. A Cristián le disgustaba ver la caída de los pajarillos, aleteando en su agonía, dejando una nubécula de plumas que se esparcía por el aire helado de la mañana. Además, nunca pudo acostumbrarse a las detonaciones. Siempre esperaba con angustia el momento en que el papá oprimiría el gatillo.

Una mañana, cuando aún el sol no surgía y una bruma tenue ocultaba los árboles a la distancia colgando a veces de sus ramas como grandes jirones de gasa, una liebre salió bruscamente de un matorral. Su padre se echó la escopeta a la cara y disparó. El animalito comenzó a saltar en medio de un macizo de galegas, junto a las zarzamoras, dando chillidos atroces.

Cristián corrió hacia la liebre. La encontró curiosamente encogida, inmóvil ahora y repentinamente muda. Pero sus ojos estaban abiertos, y al inclinarse notó que grandes lágrimas brotaban de ellos y caían sobre la hierba, mezclándose con el rocío. Llegó el papá y Cristián, trémulo, le dijo:

—La liebre está llorando, papá.

El papá hizo un gesto de fastidio y, apartándolo, ultimó a la liebre de un culatazo. Cristián quiso detenerlo. Su padre, volviéndose hacia él con brusca ira, le dijo que no fuera ridículo, que los animales no lloraban, y que las lágrimas de la liebre se debieron seguramente a que las municiones tocaron algún nervio. Cogió enseguida al animalito y lo metió en su morral. Durante el resto de la mañana Cristián permaneció

sumido en un mutismo hosco, sintiendo un nudo en la garganta al recordar el llanto de la liebre. Fue ese día cuando tomó la firme resolución de no salir nunca a cazar. Su padre, percatándose del asunto, trató al principio de convencerlo, en la forma más amable posible, de que los sentimentalismos había que dejarlos para los humanos y no prodigarlos con los animales, argumentación ésta que irritó aún más a Cristián. Siguió acompañándolo en sus correrías durante dos o tres fines de semana más, pero haciendo ostentosas demostraciones de lo difícil que le era madrugar. Por último el papá se aburrió de las constantes luchas que debía sostener con Cristián para sacarlo de la cama.

En las expediciones de pesca Cristián lo acompañó más tiempo. Le costaba menos madrugar en verano, y por lo general su padre se dirigía a lugares bastante remotos, sólo conocidos por él, donde acampaban a veces todo el día. Las excursiones se convertían entonces en verdaderos paseos, aunque la obligación de quedarse con la caña de pescar junto a la corriente, y no lejos del papá, le irritaba secretamente. Porque su padre no toleraba que Cristián lo acompañase sin participar en la pesca: según él, los mirones traían mala suerte a los pescadores.

Una mañana en que con su padre cabalgaban siguiendo el camino que conduce a los Siete Ojos del Diablo, se toparon con una carreta que venía chirriando por el camino rojizo. Recién el sol empezaba a dorar las copas de los bosques, prolongando desmesuradamente las sombras sobre, las anfractuosidades del cerro. La carreta se detuvo cuando el conductor los vio aparecer y, desviándose hacia un ensanchamiento del camino, esperó a que pasaran. Entonces Cristián advirtió que en la carreta, con barandas de madera, venía un anciano encogido, sentado en un colchón, que al verlos levantó vivamente la cabeza. Unos ojillos brillantes, astutos, se clavaron en Cristián, y en el rostro diminuto, pleno de arrugas, se dibujó una sonrisa.

Una vocecilla antiquísima dio los buenos días a su padre, llamándolo por su nombre. El papá, que se disponía a seguir su camino, detuvo el caballo y miró curioso al viejecillo de la carreta, que también se había vuelto a poner en movimiento, azuzados los bueyes por los gritos y picanazos del carretero, un tipo joven, calzado con ojotas. Su padre se aproximó entonces al vehículo; y Cristián lo vio sonreír.

—Hola, Nicasio, ¿cómo está usted?

La extraordinaria voz emite una especie de chillido placentero, y unos brazos delgadísimos, que flotan dentro de las mangas de una camisa sucia, debajo de la manta, se agitan en dirección a Cristián.

—¿Y ese guaina? ¿Es su hijo? Es igual a su abuelo. ¡Su vivo retrato!

Y su padre, mirando a Cristián con el ceño fruncido:

—Sí, se parece mucho a mi abuelo. Todos lo dicen.

Nicasio sigue escudriñándolo con sus notables ojuelos, que brillan bajo el ala arrugada de su sombrero negro.

—Ojalá que no salga tan diablazo como don Rodrigo, no más. Los tiempos han cambiado, y ahora hay que andarse con mucho tiento...

Su padre, molesto al parecer por aquella recomendación, se despidió secamente de Nicasio, espoleó el caballo y se alejaron. Al volver la cabeza, Cristián pudo ver al viejo que seguía mirándolo, inmóvil como un extraño ídolo en su carreta, ahora de nuevo en movimiento, con su agudo chirriar de ruedas, por el camino bordeado de robles y espesuras de boquis. Su padre le explicó que Nicasio tenía más de cien años. Conoció personalmente al bisabuelo de Cristián, el descubridor de los ojos del Toqui.

—Es tan viejo que sólo dice leseras. ¡No hay que hacerle caso! —Pero Cristián pensaba que Nicasio parecía bastante lúcido aún. Sus palabras seguían resonando en sus oídos con un eco premonitorio.

Se desviaron del camino antes de llegar a la Cuesta del Lunes, por un senderillo escarpado abierto bajo túneles de vegetación, que de pronto dejaban ver algún ramo de copihues. Así arribaron a un estrecho valle, con un arroyo de bastante caudal que corría entre grandes lajas y coigües, formando una plazoleta sombreada. Hacia arriba el vallecito desaparecía en la conjunción de dos elevadas laderas, y hacia abajo se enangostaba convirtiéndose en una quebrada oscura de vegetación. Imposible imaginar un sitio más agreste y aislado. Cristián sintió una cierta opresión, quizá al verse entre aquellas grandes masas cordilleranas, que parecían balancearse sobre su cabeza, delineadas sus cumbres contra el cielo despejado. Su padre, de buen humor, ató su cabalgadura a un waralao, y luego se allegó al borde de la corriente.

Cristián lo imitó. Un aire puro, que hacía cosquillar las narices, flotaba en el fondo del gran barranco. El papá le explicó que sólo él conocía ese sitio, descubierto en una de sus continuas correrías de pesca. El canto del pájaro potrillo arrancó sobrenaturales ecos de la cordillera. Cristián se estremeció. Se le ocurrió que eran unos intrusos en aquel lugar salvaje, que estaban perturbando a los espíritus de la montaña, cobijados al parecer en cada oscuridad de la floresta, donde algún rayo de sol se desplegaba en hebras brillantes, creando mágicos efectos en las espesuras. El ruido del arroyo se prolongaba bajo los matorrales, despertando guturales resonancias. Metió la mano al agua, y su frigidez le produjo el efecto de una mordedura. Su padre comenzó a armar la caña, y le ordenó que hiciera lo mismo. Pero Cristián no pudo concentrarse en la pesca: tenía la impresión de que alguien lo observaba desde los alrededores.

Hacia arriba, donde las laderas se unían, el sol manchaba la selva con grandes retazos ocres. Antes de cinco minutos el papá cobró la primera trucha. Al cabo de una hora había pescado por lo menos diez, algunas bastante grandes, cuyas escamas despedían reflejos iridiscentes sobre las lajas, donde un rayo de sol las iluminaba como un foco especialmente dispuesto para destacar aquella naturaleza muerta. También Cristián pescó, de modo que cuando su padre decidió suspender la faena para almorzar, acumulaban por lo menos una veintena de truchas. Entonces el papá se sentó, apoyando las espaldas en el tronco arrugado de un coigüe, que crecía rodeado de lajas, y procedió a sacar las provisiones.

Comieron con apetito, conversando poco, porque su padre solamente hablaba de

pesca en esas ocasiones, de la manera cómo debía manejarse la caña para que el pez picase, en fin, de un sinnúmero de problemas técnicos que a Cristián le entraban por un oído y le salían por el otro.

Después de almuerzo su padre afirmó la cabeza en el morral, y recomendándole que no se alejara mucho de allí, se echó a dormir la siesta. Cristián avanzó sobre la plazuela sombreada, internándose cosa de media cuadra corriente arriba. Cuando alcanzó el primer rápido del arroyo se detuvo a escuchar.

Había creído oír algo como un lejano trueno. Permaneció allí, recorriendo con la vista los espacios despejados de la escarpadura. Se sentó junto a la corriente, y tendiéndose sobre las peñas dejó colgar las manos en el agua helada. Contra las piedras del fondo resaltaban de pronto los flancos plateados de las truchas. Allí, con la cara pegada casi a la roca, volvió a escuchar el estruendo. No cabía duda: brotaba del suelo. Bronco, lejano, como un rodar de grandes peñascos. Pegó más el oído, y entonces la sorda voz de la montaña se dejó oír con mayor nitidez. Gruñía allá en lo hondo, como si grandes carretones con llantas metálicas corriesen sobre un camino pavimentado. Le invadió un terror súbito. Miró hacia todos lados, temeroso que de un momento a otro la montaña entera se volcara sobre él. Pero en los contornos la naturaleza seguía su curso normal. De pie tampoco escuchaba la voz irritada del monte. Se dirigió rápidamente donde su padre dormía. Al verlo volvió a tranquilizarse. Se sentó junto a él. Guiado por un impulso volvió a apoyar el oído a la laja. El roncar profundo se alejaba ahora hacia las entrañas del globo, paulatinamente. Entonces su padre despertó. Frunció el ceño al ver la cara de Cristián.

—¿Qué te pasa?

Y Cristián le contó sobre los ruidos que escuchara.

—Está cerca el Quizapu —contestó él, tranquilo. Puso la oreja en el suelo—. No se oye nada.

Lo miró escéptico. Efectivamente, nada se oía ahora. Pero el recuerdo de los gruñidos del monte le provocó un estado premonitorio, como si hubiese sido el aviso de algo grave que no tardaría en desencadenarse. Quizá se avecinase un terremoto, porque se decía que varios volcanes estaban en actividad: durante las noches era posible contemplar sus destellos a lo largo del macizo andino. Cuando esa noche Cristián se dirigía al dormitorio se sobresaltó al escuchar cómo mugían las vacas y aullaban los perros.

Laura, la cocinera, le dijo:

—Cada vez que los animales están asustados, es porque algo malo va a pasar.

—Laura, ¿para qué asustas al niño? —la reprendió la mamá, al escuchar el comentario de la cocinera.

Un calor enervante le impedía dormir. Además el recuerdo de las palabras de la cocinera y los sordos ruidos de la montaña acentuaban su insomnio. En esa duermevela, Cristián se vio de nuevo frente a Nicasio. Su vocecilla aguda, tal vez burlesca, le taladraba los oídos recordándole el parecido con su bisabuelo. La cara

arrugada, contraída por una desdentada risa, no se separaba de Cristián, a medias oscurecida por el ala del sombrero. De pronto lo señalaba con el dedo, y rompía en una carcajada estridente. Pero no se hallaban en el camino.

Nicasio, a los pies de la cama de Cristián, se mantiene aferrado al extremo de la marquesa. Con sus manos como garras le zarandea el lecho en cuanto nota que está por dormirse. Lo remece con furia, sin dejar de reír. Toda la casa cruje bruscamente. Cristián abre los ojos. Su cama se mece con un ritmo creciente.

Saltó del lecho y a tientas se lanzó hacia la puerta. Un estruendo sordo, que provenía de las entrañas de la tierra, se agregó al estrépito de la casa estremecida. De nuevo todo crujió hasta los cimientos. La mamá, que volaba hacia su dormitorio, lo tomó de una mano y lo arrastró hasta el patio. Laura, de rodillas bajo el cielo intensamente estrellado, se golpeaba el pecho gritando:

—¡Misericordia! ¡Misericordia, señor!

El estruendo decreció, y bajo los pies desnudos de Cristián los estertores de la tierra cesaron.

—Éste debe haber sido terremoto en alguna parte —comentó el papá.

Permanecieron largo rato en el patio, sin resolverse a volver a la casa. Pero se levantó un viento frío que los obligó a olvidar los temores. El sismo no volvió a repetirse. Llegaron algunos inquilinos con informaciones. Dos casas agrietadas, y las tejas corridas en casi todas las pueblas: eso era todo hasta el momento. Alguien dijo que La Vieja, una bodega situada no lejos de la casa de la administración, se vino a tierra con el temblor. La Vieja databa de la época del bisabuelo de Cristián. Construida con gruesas paredes de adobes, ya carcomidas por las lluvias y el tiempo, plagadas de grietas donde anidaban chercanes y lagartijas, servía para guardar herramientas y trastos viejos.

A la mañana siguiente la radio anunció que los efectos del sismo habían sido mínimos. Con el papá fueron a visitar La Vieja. El techo y el muro formaban un impresionante montículo de escombros. Tres hombres removían las ruinas, sacando palas, azadones, horquetas y otros enseres. Su padre dio una vuelta completa en torno a la dañada construcción, contemplando con el rostro contraído los gruesos muros desmigajados, donde asomaban la paja y las piedrecillas que, mezcladas con el barro, sirvieron para fabricar los adobes.

Uno de los hombres, que se afanaba sobre los restos de la techumbre, gritó de pronto:

—¡Una calavera...! ¡Por Diosito santo! ¡Aquí hay huesos humanos!

Su padre se puso intensamente pálido, y partió donde el muchachón, llamado Alamiro, seguía con sus exclamaciones. Por una de esas ideas irracionales que suelen acudir en momentos así, Cristián pensó que los restos encontrados entre las ruinas correspondían a una víctima del terremoto. Pero cuando Alamiro extrajo la calavera, blanca, totalmente seca, salió de su error. El papá, nerviosísimo, hizo callar al muchacho.

—¡No quiero escándalos aquí! ¿De quién podrán ser esos huesos? ¿Dónde estaban?

Aparentemente los restos se encontraban en el sobrado, donde nadie metiera las narices durante años. La bodega permaneció mucho tiempo en desuso. Cuando volvió a habilitarse, nadie registró el entretecho, donde por lo demás existía un hueco demasiado mezquino como para guardar algo. Cristián recordaba un angosto sector de tablas mal unidas. Pero la altura de la construcción, añadido al hecho de que su abuelo, a pesar de su muerte prematura, hiciera edificar bodegas nuevas con suficiente capacidad para guardar todo lo que se necesitara, permitió que La Vieja quedase prácticamente en desuso. ¿Qué de raro entonces que aquellos huesos hubiesen permanecido allí durante años sin que nadie los descubriera? Su padre los observó detenidamente, acometido por alguna preocupación secreta. Otro de los hombres, Primitivo, de unos cincuenta años, tipo reposado, comentó que la osamenta debía tener por lo menos cien años. Él había nacido en el fundo, y jamás oyó decir que hubiese muerto alguien por allí, o al menos desaparecido, sin que después se le encontrara. Quizá se trataba de alguna persona que escogió el sobrado para pasar la noche años atrás, y que, sorprendida por la muerte, nunca nadie pudo descubrirla. Además la bodega permaneció largos años clausurada, sin uso, prácticamente: ni el olor de la muerte pudo haberse sentido. Y si alguien lo hubiese olfateado, no se le habría ocurrido atribuirle su verdadero origen. Su padre entonces, con la voz autoritaria que acostumbra a usar cuando debe dar alguna orden importante, les prohibió a todos comentar el asunto siquiera, porque podían venir los carabineros y acarrearles molestias a todos. Enseguida hizo ensacar los huesos, e instruyó a Primitivo para que los fuese a tirar al río, lo más abajo posible, tratando de echarlos a la corriente cuando el Toqui abandona la hacienda.

Después el papá partió hacia la casa, mientras los hombres comenzaban a ejecutar sus instrucciones. Por suerte el descubrimiento se produjo cuando ya todos los curiosos se habían retirado, luego de echarles un vistazo a las ruinas de La Vieja. Su padre caminaba en silencio. Se detuvo un instante hasta que vio a Primitivo alejarse por el camino con el saco al hombro, en dirección opuesta a Villa Cruz.

—No le digas nada a nadie. Yo se lo contaré a tu mamá. ¿Entiendes?

Durante todo el día Cristián estuvo dándole vueltas al descubrimiento revelado por el terremoto: el recuerdo de la calavera volvía seguido a su imaginación. A la mañana siguiente, mientras paseaba por el parque, se topó con Julio, un muchacho simplote, que solía cortar el pasto. Siempre conversaba con Cristián, contándole historias de aparecidos y crímenes con una voz overa. Apenas llegó junto a él, abrió los ojos desmesuradamente, miró hacia todos lados y le dijo que en La Vieja se habían encontrado huesos humanos. Recordando la advertencia paterna, Cristián guardó silencio.

—No le vaya a decir a nadie que yo se lo he contado, miren que su papá sería capaz de matarme. También me dijeron de quién son esos huesos, pero no se lo puedo

decir...

Cristián le rogó que se lo contara todo. Julio se puso de nuevo a cortar pasto, diciéndole que no podía adelantarle nada más. Pero como Cristián siguiera insistiendo, dejó de trabajar, volvió a mirar para todos lados, y obligándolo a besar la cruz formada por el pulgar y el índice, le dijo:

—Son los huesos de un hombre que el abuelo de su papá despachó. Nicasio, que está alojado donde Primitivo, se lo contó a Rufino, pero pidiéndole que no se lo dijera a nadie. Yo lo supe por la Carmela, la hija de Rufino.

Al parecer aquel hombre, un afuerino, se insolentó con el bisabuelo de Cristián, y éste, famoso por sus malas pulgas, le metió una bala, en presencia de un hermano de Nicasio, ahora muerto, y otro tipo, cuyo nombre nadie recordaba. Su bisabuelo ordenó entonces a estos hombres, ambos inquilinos, que metieran al muerto en el sobrado de La Vieja —el incidente se produjo al lado de la bodega, en esos tiempos recién construida—, y ordenó clausurarla. A pesar de que muchos se percataron del hedor en los días siguientes, nadie descubrió la causa. El hermano de Nicasio y el otro hombre, que se horrorizaban con la sola idea de desobedecer al antepasado de Cristián, supieron guardar el secreto. Como la víctima era un forastero, nunca nadie llegó a reclamarlo, aunque muchos en el fundo extrañaron su ausencia.

Nicasio, ya olvidado de la historia, vino a recordarla ahora que el terremoto pusiera al descubierto los blancos huesos. Cristián nunca supo si su padre conoció la verdadera historia del esqueleto de La Vieja. Seguramente los rumores llegaron a sus oídos, y debió tomar las medidas del caso para silenciar a sus inquilinos, cosa fácil por lo demás, ya que nadie quería meterse en líos con la justicia. Y de ser cierta la historia del viejo Nicasio, era ya demasiado antigua para provocar una investigación. Los huesos del muerto además, metidos en un saco, deberían navegar río abajo, ya muy lejos de Los Siete Ojos.

Irónicamente, la víctima seguía el mismo camino de su victimario, porque el bisabuelo de Cristián fue arrastrado con puente y todo por una crecida del Toqui. El cuerpo de su antepasado nunca apareció. Ciertamente los lugareños no tardaron en comentar que se lo había llevado el Diablo en cuerpo y alma al Infierno, en cumplimiento del pacto.

## XV

Llueve desde la medianoche. Recién comenzaba a sentir el cosquilleo de la modorra que precede al sueño, cuando sobre el techo de cinc las gotas de la lluvia comenzaron a multiplicarse hasta formar un ininterrumpido batallón en marcha acelerada, que actuó sobre su organismo como un somnífero. Aisladas ráfagas de viento norte pasaron de su realidad despierta al espacioso ámbito de los sueños, donde continuaron resonando guturales, alargándose en gemidos que paulatinamente se esfumaron en su noche personal. A veces sus sueños pasaban a conformar un mundo de hechos que Cristián creía haber vivido, pero sin que lograra después recordar cómo ni cuándo; quizá se trataba de sueños que no alcanzaron a quedar impresos en su memoria al despertar, y construyeron un mundo semirreal, semifantástico, que muchas veces lo tuvo durante horas tratando de desentrañarlo. Porque en una noche se pueden soñar muchas cosas distintas. Pareciera que en el estado de sueño el tiempo se detiene, se prolonga, retrocede, conforma vastos espacios circulares, intrincados mundos concéntricos, que suelen engañarnos haciéndonos creer que hemos soñado a lo largo de varias noches una escena cualquiera, cuando todo ocurrió en una sola velada.

La lluvia no parece dispuesta a suavizarse. Un olor a humedad —el aroma que exuda la tierra y las hierbas del campo cuando el agua del cielo cae después de mucho tiempo de sequía—, terminó por impregnar la casa. Cristián se instaló en el salón a leer un poco frente a la chimenea, iluminado por una débil claridad que angostas ventanas, protegidas por barrotes de hierro, apenas permiten pasar, mientras afuera el agua de las canaletas subía de tono, caprichosa, según la intensidad del chubasco o de las ráfagas que dirigen la melodía de la tormenta.

El rostro de la mujer se le grabó en la mente, a pesar de que sólo la vio al pasar, a través de la puerta de la tienda, detrás de un mostrador vacío de clientes, y de un escaparate atiborrado de blusas, collares y chucherías.

Cristián retrocedió y examinó de nuevo la cara larga, el pelo canoso recogido en un moño sobre la coronilla, los ojos verdes burlones, la nariz algo ganchuda, y la barbilla prominente. Se trataba sin duda de la primitiva patrona de Ilona, que años atrás mantenía un bazar a la entrada del mismo pasaje, a cosa de media cuadra de allí. Cuando se produjo su ruptura con Ilona, allá en Los Siete Ojos, le fue imposible no acudir al negocio donde antes trabajaba, con la esperanza de volver a encontrar a la muchacha, o, al menos, de averiguar su dirección. Pero la tienda estaba convertida en una paquetería, con una dueña que ignoraba por completo las actuales actividades de la anterior propietaria. Ahora, cinco años después de su encuentro con Ilona en Los



Siete Ojos, Cristián volvía a toparse por casualidad con la antigua patrona de su amiga.

A pesar de que la mujer exudaba antipatía, Cristián entró en la tienda. Se vio obligado a comprarle un collar de fantasía, para romper la desconfianza de la mujer, y saber así que Ilona no había querido volver con ella, porque trabajaba con una señora, Violeta Arriagada, cuya ocupación y domicilio desconocía. Mientras le empaquetaba la joya, Cristián recordó que Efraín, el viejo chofer de la casa, sabía cómo llegar donde Violeta, porque acostumbraba traerle encargos desde Villa Cruz.

La mujer del ex director de escuela no lo reconoció al principio. Cuidadosamente maquillada, echó a reír cuando supo quién era. Cristián le explicó, sin mayores circunloquios, que buscaba a Ilona Sandor.

—Viene muy poco para acá. ¡Es una muchacha muy seria! Sólo atiende clientes recomendados. —En la amplia sala de estar, suavemente iluminada con lámparas de sobremesa, y con el piso recubierto por una densa alfombra, flotaba un olor a tabaco y perfumes, y una completa quietud—. No quiere echarse al trajín, ni agarrar mala fama. Antes de mandar un cliente, tengo que consultarla.

Procedía con Cristián como si siempre la hubiese conocido en su nueva actividad, y no como la esposa de Horacio Farías, cuyo cargo lo hiciera gozar de un cierto prestigio en Villa Cruz, aunque no así su mujer. Cristián le pidió a Violeta que nada le avisara a Ilona, porque quería darle una sorpresa. Le costó marcharse de allí, porque Violeta trató de retenerlo para «recordar los viejos tiempos».

Ilona vivía en Teatinos, a pocos pasos de Compañía, en un segundo piso. Antes de pulsar el timbre, Cristián escuchó pegando el oído a la puerta. Se oía música. Se produjo un inmediato silencio cuando llamó. Luego una voz queda:

—¿Quién?

Cristián dio su nombre con la voz más entera posible, temeroso de una reacción adversa, como aquella vez en Los Siete Ojos. Casi de inmediato la puerta se entreabrió, apareciendo en el hueco el rostro de Ilona. Conservaba su fresca apariencia de niña, tal como la viera Cristián la última vez.

—Estoy con visita —le dijo en un susurro, sin separarle los ojos, con una expresión entre compungida y maliciosa—. Vuelve mañana a esta misma hora —mientras conversaba con él, Ilona echaba constantes miradas hacia el interior del departamento.

Cristián se fue de allí irritado. La idea de que Ilona estuviese con otro hombre y lo hubiera recibido con tanta tranquilidad, sin exteriorizar una particular sorpresa o regocijo al verlo después de todos esos años, le roía el alma. Se juró que no volvería de nuevo a visitarla, y que al día siguiente la dejaría plantada, esperándolo. Pero a las nueve en punto de la noche estaba de nuevo ante la puerta del departamento, con una botella de whisky y el collar comprado a la ex patrona de la muchacha, esperando que

Ilona le abriera. Una espesa niebla invadía las calles, los umbrales y los huecos de las ventanas, impregnando el pavimento de una humedad resbaladiza. Ilona rió al ver la botella, y le agradeció efusivamente el collar. De inmediato fue a la cocina a buscar vasos y hielo. En el breve departamento se destacaban la alfombra, un diván-cama, una cómoda y algo que en un comienzo tomó por un biombo. Pero se trataba de un espejo de tres cuerpos. Dos lámparas de pie daban luz al ambiente.

Ilona fruncía el ceño, o esbozaba una sonrisa irónica al escuchar la reseña de su trabajo detectivesco para encontrarla. Sobre lo que hiciera durante esos años fue bastante escueta: su vida sufrió un brusco cambio con la desaparición de su padre, viéndose obligada a enfrentar la vida sin vacilaciones ni dando lugar a los sentimentalismos. Pero en su rostro de niña se reflejó el desamparo al afirmar esto. Como manifestara ciertas reticencias a seguir explayándose, Cristián le habló de la muerte de sus padres, de sus estudios universitarios inconclusos, de Los Siete Ojos, pero evitando nombrar a Rodemil. Ilona puso música, y siguieron bebiendo whisky, y conversando de cosas triviales. Notó que la muchacha no se medía en el trago, y alentó la esperanza de que el alcohol la pusiera más comunicativa.

A medida que pasaban las horas, crecía su necesidad de saber el porqué de su ruptura con él, pero no osaba preguntárselo porque Ilona, a quien sabía susceptible; quizá dedujese que en su visita únicamente lo impulsaba su amor propio. Pero se advertía bastante segura de sí misma, seguridad que sin duda el whisky acrecentaba. Impensadamente se largó a hablarle de su actual trabajo. Abordó el tema con tranquilidad, aunque el brillo de sus ojos y su agitada respiración delataban los efectos del licor. Con una falda corta y un jersey sin mangas, sentada a la oriental sobre un cojín, mantenía la vista fija en el parlante instalado dentro del closet. Las figuras de ambos —Cristián se había acomodado en un «pouf»— se duplicaban en el espejo de tres cuerpos, colocado frente al diván-cama.

Seguramente él, Cristián, estaría escandalizado o quizá decepcionado de ella por sus actividades, le dijo, mientras dibujaba figuras caprichosas sobre la alfombra con el índice. Pero ella no tenía como él una familia adinerada ni tampoco buenas relaciones que la hubiesen ayudado a conseguir un trabajo mejor. La desaparición de su padre la dejó en el más completo abandono, sin dinero siquiera para cancelar la hospedería donde viviera hasta días antes del último viaje de Bela Sandor a Villa Cruz. Para allá partió Ilona, pero fue muy poco lo que pudo averiguar. A Bela Sandor lo vieron entrar en la quinta de Rodemil, pero después nadie más volvió a divisarlo por Villa Cruz o sus alrededores. Nadie lo vio abandonar el pueblo.

Para irse de allí no utilizó bus, caballo ni automóvil. Muchos lo vieron descender de la micro polvorienta una tarde arrebolada y, con una maleta, tomar el camino hacia la casa de Rodemil. Se le vio cruzar el puente, y un camionero de Los Siete Ojos alcanzó a divisarlo cuando entraba en la quinta. Aunque nunca se exhibiera mucho en Villa Cruz, todos conocían al gringo de vista, por lo menos.

Sola y sin recursos, después de haber agotado los medios para averiguar el

destino de su padre, se encontró un día por casualidad con Violeta Arriagada. Le expuso Ilona sus cuitas, y la mujer le ofreció ayuda.

Desconocía Ilona las actuales actividades de la esposa del director de escuela de Villa Cruz, y cuando las supo no dejó de asustarse. Pero conocía bastante la vida como para saber que en esa manera de ganar dinero podía desempeñarse con bastante discreción, cosa que la propia Violeta le garantizó. En cinco años, Cristián era el único conocido que llegaba hasta ella por intermedio de Violeta. Nunca había tenido problemas desagradables; ganó dinero incluso para ahorrar, ya que no perdía la esperanza de salir alguna vez en busca de su padre.

Sólo cuando Ilona se hubo bebido su tercer vaso de whisky, Cristián se arriesgó a preguntarle sobre Rodemil. La muchacha se sirvió otra porción de licor, le echó agua y el resto de un cubo de hielo. Su voz apenas se destacaba sobre el piano acompañado de batería que surgía en ese momento del parlante. Simplemente, Rodemil la sorprendió una noche. Ella, acostumbraba a que Cristián llegase muchas veces cuando se había dormido, sólo se vino a percatar tarde de su error. Rodemil, enterado de esas reuniones en su propia casa, decidió aprovecharse de la situación.

Seguramente acechó a Cristián durante varias noches desde las sombras del huerto, cuando ellos lo creían en el pueblo, para conocer la hora de su llegada. Y cuando estuvo bien enterado del asunto, lo esperó una noche con la historia del imprevisto arribo de Bela Sandor. Luego se metió en el dormitorio de Ilona. Como a instancias del propio Cristián, ella había aceitado las bisagras para no despertar a Rodemil, no escuchó cuando el aparcerero abrió la puerta, que dejaba sujeta apenas con un alambrito. Porque sólo cuando Cristián se marchaba, o a sabiendas de que no iría, aseguraba la hoja con una tranca.

Desde esa noche se convirtió en la amante obligada de Rodemil. Mientras debió complacerlo vivió en medio de un infierno de asco y vergüenza. Estuvo a punto de matarse un día. Fue su desesperación la que la hizo reaccionar así con Cristián, aunque después comprendió que había sido injusta. Pero solamente vino a recapacitar cuando se hubo marchado de Villa Cruz. Nada le dijo a su padre, cuando la vino a buscar, porque además de que le habría hecho pasar un inútil mal rato, sabía que necesitaba a Rodemil.

—El mundo es así —dijo Ilona, bebiendo otro trago de whisky—. Los fuertes siempre se aprovechan y seguirán aprovechándose de los débiles. En esa época yo era débil. No solamente por mi edad. También la falta de plata hizo que mi padre me enviase a veranear donde ese desgraciado. Yo estaba sin trabajo entonces. Me lo pasaba los días encerrada en el cuarto de una pensión de mala muerte, que mi padre siempre pagaba atrasado. La dueña llegaba todos los días a decirme impertinencias, amenazándome con echarme a la calle si no le pagaba. Estaba con los nervios deshechos. Entonces mi papá llegó a decirme que iría a veranear a Villa Cruz. Pensaba irse conmigo, pero a última hora le salió una reunión muy importante, y me mandó sola. Pero la misión se le alargó al papá. Y entonces apareciste tú.

Ilona se quedó con los ojos fijos en el suelo al terminar. Cristián pensaba que había sido él el culpable de lo ocurrido. El aparcerero jamás se habría atrevido a intentar nada de no haberlo sorprendido en su casa.

Evidentemente, Bela Sandor nunca debió enviar a su hija sola donde un hombre como Rodemil. Pero él, Cristián, era el principal culpable. Se sintió enormemente descorazonado. Todo había cambiado entre ambos. Apreciaba a Ilona y quizá podría conservarla como amiga, visitarla de tarde en tarde, pero dejándola seguir su camino.

Quizá más adelante las circunstancias permitiesen un nuevo acercamiento entre los dos, cuando volvieran a conocerse.

## XVI

Poderosas ráfagas de viento norte desnudaban los árboles del parque, arrancándoles las hojas. Las puertas y ventanas crujían de tarde en tarde bajo la violencia del norte, como si de pronto fuesen a saltar de los marcos con sus furiosas embestidas. Se avecinaba un invierno cruento. Recién corría mayo, y ya los aguaceros y temporales de viento empezaban a menudear. A Cristián le gustaban las lluvias y la ventisca: es entonces cuando la expresión hogar adquiere todo su significado. Permanecía durante horas frente a la chimenea encendida, leyendo o simplemente escuchando los chaparrones, en completa soledad, sin que nadie viniese a perturbarlo, como si fuera el único hombre sobre el mundo.

En momentos así solía reflexionar en que algo flotaba sobre la hacienda, por tantos años en poder de su familia —desde su tatarabuelo—, que unía a sus sucesivos propietarios cada vez más estrechamente con sus vastos terrenos. Como si nuestra permanencia en un lugar lo contagiase de nuestra personalidad. ¿O derivaría todo del pacto con el Diablo sellado por su bisabuelo? Porque de alguna manera la oscura vida de su antepasado proyectó su sombra en sus herederos, especialmente en su padre. Y a medida que el tiempo pasaba, Cristián sentía cómo aquella ancestral historia comenzaba a pesar sobre él, encauzando su existencia en forma enigmática pero certera hacia un futuro indescifrable.

Infinidad de brumosas historias se anidan en cada rincón, sobre cada barranco, en cada meandro del Toqui; sobre las laderas boscosas de la montaña, y los mil recovecos y huellas que surcan la hacienda en todas direcciones. Allí está el sitio donde el cacique araucano, cuyo nombre nadie recuerda, fuera traicionado y asesinado por sus hombres, y cuyo cadáver permaneciera colgado de una cruz hasta que sus huesos blanquearon al sol.

Y por todas partes de Los Siete Ojos han quedado las huellas de personas como Rodemil, Bela Sandor, Ilona y tantas otras. Afuera el invierno adelanta sus furores, y la ventisca arremolina el agua sobre la techumbre. Un frío húmedo invade la casa, pero el fuego de la chimenea lo mantiene a raya. Una gran quietud impera en los largos pasillos y habitaciones, como si de pronto la vieja casa hubiese quedado en el más completo abandono.

A eso de las cinco de la tarde recibió la visita de Lucas, el administrador, hombre de pelo canoso, barriga prominente, y voz estentórea, quien le informó sobre los efectos de la tormenta. Árboles derribados y caminos convertidos en pantanos eran los primeros resultados de la torrencial lluvia. Sería necesario reparar la carretera a Villa Cruz, porque bastaba cualquier aguacero para arruinar un tramo de unos sesenta metros al llegar al puente sobre el Toqui. El barro crecía allí con tal velocidad que en pocas horas los vehículos comenzaban a atascarse.

La oscuridad llegó a las seis de la tarde. Los chubascos y el viento seguían creciendo en el anochecer. Un camión que venía de Villa Cruz se quedó empantanado en el tramo barroso del camino, y hubo que dejarlo allí hasta que escampara el aguacero, porque solamente con bueyes sería posible sacarlo. A las siete de la tarde, ya con noche cerrada, Cristián se enfrascó en la lectura de *Las mil y una noches*. Sumergido en el mundo fantástico de los relatos que una vez leyera en adaptaciones infantiles, apenas se dio media hora para comer, y volvió luego a las legendarias historias que de alguna manera le recordaban muchos de los hechos ocurridos en Los Siete Ojos. A eso de la medianoche su lectura fue interrumpida por la abrupta aparición de Laura, la cocinera, que venía con la cabeza envuelta en una chalina. La tormenta bramaba sin dar señales de menguar y, a pesar de su estruendo, Cristián escuchó el lamento de los perros de la casa. En el rostro redondo, aunque flácido de Laura, se reflejaba una gran excitación.

—Acaba de llegar un hombre de Villa Cruz, a caballo. Dice que tiene urgencia de hablar con usted.

Debió obligarla a repetir el recado, porque la inusitada noticia fue como un contrapunto para la decisión del príncipe Kalender de abrir la centésima puerta, desobedeciendo la advertencia. El hombre venía de parte de Lucindo. La sorpresa del Kalender frente al gigantesco caballo fue reemplazada por el nombre de Lucindo, que penetró en su mente junto con el estrépito de la ventolera y el gemir de los perros. Lucindo, el zapatero a quien su padre ayudase a salir casi impune de su crimen. El mismo que dos años antes lo detuviese en Villa Cruz con palabras agoreras que lo llenaron de una confusión irracional. Lucindo le enviaba un mensajero, que debió de afrontar la tempestad para llegar hasta su casa. Los perros aullaban en el corredor, no lejos de la cocina, en el lugar donde un siglo antes crecía la higuera. En cuanto lo vio aproximarse, *Nerón* fue a restregar su cuerpo contra las piernas de Cristián. Notó que el perro temblaba, y apenas lo dejaba avanzar. Tuvo que alejarlo con brusquedad para seguir. El hombre lo esperaba en la cocina. Era un tipo largo, de rostro hundido en las mejillas y ojos tristes. Con humildad le dijo que era cuñado de Lucindo, quien en esos momentos se estaba muriendo. Tan grave se sentía que esa tarde hizo venir a su hermana Encarnación, con la cual permaneciera sin verse durante años. Eliecer estuvo presente cuando Lucindo, respirando apenas, le rogó a su hermana que fuesen a buscar a Cristián, porque necesitaba hacerle una confesión.

Cristián trata de disculparse, acometido por un súbito desasosiego. Hay un camión que bloquea el camino. Aunque no lo hubiese, jamás podría atravesar ese pantano en auto, le dijo Eliecer. Sólo de a caballo se puede ir a Villa Cruz. Al verlo allí, empapado, Cristián se compenetró de lo que habría significado para el hombre su largo viaje hasta el fundo. Pedro Luis, su hijo Alamiro, y Laura, no lejos de allí, integran una especie de jurado silencioso. Afuera los perros seguían gimiendo lastimeros. Con voz resuelta le explica a Eliecer que, en vista del tiempo, haría el viaje al día siguiente. Le ordena a Laura que le dé café a Eliecer, y abandona la

cocina. Al ver a los perros amontonados en el extremo del corredor, con su coro de gemidos, le vino un acceso de furia. Se precipitó sobre ellos y a puntapiés disolvió el grupo. Los animales huyeron hacia el patio, cubiertos por una capa de agua que la lluvia hacía crepitar.

De nuevo frente a la chimenea, cuyo fuego declinaba, comenzó a sentir un creciente e irrefrenable impulso de correr donde Lucindo: «¡Algún día se lo contaré todo, patrón! Nunca se lo he dicho a nadie, porque así se lo juré a su padre, que en paz descansa». El aullar de los perros subía de tono. Eliecer ya se había marchado. Le pidió a Alamiro que ensillara su caballo.

Pronto atravesaba el parque al galope, y tomando por el camino acuoso no tardó en levantar chaparrones de lodo y agua que venían a reventar contra sus botas altas, mientras la rujiada, ensoberbecida por el viento, bañaba sin compasión su rostro, impidiéndole a veces respirar. Galopando en medio de la más densa oscuridad, casi se estrelló contra el camión atascado, en el camino. Pero el particular destello de su capot, al que la lluvia confería un reflejo fantasmal, le advirtió su presencia. Pasó rozando la carrocería, y sintió que su pierna, protegida por la bota, rasmillaba el metal.

Se abrió paso apretándose entre el vehículo y el cerco de zarzamoras cuyas guías le arañaron las manos. Las patas del animal semejaban grandes ventosas al hundirse y desprenderse del abundante barro, que apenas le permitía avanzar. Súbitamente recordó a su bisabuelo. Y de inmediato creyó sentir la presencia de alguien junto a él, o que lo precedía por la solitaria carretera. Quizá se trataba de una reacción natural al recordar a su antepasado, y las historias que con él se vinculaban. Pero la noche y la lluvia formaban una impenetrable barrera de tinieblas.

Salió de la parte pantanosa y, espoleando el corcel, se lanzó a galopar de nuevo. Pero aquella presencia parecía correr con él, haciéndose cada vez más material, como si quisiera detenerlo. Y entonces Cristián recordó: sí, fue también en una noche de invierno como ésta, pasada la medianoche, en la que su bisabuelo efectuó su último viaje por aquel mismo camino. Se dirigía también a Villa Cruz, a visitar a una de sus numerosas amantes, a la mujer de un hombre del pueblo, a quien lograra alejar de allí para que no lo perturbase. Pero no alcanzó a llegar. Metros más allá sería arrastrado por las turbulentas aguas del Toqui. Sí: el bisabuelo rehacía junto a Cristián su camino hacia la muerte. Porque quizá Cristián también tuviese que enfrentarla esa noche. De ahí tal vez la inquietud de los perros de la casa.

Se inclinó sobre el cuello del animal, y empezó a correr como un loco, mientras el agua se deslizaba a raudales por su castilla. Bruscamente apareció la hinchada corriente del Toqui relumbrando fantasmagórica en medio de la noche tormentosa. El caballo se encabritó ante el bronco estruendo de la riada, pero siguió a galope tendido hasta que sus herraduras redoblaron sobre el piso de madera, estremecido por el empuje del caudal. Casi un siglo antes otro puente más bajo y construido con materiales ligeros, fue arrastrado por la corriente en los precisos momentos en que su

bisabuelo trataba de cruzarlo. Alguien lo vio hundirse con su caballo entre los maderos rotos, y desaparecer luego empujado por el torrente. Jamás se volvieron a tener noticias suyas ni del animal. Tal vez su cuerpo apareció tiempo después río abajo, pero sin que nadie lograra identificarlo. O quizá el Toqui lo condujo hasta el mismo océano. Pero desde entonces la Güesa Piedra, ahora invisible, señalaba con su faz blanquecina el sitio donde su bisabuelo desapareciera.

Escuchó un estrépito a sus espaldas. Sobresaltado, alcanzó a divisar una tromba de agua estrellándose contra la baranda del puente, y que pasaba por encima del piso de tablones. El Toqui empezaba a rebasar el nivel del puente. Cristián, sintiendo que la presencia comenzaba a quedarse atrás, enfiló siempre al galope por el último tramo que conducía a Villa Cruz. Se sentía empapado hasta los tuétanos, y la manta y el sombrero le pesaban como plomo. Tras las cercas de zarzas, desde las casas dormidas de las afueras del pueblo, surgían ladridos que pronto se perdían a sus espaldas, mientras a su encuentro se escuchaban otros ladrarés, furiosos y serenos, como si algunos perros protestasen sólo por compromiso.

Trotando entró por la callejuela cubierta de barro y charcos de agua, hasta columbrar el rancho de Lucindo en la sombría fila de casas que se alzaban a su diestra. Distinguió una luz amarillenta a través de una puerta cerrada a medias. La hoja se abrió, y en el vano rojizo distinguió la figura de Eliecer. Cruzó el umbral hecho de un tronco torcido, y sus pies hollaron un piso de tierra donde, a la luz de una vela vacilante, se distinguían grandes manchas barrosas generadas por el agua de lluvia que el techo dejaba escurrir. Un sonido cantarino surgía de un tarro colocado bajo el goterón más copioso. La manta le pesaba una barbaridad, y debió hacer un verdadero esfuerzo para echarse al hombro una de sus alas y tener así libertad de movimientos. Sólo entonces descubrió a Lucindo, sobre un camastro, en un rincón de la pieza. Se había incorporado acezando al verlo llegar, pero volvió a dejar caer su cabeza envuelta en una tela azul. Clavó los ojos en el techo de varas entrecruzadas, resollando como un animal agotado por una larga carrera. Su hermana, sentada en un piso junto a la cabecera del lecho, se puso de pie. Un olor a eucaliptos, a suciedad acre, a barro y humedad, conformaban dentro de la pieza una atmósfera pegajosa, demasiado densa para albergarse entre aquellas cuatro débiles paredes.

Cristián reparó en que su castilla estaba provocando una verdadera catástrofe, porque el agua no dejaba de escurrirse. Se quitó la manta y se la pasó junto con el sombrero a Eliecer, quien los colocó en una silla. Entonces la mujer y el hombre abandonaron la habitación, y desaparecieron en lo que seguramente constituía el taller de Lucindo. Muy flaco, con las mejillas chupadas y grandes ojeras en cuyo centro los ojos brillaban con la fiebre, Lucindo le hizo a Cristián una seña con su mano amarilla para que se aproximara. Tuvo que encucillarse, porque el jergón del moribundo, montado sobre ladrillos visibles bajo los mugrientos cobertores, apenas se levantaba del suelo. Sobre un cajón azucarero, la llama de la vela repartía aleteantes sombras por todos los rincones. La lluvia rebotaba sobre las tejas con gran



intensidad.

—Patroncito, qué bueno que haya venido. Pensé que no querría ver a un pobre hombre que se va de este mundo...

Un silbido surge de su pecho cada vez que empieza una frase, como si el esfuerzo que necesita realizar fuera tan grande que con cada palabra una partícula de vida se le escapase, diluyéndose en la atmósfera pestilente de la habitación.

—Hable lo menos que pueda.

—Es muy poco lo que tengo que decirle, patrón. Solamente... —calló un segundo—. No se enoje patroncito, por lo que tengo que decirle. Los moribundos no mienten. Yo soy hijo de un hijo natural de su abuelo, el que descubrió los Ojos del Diablo.

La lluvia y el viento se desvanecieron a lo lejos.

—Sí, soy medio pariente suyo. —Se rió—. Pero usted no tiene la culpa de todo esto. Yo tampoco. No somos nosotros los que nos echamos al mundo, ¿no es cierto? Nacimos y venimos a padecer aquí, algunos en una forma, otros en otra. Porque todos tenemos que padecerla, patrón. Los ricos y los pobres.

—Diga lo que quería decirme. No se agote inútilmente.

—No se preocupe, patroncito. Me queda muy poco tiempo en este mundo. Así que bien puedo aprovecharlo en conversar con usted. Nicasio conoció a su abuelo, y dijo que se parecía a mi viejo... —Lucindo se refería al bisabuelo de Cristián—. Pero a nosotros nos fue mal en la vida, patrón. Ya ve usted. Empecé acriminándome con la Rosita... ¡Me he arrepentido, patrón! Le juro que todos estos años he vivido pensando en eso, sin poder dormir porque volvía a ver los ojos de la Rosa cuando la degollé...

Lucindo se endereza en la cama resollando, mirando un lugar fuera de allí. Resuena el mascar del aguacero sobre las tejas, y de nuevo el moribundo hunde la nuca en la almohada. Su rostro estragado, cubierto de pelos grises, refleja un cansancio infinito.

—Porque yo he tenido mala suerte, patroncito. Y cuando a uno lo persigue la desgracia, no lo suelta hasta la muerte. Su papá fue bueno conmigo, porque me ayudó a salir del lío en que me metí con la muerte de la Rosita. Porque debieron afusilarme.

Proscrito por la gente del pueblo, desde el día en que salió en libertad anduvo vagando por el país sin encontrar paz en ningún lado. Trabajó en muchas partes, aprendió varios oficios, y por último, ya cogido por el alcohol —necesitaba beber todas las noches para dormirse— volvió a Villa Cruz, y se instaló como zapatero remendón en el mismo chinchel donde ahora agonizaba. Los pueblerinos lo evitaban como si estuviese apestado. Pero sus precios bajos, y un cumplimiento aceptable, le dieron alguna clientela. Una tarde de principios de marzo, cuando el sol ya se había puesto, y Lucindo acababa de cerrar el taller, llegó Rodemil, que sólo lo visitaba a lo lejos, y siempre para encargarle algún trabajo.

—Me comenzó a hablar de un gringo, un tal Bela Sandor, que solía venir a Villa Cruz por los veranos. Yo lo había visto una vez de pasada, con la señora Violeta, la

del director de escuela. —Al hablar Lucindo mantenía los ojos fijos en el techo. Cristián tuvo la misma sensación experimentada durante su reciente galope, de que había alguien junto a él. Otra vez la lluvia y el viento se alejaron a una distancia infinita, y en la estrecha habitación sólo se escuchó el jadeo del agonizante—. Me dijo que su papá se la tenía jurada a ese gringo, porque era un agitador comunista, que quería alzarle la gente.

A Cristián se le secó la boca de tal manera que el aire le rasmillaba la garganta como una lija. Tragó un poco de saliva, mientras Lucindo proseguía. Bela Sandor se hallaba por entonces en Santiago, pero según Rodemil, llegaría a Villa Cruz en los próximos días. El padre de Cristián había conversado secretamente con Rodemil dos días antes. Quería despachar al gringo.

—Debió de ofrecerle mucha plata a mi padrino, aunque él me dijo que lo hacía solamente por amistad con su padre. Pero yo conocía mucho a Rodemil, y sé que nunca daba puntada sin hilo. A mí no más me ofreció cien mil pesos, más de lo que yo ganaba en un año. Y me dijo que me acordara que gracias a don Rodrigo yo había salido libre...

—¿Está seguro de lo que dice...?

—Los moribundos no mienten, patrón.

Rodemil había contratado además los servicios de un tal Albornoz, un tipo con dos muertes a su haber, a quien su padrino prestara señalados servicios con la policía, habiendo en una ocasión acudido incluso a las influencias del padre de Cristián para liberarlo de una.

—Pero yo siempre oí a mi padre hablar mal de Rodemil. Nunca pensé que tuviesen alguna amistad, o que hicieran tratos...

Una sonrisa pálida descubrió los dientes largos, corroídos, de Lucindo:

—Quizá no lo quería mucho, pero lo necesitaba, patroncito. Además Rodemil conocía todas las historias de Los Siete Ojos. Sabía lo de La Vieja, y del muerto que estaba en el soberado —otra vez Cristián sintió la rara presencia acompañándolo en medio de la pieza, junto al moribundo—. Por eso su papá le tenía respeto. Además que Rodemil era servicial y útil cuando veía plata de por medio.

Lucindo aceptó la proposición, jurando que nunca saldría una palabra de sus labios. Entonces Rodemil envió un telegrama a Bela Sandor, y antes de tres días el húngaro llegaba a Villa Cruz. ¿De qué argumentos se valió Rodemil para convencer a Sandor que viniese? El húngaro mantenía secretas entrevistas con extranjeros, cordillera adentro, que entraban al país desde Argentina por los pasos de Los Siete Ojos. Los amigos de Sandor le avisaban sus visitas por carta, o mediante un baquiano chileno, muy amigo de Rodemil, que los guiaba a través de los Andes. Rodemil, cuando el padre de Cristián decidió deshacerse del húngaro —y Cristián, allí, en medio de la luz vacilante de la vela, conocía los verdaderos motivos que alentaron la decisión paterna— fingió que el baquiano le había avisado la imprevista presencia de los extranjeros en la parte cordillerana de Los Siete Ojos. Esa fue la noticia que

recibió Bela Sandor. Como este último esperaba la visita de sus amigos para fines de marzo, el hecho de que hubiesen decidido adelantar su viaje le pareció natural. Los encuentros se efectuaban siempre en las cercanías de los Siete Ojos del Diablo.

A la mañana siguiente del arribo de Bela Sandor, Rodemil partió con el gringo hacia el sitio del encuentro. Lucindo, a su vez, se dirigió en un caballo de Rodemil a las vecindades de El Peral, donde se le reunió Albornoz. Como una hora después del mediodía llegaba Rodrigo, el padre de Cristián, a juntárseles. Ni siquiera los saludó. Se veía raro, como enojado, según Lucindo.

Sin hacer preguntas ni comentarios siguió camino hacia el interior. Como Rodemil los había instruido de que no importunasen al patrón con preguntas de ninguna clase, ellos, obedientes, partieron a su zaga sin chistar. Antes de llegar a los saltos, el padre de Cristián desvió el caballo hacia un bosquecillo de raulíes. Allí se quedaron esperando. Lucindo, convenientemente aleccionado, se adelantó en compañía de Albornoz, cuando el sol comenzaba a ponerse, hasta que se encontraron con su padrino y el gringo, quienes estaban recostados en la ladera, en cuyo lado opuesto se abren los Ojos del Diablo.

Lucindo recordaba cada detalle con la precisión de una grabadora. Volvía a ver al gringo, que enarcó las cejas molesto ante la presencia de ambos hombres. Lucindo, haciéndose el sorprendido con el imprevisto arribo de «dos viejos amigos», los invitó a apearse y beber un trago de vino. Los presentó a Bela Sandor que, con su rostro rubicundo y azules ojos, los miraba con cierta insolencia.

Pronto el húngaro comenzó a mostrarse impaciente, temeroso quizá de que sus amigos llegaran y se encontrasen con esos intrusos. Entonces Rodemil les hizo un gesto casi imperceptible, y ambos hombres se incorporaron, como disponiéndose a partir. También el aparcerero se puso de pie. Lucindo y Albornoz se acercaron a Sandor, que seguía sentado, como si fueran a despedirse.

Bruscamente, se precipitaron sobre él. Pillado de sorpresa el gringo fue rápidamente reducido por sus tres atacantes, y atado de pies y manos. Como Bela Sandor comenzara a insultar a Rodemil, a otra señal de éste, Lucindo y Albornoz amordazaron al prisionero. Luego le cubrieron la cabeza y el tronco con un saco, ahogando así enteramente sus protestas y feroces miradas. Lo dejaron allí, al pie de un roble y se retiraron a cierta distancia, donde esperaron que la oscuridad aumentase. Entonces Rodemil partió en busca del padre de Cristián.

La llama de la vela estuvo a punto de apagarse bajo una ráfaga que se coló por las hendiduras. La voz de Lucindo apenas se escuchaba. Cuando aparecían las primeras estrellas, Rodemil volvió con Rodrigo. Bela Sandor permanecía inmóvil a los pies del pellín, cubierta la cabeza por el improvisado capuchón, con los brazos y piernas fuertemente atados. Rodrigo se aproximó lentamente. Rodemil fue a juntarse con Lucindo y Albornoz y los tres se alejaron hasta que la escena del padre de Cristián con el húngaro desapareció tras un morro boscoso. Entonces, destacándose débiles sobre el estruendo de las cascadas, se escucharon uno tras otro seis disparos. Una

serie de detonaciones que parecía inacabable. Después sólo imperó la voz profunda del Toqui en medio de la noche creciente. Rodemil los hizo esperar todavía algunos minutos más. Luego volvieron donde el prisionero. Bela Sandor seguía en el mismo sitio, completamente inmóvil, el rostro cubierto hundido en el pecho. El padre de Cristián ya no estaba allí. Entonces Rodemil se santiguó. Luego, siguiendo siempre sus instrucciones, los dos hombres cogieron el cuerpo de Bela Sandor, e iniciaron el ascenso hasta el reborde de las cuencas del Toqui.

Bela Sandor pesaba enormemente, y a pesar del vigor de Albornoz y Lucindo, demoraron más de un cuarto de hora en arribar a la cima. Rodemil los precedía, golpeando las hierbas de la ladera con una ramita seca.

—Los Ojos del Diablo nos miraban, patroncito. ¡Le juro que los sentía fijos en mí! Daban vueltas en medio de nubes blancas. Me sentí mareado. Tuve que afirmarme en una rama para no caerme. ¡Le juro que habría apretado a correr! Ya estaba bien oscuro. Entonces Rodemil me mostró la pala, y me dijo que me pusiera a cavar la fosa, en una especie de vereda que había un metro más abajo, metida entre las rocas. No me atrevía a bajar, porque los Ojos seguían mirándome...

Cuando la tumba estuvo abierta, Rodemil quiso desatar al muerto, y desvestirlo. En el pecho del húngaro destacaba un apretujamiento de agujeros, y dos perforaciones en la cara. Las heridas no sangraron mucho. Pero los ojos de Sandor, abiertos, reflejaron la débil luz de las estrellas. Lucindo miró para otro lado. Fue Albornoz el que terminó de rellenar la rumba, frente al tercer Ojo del Diablo, porque allí, según Rodemil, los restos del húngaro jamás serían descubiertos. Por último regresaron donde Bela Sandor esperara atado la llegada del padre de Cristián, e hicieron una fogata con su ropa, los cordeles, y el saco con que le cubrieran la cabeza. Sólo se marcharon de allí cuando el fuego se hubo consumido, dejando únicamente un montón de cenizas calientes.

—No podía irme de este mundo sin contárselo, todo, patroncito... El gringo todavía está allí, frente al tercer Ojo. Porque el Diablo todo lo ve, patrón. ¡Nunca nos quita los ojos de encima!

Cristián se incorporó con el rostro cubierto de transpiración. Sentía un enorme cansancio, que pesaba sobre sus piernas, como si viniese rematando una larga caminata. Se quedó un instante mirando a Lucindo que, concluida su historia, seguía con la vista clavada en el techo.

—¿Tenía algo más que decirme?

Lucindo negó con la cabeza. Entonces Cristián llamó a la hermana, que durante toda su conversación con el enfermo permaneciera con Eliecer en la vecina habitación. Se despidió con una voz seca, impersonal. Lucindo, desde su lecho harapiento, le dio las gracias con un último esfuerzo. Abandonó el rancho, y la lluvia en su rostro tuvo la virtud de descongestionarlo. Rehízo galopando el camino hacia el fundo. Las aguas del Toqui se deshinchaban, y no volvió a sentir la presencia que le acompañara durante su viaje a Villa Cruz. Llegó a la casa a las cuatro de la

madrugada. Un gran silencio reinaba en las viejas habitaciones, aunque la tempestad aún alborotaba el parque.

No pudo pegar los ojos. Estaba cogido: el Diablo se las había arreglado para hacerle conocer el secreto crimen de su padre. Nicasio no se equivocó. Porque Cristián jamás podría revelarle a nadie, ni siquiera a Ilona, el verdadero destino de Bela Sandor: se sentía incapaz de afrontar las consecuencias. Comprendió que estaba condenado a sobrellevar la revelación de Lucindo hasta el fin de sus días. Y el Diablo ahora nunca lo abandonaría. Fue su presencia la que inquietó a los perros horas antes, cuando Eliecer llegaba con el recado de Lucindo.

Ese mediodía, cuando Cristián se aprestaba a viajar a Santiago, le anunciaron la muerte de Lucindo. Ni siquiera había querido confesarse. La verdadera historia del fin de Bela Sandor no la sabría nadie más. Pero para Cristián debía convertirse en una pesada herencia, que acentuó su soledad.



HUGO CORREA MÁRQUEZ (Curepto, región del Maule, 24 de mayo de 1926-Santiago, 23 de marzo de 2008) fue un periodista y escritor chileno de ciencia ficción. El reconocimiento de Ray Bradbury le permitió ver sus obras traducidas al inglés, francés, alemán, portugués y sueco; así como publicar en dos revistas clásicas: *Fantasy and Science Fiction* y *Nueva Dimensión*. En Chile fue columnista del diario *El Mercurio*, *La Tercera* y revista *Ercilla*. Además fue presidente de los comités culturales del Instituto Chileno Norteamericano. Sin embargo, en su país de origen su reconocimiento desde la cultura oficial nunca llegó. Sus obras se anticiparon en lo temático a clásicos reconocidos como *Mundo Anillo* de Larry Niven o *Solaris* de Stanislaw Lem. Entre sus obras más destacadas están *El que merodea la lluvia* (1962), *Los títeres* (1969), *Cuando Pilato se opuso* (1971), *Los ojos del Diablo* (1972), *Donde acecha la serpiente* (1988) y *La corriente sumergida* (1993). Su obra más conocida es la novela *Los Altísimos* de 1959.